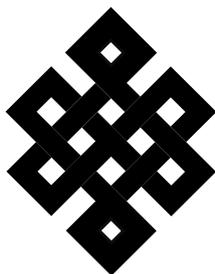


EL NUDO ETERNO
UN VIAJE A LA FELICIDAD

EL NUDO ETERNO
UN VIAJE A LA FELICIDAD



Jorge Bonilla

Bonilla, Jorge

El nudo eterno. Un viaje a la felicidad /

Jorge Bonilla (1984) – 1ª Ed. – Bogotá: 2014

221 p. 21 cm

ISBN: En trámite

1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana
3. Felicidad 4. Novela de viajes

© Jorge Mauricio Bonilla Rubiano, 2014

© Imagen de cubierta

Ana Grace Jiménez. *La felicidad*, 2014. Óleo sobre lienzo

Diseño gráfico

Andrea Kekán García

Dirección editorial

Adriana Serrano C.

Edición Digital

ISBN: 978-958-46-5394-9

Número de páginas: 221 p.

Bogotá – Colombia

El nudo eterno es propiedad del Autor-Editor. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin previa autorización del Autor-Editor.

Para cualquier solicitud, autorización y otros asuntos relacionados con derechos de autor y propiedad intelectual de este libro, por favor diríjase a: jorgembonilla11@gmail.com.

A la memoria viva de Rafael Antonio y
Victoria; para mi familia de sangre y la
que he construido en la vida. ¡Gracias
por su apoyo!



-¡Dijiste que llegarías a las doce, y son las doce y media!
-alegó Linda a Isaac.

-Lo sé, mi amor, pero la situación en la empresa está difícil. La crisis golpea a la gente y cada vez pagan menos por los electrodomésticos de segunda, aunque el trabajo sí ha aumentado. Espérame que no demoro.

-¡Pero es nuestro día de escapada! Clara ya está en la universidad, y Dionisio y Emma en el colegio. ¡Nunca tenemos tiempo para nosotros! ¿Para qué trabajas tanto si al final sacrificamos nuestra felicidad?

-Lo sé. Déjame que termine y salgo.

-Recuerda comprar el pan y la salsa para la pasta. En la panadería de al lado venden todo. Apura más bien, porque el tráfico a esta hora y con lluvia se pone imposible. No vamos a alcanzar a comer bien ni nada, porque debes regresar a la oficina. ¡De sólo pensarlo me da rabia! Estuve esperando toda la semana para esto, ¡y me voy a quedar toda arreglada!

-Te prometo que ya voy para allá. ¡Te amo!

-¡Está bien! -colgó con desilusión Linda y, para distraerse, encendió la radio.

El día estaba lluvioso. Linda no quería ser pesimista, pero el escenario no era el mejor. Había pasado toda la mañana arreglándose para estar radiante cuando llegara su mari-

do. Era el día de su escapada romántica; el único momento que habían logrado encontrar entre las demandas de tiempo del trabajo y de los hijos, como para no alcanzar a hacer nada ni a comer bien.

¡Atención! -decía por la radio el presentador de noticias del mediodía -hoy, dieciséis de noviembre de mil novecientos noventa y ocho, el Presidente de la República acaba de declarar el estado de Emergencia Económica por veinticuatro horas, para evitar que colapse el sistema financiero en el país, y ha decretado el cobro de un impuesto a las transacciones, equivalente a dos pesos por cada mil. ¡Algo sin precedentes en la historia de Colombia! El Presidente y sus ministros han pedido a los ciudadanos prudencia y confianza en los bancos.

-¡Qué es lo que está pasando en este país! -reaccionó Linda ante la noticia y llamó de inmediato a Isaac a su oficina para contarle, indignada, lo que acababa de oír, pero nadie contestó. Intentó nuevamente, y nada; todos debían estar almorzando. Linda estaba a punto de estallar de la ira. Hizo una tercera llamada, y al ver que su marido no respondía, fue por su chaqueta y su paraguas para salir a la panadería a comprar lo que hacía falta.

-¡Si mi marido no es capaz de venir temprano ni de comprar lo que falta para el almuerzo, pues yo sí! ¡Al fin y al cabo todo se está yendo a la quinta porra! -exclamó para sí, contrariada.

El aguacero estaba en su peor momento. Los rayos iluminaban un cielo denso y las mascotas se escondían asustadas en sus casas. El tráfico, en efecto, estaba hecho un caos, pero aun así vio a lo lejos cómo peleaban dos conductores. Sin dar importancia al suceso, cruzó la calle corriendo sin notar que uno de los dos aceleró abruptamente para cerrar al otro, y que, al maniobrar, perdió el control de su vehículo, estrellándolo contra la panadería, justo donde ella se



encontraba. Cuando Linda volteó a mirar, ya era demasiado tarde.

-¡Auxilio! ¡Llaman a una ambulancia! -gritó un cliente de la panadería que salió al oír el estruendo.

-¡Ayuda!, ¡ayuda! -gritaban todos, pero nadie hacía nada.

El conductor que había perdido el control dio reversa al vehículo, y sin tomarse la molestia de ver lo que había causado, emprendió la fuga.

-¡Ya llamé a la policía -dijo Flor, una de las empleadas de la panadería, quien reconoció a la víctima-. ¡Es la señora Linda, la esposa del señor Isaac, unos de nuestros vecinos! ¡Auxilio, por Dios, que alguien la ayude! ¡Un médico!

En ese momento, uno de los clientes de la panadería, se adelantó a los demás y les ordenó: -¡Apártense! ¡Soy médico, déjenla respirar!

Sostuvo la cabeza de Linda y le tomó el pulso, pero ya no lo sintió. Entonces, inició el procedimiento de primeros auxilios, presionando su pecho una y otra vez durante varios segundos, y tapando su nariz después, buscando darle aire por la boca. No sucedía nada. Repitió el procedimiento. Nada. A lo lejos se oía la sirena de la ambulancia y el médico no dejaba de insistir.

Nadie notó la llegada de Isaac, empapado, corriendo desesperado al no encontrar a Linda en casa. -Flor, ¿qué pasó aquí? -preguntó a la empleada- ¿por casualidad no ha venido Linda?

-Don Isaac... -trató de responder ella, pero rompió en llanto y entró en shock. No podía hablar. Estaba temblando y tuvieron que ayudarla Isaac y el panadero de turno.

Isaac empezaba a angustiarse pero no se imaginaba lo que en verdad estaba ocurriendo. -Flor, Flor, soy Isaac, ¿puede oírme?



Al oír ese nombre, el panadero recordó las palabras que pronunció la empleada luego del accidente, y comprendió que se trataba del esposo de la mujer atropellada. Entonces, se paró asustado y dejó a un lado a Flor, que ya empezaba a reaccionar.

-¿Señor Isaac?

-Sí señor, ¿qué pasa?, ¿qué sucedió allí afuera? ¡Ayúdele a Flor, tráigale agua!

El panadero no sabía qué hacer; estaba paralizado. Al fin sacó valor y le dijo: -Don Isaac, ¿su esposa se llama Linda?

En ese momento llegó la ambulancia y la gente abrió paso. El médico seguía intentando revivir a Linda, pero al ver a los paramédicos, les hizo la temida señal, negando con su cabeza, indicando que el cuerpo que yacía en la acera estaba sin vida.

- ¿Qué tiene que decirme, señor? -continuó Isaac, dirigiéndose al panadero.

Flor levantó la mirada y vio el terror en el rostro de Isaac, cuando por fin ató cabos y miró hacia la ambulancia y los paramédicos, al lado del cadáver. Isaac intentó correr hacia allá, pero perdió el equilibrio y resbaló. A lo lejos, reconoció a su esposa como jamás hubiera imaginado; su rostro y su cuerpo sangraban, pero aun así no tenía gesto alguno de dolor.

- ¡Linda! -gritó desesperado, y se abalanzó sobre ella, haciendo caer a los paramédicos que trataban de confirmar su pulso, ya inerte.

La gente lo miró con desolación y algunos empezaron a llorar. La escena no se borraría de la memoria de los presentes, ni la cara de desesperación del pobre Isaac, ni su llanto que competía con la lluvia, como si quisiera lavar el cuerpo de Linda.

- ¿La conoce? -preguntó un paramédico.



- ¡Es mi esposa! -gritó, enloquecido, Isaac.

Los hombres se miraron como buscando en el otro la forma de decirle al desconsolado señor lo que no quería oír. En ese momento el médico que había intentado salvarle la vida, se dirigió a Isaac para explicarle lo sucedido:

- Lo siento señor, su esposa acaba de fallecer.

- ¿Qué? ¡No me diga eso! ¡Quién se cree usted! -exclamó Isaac, dándole un fuerte empujón.

- Un carro perdió el control... y atropelló a su señora... Murió instantáneamente. ¡Lo siento mucho! ¿Tiene algún familiar a quien le pueda avisar para que lo acompañe? -le respondió el doctor.

Isaac no pudo soportar esa dura realidad y se desmayó. Cuando reaccionó, el médico trató de alejarlo de la escena, pero no fue posible. Isaac lloraba de una manera desgarradora y se retorció en el suelo, gritando: "¡Yo la maté!, ¡maldita sea!, ¡es mi culpa!".

-¡Papá!, ¡papá! -decía la voz suave de Emma, al ver en Isaac la mirada perdida-. Ya está lista la cena, ¿quieres pasar al comedor, por favor? Mañana es tu viaje; y no te vamos a ver durante un mes; queremos compartir contigo la mayor cantidad de tiempo antes de tu partida.

-Ya hija, ya voy -contestó Isaac, como despertándose de una pesadilla, un poco nervioso aún, con expresión triste y aterradora.

-¿Sigues viendo las imágenes de la muerte de mamá? -preguntó Emma, con lágrimas en los ojos-. Tienes que dejarla ir, papito, te amamos y tienes derecho a ser feliz; es lo que ella hubiera querido para ti.

-Sí hija, pero no es fácil.

Isaac y sus hijos se dispusieron a cenar con resignación. Le tenían un banquete estupendo, preparado por Dionisio, más



hábil para las tareas culinarias que sus hermanas. Mientras comían, Isaac sólo podía pensar en el día del accidente. Era un lunes y él había tenido que trabajar, aunque había quedado de almorzar con su esposa en una de sus escapadas románticas. Isaac no se había perdonado el haberle dado mayor importancia a su trabajo en ese momento y no estar allí para ella. Siempre se había sentido culpable de su muerte. Por eso decidió por fin hacer algo por él mismo y viajar lo más lejos posible, a donde pudiese encontrar la posibilidad de reflexionar, encarar su dolor y pensar en cómo ser feliz nuevamente, después de dieciséis años de arrepentimiento y resignación.

Hacía más de una semana que Isaac tenía preparada su maleta. La ansiedad que sentía por el viaje y el temor a volar en avión no eran nada, comparados con lo que significaba enfrentarse a la realidad de su vida, después de Linda. Los recuerdos de aquel día se habían intensificado y no dormía bien, sólo tenía cabeza para Linda y no lograba sentirse en paz. Isaac se había dedicado, por voluntad y deber, a sacar adelante a sus hijos y a mantener su trabajo, pero jamás se volvió a preocupar de sí mismo. Ahora le parecía extraño hacer él solo un viaje, en busca de la paz interior. Era la primera vez en más de veinte años que se regalaba algo para él; éste sería, sin duda, el viaje de su vida.

Clara, Dionisio y Emma habían llegado esa tarde a casa de su padre, después de su jornada de trabajo. Clara ya estaba casada y Dionisio vivía en un apartamento con Emma; todos en el mismo barrio, cerca del centro. Cada día se turnaban para llevarle la cena a Isaac, ya que a él le daba lo mismo comer o no en las noches; sus hijos, sin embargo, se ocupaban de que no se descuidara más, a pesar de su apariencia física delgada y siempre que le sugerían algo se presentaba una discusión; por momentos, ninguno sabía cuál era el límite y él se quejaba de que siempre le estuvieran diciendo qué hacer, lo que le resultaba muy molesto pues



aún no se sentía viejo y le parecía que sus hijos lo trataban como a un anciano. A pesar de todo, agradecía que se preocuparan por él y sabía que lo hacían por amor. De lo que sí se había sentido orgulloso en todos estos años, era de haber preservado la unión familiar.

Isaac vivió con Linda los mejores años de su vida. Se conocieron siendo aún muy jóvenes; él, finalizando sus estudios de ingeniería y ella como estudiante de sociología. Isaac no solía salir mucho, pero en medio del agobio que le causaba la tesis tan compleja que estaba elaborando, un día fue a saludar a Nancy, una vecina suya que estaba de cumpleaños. Apenas entró a su casa, vio a la mujer de su vida entre los invitados. Su cara le pareció perfecta, le recordaba a los ángeles de las famosas esculturas de artistas italianos; sus ojos color marrón, su nariz recta y esa sonrisa impecable que se destacaba entre sus labios delgados, se apoderaron de su atención. Como buena socióloga de la época, su forma de vestir era bastante peculiar: zuecos, medias de lana y una falda gris con flores de colores que hacía juego con un pequeño moño en su cabeza, el cual arreglaba un poco su pelo desordenado.

Él se sentó a su lado mientras la escuchaba conversar con sus amigos, y en un momento de breve silencio en el grupo, decidió hablarle. Todo su cuerpo le temblaba, hasta su voz.

-Hola... Eh... ¿Cómo te llamas?

-Linda -dijo ella con una seguridad que contrastaba con el nerviosismo de Isaac; lo que lo perturbaba aún más. Por un momento se arrepintió de haberle hablado a esa mujer. Se sentía disminuido, que no le daba la talla. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

-Me llamo Isaac, mucho gusto. ¿A qué te dedicas? Eres amiga de Nancy, supongo.

-Sí, estudiamos juntas sociología.



-Ah, muy bien, qué interesante, siempre me ha gustado la sociología.

-¿Has leído a Durkheim?

Isaac se sintió miserablemente pequeño con esta pregunta. ¿Para qué decirle que le gustaba la sociología, si las veces que Nancy le comentaba de sus estudios, él simplemente fingía estar escuchando? “¡Qué imbécil!” -pensó- “Pues hasta aquí llegó esto. Después de la mentira, la vergüenza”. Su conversación se camuflaba entre los chistes e interrupciones de los amigos que habían vuelto a la tertulia. Entonces, dispuesto a reivindicarse, retomó la palabra:

-La verdad, te seré sincero: me gusta lo que he oído de la sociología, pero no tengo la menor idea de quién es ese Durkheim ni puedo hablarte de algo más que de ingeniería, que es mi fuerte. Pero tal vez tú sí me puedas ilustrar mejor.

-Pues eso supuse, pero quería ver hasta dónde podías hacerle el sabio para conquistar a una chica -dijo, sonriendo, un poco burlona-. Ahora tengo que irme, pero si quieres conversamos otro día de las cosas de la vida mientras nos tomamos un café. Vivo cerca de aquí.

En realidad Linda también era tímida y noble; Isaac parecía no creerlo, con lo que sus facciones cambiaron y la tensión bajó completamente.

-Me parece perfecto, Linda, ¿dónde te busco?

-Acompáñame a mi casa, a dos calles de aquí, para que sepas dónde buscarme. ¿Te parece el fin de semana?

-¡Cuando digas! -. Se levantaron y se despidieron de Nancy y de los demás invitados.

Sumido en estos recuerdos, de repente a Isaac se le cruzó por la cabeza la imagen de un carro verde y viejo; un carro ancho y pesado que rodaba a alta velocidad por una calle del barrio donde vivía con su esposa y sus tres hijos. Vio que apa-



recía Linda y su cara de horror cuando esta mole de latas, sin poder detenerse, había chocado contra su frágil cuerpo, acabando con su vida y dejando a Isaac viudo, con tres hijos: dos chicas de diecinueve y catorce, y un joven de dieciséis años.

Ya de mañana llegó Dionisio, para llevar a su padre al aeropuerto; a las ocho, para alcanzar a desayunar con él, pues el vuelo saldría a la una de la tarde y habían calculado estar con tres horas de antelación, por tratarse de un viaje tan largo. Dionisio sabía que Isaac hacía mucho tiempo no viajaba fuera del país y esto lo intranquilizaba. La empresa en la que trabajó su padre la mayor parte de su vida, lo había llevado a realizar un par de cursos en Europa, pero hacía mucho tiempo.

Para llegar al destino final, Isaac y el grupo con el que viajaría, tendrían que tomar primero un vuelo a Barcelona, donde dormirían un par de noches, y luego, desde allí saldrían para Australia, pasando antes por Dubai, escala obligada, para hacer la conexión hacia la isla donde está ubicada Vila Kalia-grashia, a cientos de kilómetros de allí.

En el aeropuerto quedaron de encontrarse con Manuel, su guía y propietario de la empresa que organizaba el contenido y el formato de los viajes de felicidad, en una sala de espera localizada justo después del Duty free, antes de continuar a la sala principal adonde irían tras pasar los controles de seguridad. Isaac fue el primero en llegar y mientras los demás aparecían se dedicó a hojear un periódico. Manuel sabía que era una sala poco concurrida y que los únicos que llegarían allí serían los de su grupo, por lo que su intención era llegar de primero para recibirlos a todos, pero Isaac y luego la joven, la más pequeña del grupo, frustraron sus planes.

La joven, llamada Sofía, al ver a Isaac en la sala de espera, pensó que no era parte del grupo de viajeros, pues era un hombre más viejo que su propio padre y, a decir verdad, no le hacía gracia un viaje con gente mucho mayor que ella; quería pasarla rico, divertirse o hacer algo más cercano a los su edad.



-Hola, ¿vas a Vila Kaliagrashia? -le preguntó Isaac.

-Sí -respondió ella con algo de desprecio y sin poder disimular el sentimiento de ira hacia su padre, quien prácticamente la había obligado a este viaje a cambio de pagarle un tour de seis meses por Europa, donde, además, tomaría un curso intensivo de portugués en Oporto.

-¿Y qué motivo tienes para hacer este viaje? -inquirió Isaac.

-Bueno, ¡a quién no le motiva ir a Vila Kaliagrashia! -respondió Sofía, con un tono de ironía, buscando eludir la conversación mientras se despedía de sus amigas por Whatsapp, a la vez que discutía con su novio por el chat de Facebook, debido a sus constantes advertencias de terminar la relación si ella no estaba todo el tiempo en comunicación con él.

Frente a esta actitud de Sofía, Isaac no tuvo reparo alguno; más bien recordó a sus hijas cuando estaban pasando por esa edad y supo manejar la situación sin estresarse. Al fin y al cabo él ya estaba lo suficientemente nervioso y le tranquilizaba poder hablar con alguien. En aquel momento, llegó Manuel y se presentó ante sus compañeros de viaje.

-Hola, mucho gusto, mi nombre es Manuel y seré su guía a lo largo de esta aventura.

-Hola Manuel -respondió Sofía, recordando aquel rostro que ya había visto alguna vez.

-Hola, mi nombre es Isaac.

-Veo que se están conociendo; no quiero interrumpir la conversación.

-No interrumpes nada. Le estaba contando a Isaac acerca de mis motivos para hacer este viaje -dijo ella en un tono un poco más educado.

-¿Y me puedes compartir también tu motivo del viaje? Para mí es importante conocerlo.

-Bueno, porque después voy a hacer un recorrido por Eu-



ropa; es la primera vez que salgo sola al exterior y mi padre quería que fuera primero a Vila Kaliagrashia contigo, a ver si se me quita la rebeldía, y antes de que me enloquezca en el Viejo continente -dijo nuevamente Sofía, con tono irónico pero a la vez simpático, y con mejor actitud.

-Pues espero no defraudar a tu padre -expresó en broma Manuel.

Sofía era una joven de dieciocho años, que luego de graduarse del colegio había querido viajar por Europa como mochilera a conocer algunos países y estudiar durante tres meses. Su padre, cercano a Manuel desde hacía varios años, estaba seguro de que, luego de vivir esta experiencia, su hija se fortalecería para el resto de su vida. Quería que estudiara medicina, al igual que él y buena parte de sus tíos, y la consideraba muy rebelde por querer estudiar una carrera que no tenía mucho prestigio ni le permitiría ganar suficiente dinero para mantener los gustos que había tenido durante su vida. Pero ella pensaba diferente; estaba convencida de que si era la mejor en lo que hacía, no importaba lo que estudiara, siempre ganaría bien; y que, para ser la mejor, tendría que hacer lo que más le gusta.

Poco a poco, fueron encontrándose los doce viajeros hasta completar el grupo y subieron al avión, ubicándose en puestos dispersos, cada uno con su música, sus libros, su computador o su tableta; cada uno buscando su propia entretenimiento durante este largo vuelo que los llevaría al otro lado del mar, hasta el Viejo continente. Manuel ocupaba su tiempo repasando, uno por uno, el perfil de cada viajero y la estrategia que utilizaría en la comunicación con cada uno de ellos.





-Cuéntame cómo llegaste a tener esta empresa, Manuel -preguntó Isaac amablemente.

Manuel, líder y dueño de la compañía que organizaba el viaje, no se destacaba por su elegancia pero sí por su clase. Lucía una barba de cuatro o cinco días y con cierto atractivo, pero sobre todo, era un hombre con estilo, con el pelo liso y medianamente largo. Sus gestos siempre amables y sus ojos miel revelaban esta cualidad cuando miraba a las personas.

-Bueno, hace unos años quise darle una vuelta a mi vida; sobre todo porque era realmente un cabrón; perdona la palabra, pero es la verdad. Tenía dinero y poder, y era muy joven o muy inmaduro para asumirlo, y casi acabo con lo más importante de mi vida.

-No digas eso de ti, todos cometemos errores, pero yo te veo como una gran persona, lo percibo en tu mirada y tu energía.

-Hombre, Isaac, es todo un halago, muchas gracias, pero es la verdad-. Manuel recordó aquel libro que lo hizo soñar con un lugar donde la gente era feliz eternamente, y que leyó justo cuando pasaba por el peor momento de su crisis. Shangri-La, un paraíso metido entre los Himalayas, en territorio del Tíbet, donde sólo había paz, amor, tolerancia, diálogo. Él sólo quería meterse en el libro y convertirse en el Hugh Conway de la novela de James Hilton,

Horizontes perdidos y viajar a ese lugar donde la gente no envejecía ni enfermaba. En ese entonces, cuando Hilton escribió esta novela, hacia 1940, la visión que se tenía del mundo oriental era aún muy limitada.

-Te lo digo yo, que soy un zorro en leer a la gente, después de tantos años de vida; tus ojos reflejan paz y alegría.

Fernando, Isaac y Manuel viajaban en un tren hacia Sitges a visitar el templo de budistas tibetanos y realizar una actividad que el guía había considerado ideal para ellos, los mayores del grupo. Manuel conversaba con Isaac, mientras Fernando iba al baño, perdiéndose parte de la historia.

-Leyendo casualmente una cosa y otra llegué a unos libros que hablaban de mitos y conocimientos ancestrales de Oriente. Entre los que leí está *El arte de la felicidad*, de Howard Cutler, que presenta la ideología de vida del Dalai Lama a lo largo de numerosas conversaciones con él. En este libro, encontré el norte que necesitaba, una forma de ver las cosas de manera simple, y logré dar un viraje a mi vida.

-Imagino que será un libro cargado de conocimientos, sería bueno leerlo.

-Te lo recomiendo sinceramente, no importa el momento de la vida por el que estés pasando, es de un valor excepcional. Pero bueno, a partir de allí, decidí profundizar en el estudio de la cultura tibetana y el budismo, no como religión, sino como filosofía de vida. Me dediqué a perseguir mis ideales y finalmente llegó el día en que tuve la posibilidad de viajar a Shangri-La, ese lugar mítico, escondido en el territorio del Tíbet del que hablaba ese primer libro que encontré por casualidad un domingo en el Mercat de Sant Antoni en Barcelona, un mercado de libros viejos donde se pueden encontrar todo tipo de tesoros literarios. Desde el momento en que lo leí, quise viajar a este paraíso hasta que finalmente logré hacerlo realidad; allí conocí a



quien hoy en día es mi maestro, un respetado monje que actualmente vive en un lugar cerca de Sitges, en el Parque Natural del Garraf, que es adonde nos dirigimos.

-¡Wow! -expresó con sorpresa y admiración Isaac. -Se nota que eres un luchador, ¡un ganador!, para decirlo mejor. Cuéntame más de ese libro de la felicidad del que me hablas.

En ese momento se sentó Fernando en la cabina, habilitada para cuatro personas, donde conversaban Manuel e Isaac. Sus gestos revelaban algo de ansiedad, observaba con los ojos entrecerrados el paisaje, y a sus compañeros con algo de escepticismo, como si estuviera fuera de lugar. En el fondo pensaba que Isaac era una persona más bien humilde al que fácilmente podría comparar con un mensajero de alguna de sus empresas. “Está bien, el jefe de la división, a punto de pensionarse”, le concedió en sus pensamientos. Por otro lado veía a Manuel con buenos ojos, pero al fin y al cabo, no sabía qué hacía allí sentado con ellos; aun así, quiso poner algo de atención a la conversación.

-Lo más importante que aprendí del Dalai Lama -continuó Manuel- es que para él, el propósito de la vida es la felicidad. Dice él que sin importar la religión o las creencias individuales, siempre deberíamos estar en la búsqueda de ese estado de equilibrio y armonía. Tiene para esto un razonamiento muy sencillo: deberíamos alejarnos de manera natural de las cosas que nos llevan a un camino de sufrimiento y acercarnos más a las que nos hacen felices. ¡No es más!

-Me parece una filosofía sorprendentemente incierta y poco evolucionada, Manuel -interrumpió con prepotencia Fernando-. Los tiempos de hoy son muy diferentes a lo que predicaban sus antepasados, que vivieron en un mundo muy distinto al que nosotros pertenecemos. ¿No nos llevará a compartir con un poco de monjes aburridos y



metidos en un mundo de hace mil años, Manuel? -expresó con una mirada que ponía en evidencia alguna sofisticación, pero que no ocultaba la tosquedad que anidaba, con sus ojos huidizos y distantes a pesar de la cercanía, y al final, con una risa que no se sabía si era señal de desagrado o burla zafia frente a Manuel.

-Un poco sí y un poco no, pero continuando con lo que venía diciendo, las personas felices suelen ser más sociables, flexibles, creativas y tienen más capacidad de tolerar las frustraciones en la vida.

-Estamos en un momento de descanso y el verano en una ciudad como Barcelona es más para unos whiskies que para visitar un monasterio, pero bueno, lo estoy haciendo por compartir con ustedes, por ser sociable; supongo entonces que soy una persona muy feliz dadas mis dotes sociales.

-Me parece interesante lo que dices Manuel -comentó Isaac cortando un poco el tono incómodo de Fernando que no llevaba a ningún lado-. Yo quiero encaminarme hacia una vida feliz, me he quitado ese privilegio por voluntad propia por asuntos personales pero estoy decidido a darle vuelta a la vida ahora que empiezo, tal vez la última etapa de mi ciclo.

-Cada quien vive sus propios ciclos en la vida. Los niños juegan felices porque no tienen mayores obligaciones, más adelante llegan a la edad adulta, por lo que dejan de hacerlo y después llegan a una edad de júbilo en la que vuelven a ser niños. ¡Es la ley de la vida! La felicidad no es para los adultos, es para los niños y ancianos que lograron hacer dinero en la vida. ¡Hasta podría llegar a ser feliz, Isaac!-. Esta vez Fernando sonrió incluso más, mostrando esa cara de satisfacción prepotente que ponía cuando creía que tenía la razón, como ahora frente a la visible humildad de un Isaac que nunca fue un empresa-



rio ni un gran ejecutivo con dinero. Para él la felicidad de Isaac era imposible. Frente a éste se sentía el hombre más feliz, al menos él sí podía comprarse lo que quisiera.

A Isaac le empezó a parecer inconveniente la presencia de este famoso empresario, que tanto había visto en los periódicos. Tanto por su mirada, como por sus gestos y porque de alguna manera ni lo determinaba, prácticamente lo hacía ver como un “alguien” que simplemente ocupaba una silla en la misma cabina que él. Mientras tanto, Manuel trataba de ignorar los comentarios para continuar con la historia, sabiendo que el interés de Isaac era sincero.

-Esta filosofía está basada en cosas tan sencillas como dejar de compararse. Nunca estamos a gusto con nuestra casa porque el vecino tiene una más grande, con mejor entrada, un color más brillante o un piso más fino. Nuestro carro siempre estará mal porque el amigo compró uno mejor y más nuevo, o porque el amigo del amigo compró un Ferrari.

-¿Qué de malo tiene poder comprarse un juguete de vez en cuando?, más aún si uno puede y no tiene por qué dejarse acomplejar de amigos que compran Ferrari. Yo sí estoy de acuerdo con seguirles el juego, al fin y al cabo para algo se trabaja. ¡Para qué más que para comprar la felicidad, señores!

Isaac tenía una paciencia grandísima pero ante estos comentarios fuera de lugar y sin descanso, sabiendo que no tenían réplica alguna, ya estaba fastidiado. “Se cree social y feliz”, pensó, “pero realmente a nadie le interesan él o sus comentarios, sólo busca caer bien con intención de obtener algún tipo de beneficio personal”. Sin embargo, decidió luchar contra su molestia y siguió ignorándolo, sin perder su cara de ternura y de buena persona, con unos ojos que mostraban su bondad.

-La sociedad lo lleva a uno a compararse, estamos como



atrapados en una red. Salimos de un problema y nos metemos en otro y, por momentos, el único camino viable pareciese ser pasar por encima del otro a cambio de poder y aceptación social. Por eso el dinero también termina siendo un fin para vivir. La gente se la pasa todos los días pensando cómo comprar más cosas: el vestido, la chaqueta, los zapatos, el carro, la casa, otro apartamento, lo que sea. No hay límites. Llega el momento en que la gente quiere comprarse hasta una isla entera o tener una mansión de millones y millones de euros.

-¿La felicidad para usted, Manuel, no es viajar? ¿Con qué viaja entonces si no es con dinero? ¿Acaso visita con frecuencia la oficina del representante de la aerolínea Iberia en Latinoamérica para que le regale viajes? Si lo está haciendo, por supuesto no será en horas laborales. Piénselo bien, todo y todos tienen precio. ¡Tenemos precio!, para decirlo mejor.

-El dinero es un medio para alcanzar la felicidad, eso es verdad hasta cierto punto, pero no se puede convertir en la finalidad misma de vivir -replicó Manuel con un excelente tono de voz que mostraba su calidad como orador, cosa que generaba gran admiración en Fernando, lo cual se revelaba en una mirada que lo invitaba a continuar, pero que Isaac interpretaba como expresión de una atracción que no lograba comprender en un hombre como él, y menos con el discurso que presentaba.

-Manuel -expresó Fernando en tono un poco más respetuoso y con una sonrisa fingida- todos queremos vivir bien y tener nuestros gustos, comer rico, pasarla bien, dormir en una cama grande y tener un buen carro, quien lo niegue está mintiendo, dejémonos de bobadas. ¡Gustos como los que nos estamos perdiendo ahorita, de tomarnos un par de whiskies en la playa, por ejemplo! -terminó con cierto humor aún pedante y con la misma sonrisa fingida y los ojos pequeños y oscuros, mirando de reojo.



-El dinero no compra la satisfacción interior. Nosotros mismos sabemos que a veces necesitamos de otras cosas, es diferente que se logre distraer con plata, pero por ejemplo, el amor es necesario. ¿Qué pasa si un día no se tiene todo ese capital acumulado como hoy?

-Pues lo que toca hacer es no perder esos ahorritos y hacer que las inversiones funcionen. Les habla la voz de la experiencia, ¡con un cheque grande se puede comprar todo lo que se quiera!

Isaac y Manuel se miraron con tal cara de asombro ante la terquedad y escepticismo de este señor, que no pudieron contener la risa y soltaron una carcajada que fue bien recibida por Fernando, quien creyó que sus nuevos conocidos pensaban igual que él y que compartían sus chistes, algo que lo fortaleció aún más en su idea.

-Es que eso se sabe -dijo entusiasmado con mayor seguridad y tono triunfante-. Lo único que quiere una mujer es una buena casa, darse sus gusticos, tener para los vestidos, la peluquería y chismosear de todo el mundo. Por lo demás, es una mentira eso del amor, al principio uno se emboba pero pasa el tiempo y esa vaina se vuelve una pesadilla, llena de problemas. Lo veo bien enamorado, ¿no, Manuelito?

-A decir verdad sí. Después de un gran fracaso mío como persona, como esposo y como ser humano en general, volví a vivir y a partir de ahí me he mantenido en la lucha por ser cada día más feliz.

-Lo que está es agüevado querido amigo, ojalá este viaje le funcione más bien a usted a ver si se dedica a trabajar y a ganar platica -dijo en tono socarrón, pegándole esta vez un golpe en el hombro, luciendo una mueca burlona, medio sonriendo y cerrando casi por completo los ojos, como cuando un niño felicita de manera forzada a otro por su juguete nuevo, pero ocultando recelo y envidia.



-Yo estuve enamorado desde que conocí a mi esposa y los veinte años que estuve a su lado sentí verdadero amor -interrumpió Isaac para reenfocar la conversación, o más bien a Manuel, que por momentos se estaba dejando llevar por la línea de Fernando-. Era como tener una llama encendida en el alma iluminando cada día, una lección de humildad y de perfección.

-Era, muy bien dicho. Pero con seguridad lo dejó por otro, ¿tengo razón?

-Mi esposa murió en un accidente -respondió Isaac con fuerza como si no quisiera tolerar más las palabras de Fernando-. No voy a hablar de eso, pero siempre estuve sinceramente enamorado; así me sentí en cada segundo de mi vida junto a ella, a pesar de las dificultades.

Fernando volvió a sonreír fingidamente como ignorando lo que acababa de escuchar y sin prestar atención a lo que decía Isaac; lo poco que le interesaba a él, venía de Manuel, que al ver la molestia del más viejo, retomó el liderazgo de la conversación.

-Ya vamos llegando señores. Lo último que quería decir en cuanto al tema del que hablábamos es que la felicidad y el placer no son iguales. Una cosa es sentirse bien por comprar un Ferrari o la mansión del millón de euros, lo que genera placer; también alcanzar ciertos logros en la vida, o ver ganar a la selección de fútbol, o relajarse en una cascada, por mencionar algunas cosas. Pero el placer es diferente a la felicidad. El placer, por así decirlo, es una felicidad momentánea y está bien sentirlo, por supuesto. Pero si no adquirimos herramientas para aprender a ser felices con cosas sencillas en lugar de las materiales, nos metemos en un círculo sin salida. Dependemos de esas satisfacciones momentáneas que podemos comprar con dinero, olvidando nuestra esencia como seres humanos y sociales, que si no compartimos con las personas, nos volvemos un objeto



más del mundo, y si no interactuamos con la naturaleza, nos convertimos en entes del planeta y así, cada vez nos alejamos más de la realidad de la vida y del mundo.

-Estoy de acuerdo -expresó Isaac interesado, mientras Fernando se alistaba para bajarse del tren que poco a poco empezaba a detenerse-. Es como el amor y las relaciones sexuales. Una relación con cualquier persona, brinda placer, sin lugar a dudas. Pero cuando es con la persona que uno ama, no se compara con nada. En ambas puede existir el orgasmo pero la diferencia está en lo que sucede luego. Un abrazo, una conversación, una sonrisa o simplemente mantener el contacto entre los dos cuerpos y las dos almas, es la mejor recompensa para el espíritu. No hay mejor sensación que el verdadero amor.

-Absolutamente de acuerdo contigo y te lo complemento con esto: la felicidad es una forma de vivir con amor y humildad, en armonía con la sociedad y la naturaleza. Dando cariño a quienes nos rodean para obtener de ellos el mismo trato, como por una ley espejo. Isaac, te sugiero un ejercicio; en algún momento del día sé consciente de las cosas sencillas que te pasan y que parecen mágicas, por ejemplo, la respiración.

Isaac entendió que Manuel y él tenían una conexión importante, cosa que no sucedía con Fernando que ni siquiera estaba escuchando.

-Utiliza tu olfato, percibe el aroma de la comida, del parque, de las flores. Busca la forma de ver tras la cara de las personas que te rodean. Trata de ponerte en su lugar, de entender su comportamiento y valorar el cariño que te dan, sea poco o mucho. Mira de una manera diferente, abre tus ojos y aprecia en detalle cada cosa. Vuélvete más humano. Si haces esto como ejercicio al inicio o al final de cada día, te darás cuenta de que hay un mundo desconocido allá afuera, que todos tienen problemas y defectos, y



que el mundo es maravilloso y mejor de lo que parece. En fin, atraerás mejores energías.

-¿Algo como una meditación? -preguntó Isaac.

-Sí, puedes tomarlo de esa forma. Si logras hacer esto, te encaminarás hacia una vida simple, equilibrada y sensorial, llena de humildad y compasión. En pocas palabras, una vida feliz a pesar de las complejidades del día a día. Así te convertirás en una mejor persona. El dinero puede comprar el placer, la felicidad instantánea, pero no la permanente.

En ese momento el tren se detuvo por completo y, sin tener que decirlo, los tres se alegraron por llegar a un lugar donde pudieran, al menos, respirar aire fresco. Fernando estaba ya cansado de Isaac y viceversa. Además, el tema le parecía sin sentido. El maestro de Manuel los esperaba en un vehículo que los llevaría hasta el monasterio donde pasarían el resto del día.

-¡Bien... venidos! Saludó con dificultad el maestro, dado su marcado acento de la India.

-Les presento a mi maestro, a quien conocí en el monasterio de Songzanlin en lo que hoy es la ciudad de Shangri-La. Recientemente tuvo que venir a Barcelona buscando refugio, después de que Dukenzong, el antiguo pueblo tibetano donde nació, ardiera en llamas. Es una pena pero bueno, ahora lo tengo más cerca.

-Es un gusto maestro, saludó Isaac.

-Cómo le va -replicó Fernando, con ese gesto suyo que busca parecer interesado cuando en realidad es todo lo contrario. Ya Isaac lo tenía medido, e incluso le daba risa en medio de la irritación que le causaba esa falsedad.

Emprendieron entonces el viaje al monasterio, a unos cuarenta minutos, aproximadamente. Durante el recorrido, aprovecharon para conversar con el maestro y resolver al-



gunas de sus dudas, principalmente Isaac, quien veía en este lugar la oportunidad de iniciar bien su viaje, curando sus heridas del pasado. Manuel servía de traductor simultáneo, ya que su maestro se comunicaba con ellos en tibetano, chino e inglés, pues el español aún no lo dominaba completamente. Además ya había estado allí y podía complementar las descripciones para darles a entender mejor lo que el maestro les quería decir.

-¿Cómo era su pueblo, maestro? Manuel nos estaba contando algunas cosas de Shangri-La en el camino pero no nos dio muchos detalles -preguntó Isaac.

-Bueno, esta ciudad es en realidad algo mítico y recientemente le dieron su nombre a una ciudad china, en el territorio histórico del Tíbet. De ese lugar no hablaré, sino de mi pueblo, que era, o bueno, es aún, a pesar del incendio que destruyó nuestras viviendas, un lugar hermoso perdido entre las montañas donde empieza la cadena de los Himalayas. Al acercarse, el monasterio sobresalía entre todo el pueblo, con sus techos bañados en oro puro, lo que conquistaba el corazón de los fieles y visitantes. La imponente entrada estaba resguardada por dos leones tallados en piedra y tiras de colores a los lados que se sumaban a la madera perfectamente decorada, sobre todo el marco de la edificación, y al otro lado, un lago de cisnes con un monumento sagrado en su interior. Un verdadero remanso de paz.

-Manuel, ¿por qué tiene ese acento inglés su maestro?, no entiendo la relación del Tíbet con la India -preguntó Fernando deseoso de encontrar alguna mentira en toda esta historia.

-Es sencillo Fernando, durante muchos años los monjes tibetanos que se han distinguido entre los demás, por su procedencia o por su labor comunitaria, son elegidos para viajar a la India a aprender inglés. Se quedan unos años en



alguno de los monasterios tibetanos que hay en ese país y, cuando están listos, regresan a su monasterio de origen, facilitando así la comunicación de su gente con visitantes de otras partes del mundo. Muchos de ellos ni siquiera hablan chino y así es muy difícil abrirse al mundo entero.

-Me gustaría seguir oyendo la descripción del lugar, maestro, si le parece bien -comentó con prudencia Isaac por si lograba entenderlo.

-No hay nada construido alrededor, son solamente montañas y naturaleza. En el pueblo sólo vivíamos campesinos y monjes que nos repartíamos las tareas para cocinar, trabajar la tierra, comerciar, construir y mejorar las casas y los templos. Toda la arquitectura del pueblo está basada en una combinación de madera y ladrillos artesanales a base de barro y desechos orgánicos. Esta fue la razón de que el incendio se expandiera con tanta facilidad.

-Perdón por la ignorancia pero he sido tradicionalmente católico y nunca he visto ni me imagino un templo de budismo tibetano -dijo intrigado Isaac, queriendo saber más del lugar y dejando ver su conexión con el maestro.

Fernando no participaba de la conversación pero tampoco podía huir de ella dado el estrecho espacio que había en el vehículo. Sus piernas no paraban de moverse, miraba el paisaje y en segundos se aburría porque era muy repetitivo, miraba al maestro, como si le quisiera poner atención y luego volvía a su gesto nuevamente, aunque más leve, ya que nadie lo miraba. Lo único que quería era estar en otro lugar.

-Al estar en una montaña, la entrada principal lleva a unas largas escaleras que van dividiéndose en diferentes caminos hacia las casas, pero aquel que las suba todas llegará al templo principal, lleno de símbolos como el Nudo Eterno que representa cómo todo está conectado, la compasión, la tolerancia, la humildad y la sabiduría.



En términos simples, si haces algo, por pequeño que sea, tendrá consecuencias sobre los demás, sobre la naturaleza y, al final, sobre ti mismo. También está la rueda del Dharma que representa al Buda y que es visible, tanto en la parte superior recubierta en oro, como en unas cortinas que protegen las ventanas y la puerta del templo. Esa combinación entre el blanco del edificio, el negro de las cortinas con los símbolos blancos, los bordes rojos de madera de las ventanas, el tejado con decorados de colores, y el techo de oro, hacen que el lugar se vea hermoso.

-Oiga Manuel, ¿y sí será que su maestro sabe por dónde va? No lo han dejado respirar y me preocupa que el hombre se pierda, recuerden que esta noche tenemos que volver al hotel y mañana salimos bien temprano; además entiendo que él no es de por acá -manifestó Fernando, más por expresar su molestia y desinterés por el plan y el lugar adonde se dirigían, que por otra cosa.

-Conozco muy bien el camino entre las montañas -respondió el monje lentamente con una sonrisa, a pesar de su forzado acento español.

-Y al interior, maestro, ¿cómo es por dentro?

-Por dentro se hace adoración al Buda y hay imágenes sagradas, de la misma manera que ustedes tienen la imagen de Cristo en la cruz en las iglesias. Los creyentes dejan sus ofrendas y prenden incienso o velas y se arrodillan para orar frente alguna imagen del Dalai Lama con el Buda. Mientras los monjes rezan, van cantando algún mantra. Es muy importante que al salir del templo, los monjes vean la naturaleza para conectarse espiritualmente con el mundo.

-Ya vamos llegando -expresó Manuel a sus compañeros, sobre todo a Fernando, quien se veía bastante inquieto y perturbado por su aparente desconfianza en el monje, cuando en el fondo estaba evadiendo las historias por alguna razón que ni siquiera él comprendía.



-¡Más le vale! -exclamó ya notoriamente molesto-. Nuevamente les recuerdo a mis compañeros que debemos regresar temprano. Yo quiero descansar y acomodarme un rato en la habitación, mientras saboreo un buen trago; no tenemos siquiera un GPS como para decir que su maestro sabe por dónde va, Manuel. Me parece que es imprudente de su parte habernos traído hasta este lugar, me siento verdaderamente incómodo. En el mundo real la improvisación no tiene campo, le falta mucho por aprender en la vida; por momentos me pregunto qué hago aquí, por qué le di mi confianza. ¡No me desilusione, sabe bien quién soy, joven!

-Maestro, una última pregunta, ¿cómo se alimentan los monjes en el Tíbet? -volvió a interrumpir Isaac para hacer evidente su interés por ignorar el comentario de Fernando, anticipándose a una posible respuesta de Manuel.

-Tomamos mucho té y bebidas calientes. Comemos buena cantidad de pan y también carne de yak, que son como las vacas de aquí, que incluso sirven para el transporte de carga. Además, muchas verduras y sopas. Tenemos una dieta que nos permite aguantar el frío ya que todas las poblaciones tibetanas están entre las montañas.

-Bueno, bienvenidos, ahora sí, al monasterio tibetano en Barcelona -expresó Manuel con alegría.

-Espero que haya buena comida por aquí; me estoy muriendo del hambre, Manuel, al menos espero que eso sí lo tenga bien coordinado, ya sería el colmo que no -dijo con cierto tono amenazante Fernando, evidentemente incómodo, sin la sonrisa fingida, y ejecutando movimientos fuertes en sus manos, como si diera un discurso.

-¡Bienvenidos al monasterio! -dijo enérgicamente uno de los monjes que los recibió-. Pararéis por aquí para comer unas tapitas especialmente preparadas para vosotros y luego, cada uno partirá con un monje con quien realizarán



algunas actividades de meditación y de conexión espiritual, a ver si os vais bien preparados para el resto del viaje.

Después de comer, Manuel se fue con su maestro. A Isaac y a Fernando, se les asignó un monje a cada uno para que los acompañara. Los llevaron a la montaña por separado y, tras quejarse repetidamente, a Fernando lo condujeron al templo donde se le ofreció una habitación para que durmiera y descansara, pues no quiso desarrollar ninguna actividad.

Isaac, sin embargo, estaba fascinado y con ganas de aprender, de modo que se fue con el monje a caminar por un sendero entre los árboles que filtraban el sol del verano. Avanzaron sin intercambiar palabra desde la salida del monasterio por cerca de media hora, hasta que llegaron a un pequeño riachuelo donde el sonido del agua les transmitía energía vital.

-Empezaremos aquí, querido Isaac. Haremos un diagnóstico de tu vida y posteriormente, según lo desees, profundizaremos en aspectos más privados. Eres libre de contarme hasta donde consideres necesario.

- Me parece muy bien. ¡Qué lugar más agradable; se siente uno lleno de vida!

-Así es -respondió con una sonrisa bondadosa el monje, mientras invitaba a Isaac a sentarse cómodamente en el suelo frente al riachuelo, bajo la sombra de los árboles-. Nuestro mayor líder espiritual, el Dalai Lama, dice: *No necesitamos más dinero, más éxito o fama, tampoco el cuerpo perfecto o la pareja perfecta en este momento; solo necesitamos de la mente para llegar a la felicidad.* Haremos un ejercicio de trabajo mental para trazar un camino hacia la felicidad, que inicia con una actitud sincera y de nobleza de parte nuestra, ser humildes, amables, abrir las puertas a los demás con cada expresión o mirada, viéndolos iguales sin importar su condición particular en términos de ingre-



sos, procedencia social o apariencia física. Ser feliz es una decisión, la aventura es larga e incierta, pero igualmente agradable y reconfortante. Como cualquier otro músculo del cuerpo, el cerebro necesita ejercitarse; todo depende de nuestra actitud frente a la vida. Ahora realizaremos una meditación muy sencilla, aprovechando el contacto con la naturaleza para eliminar toxinas. Anda, cierra los ojos.

-Muy bien, ¿me quedo en la misma postura?

-Para este ejercicio, lo que más importa es que abras tus poros. ¿Preparado?

-Listo.

-Es mejor si te quitas la camisa y descalzas tus pies.

-¡Hecho! -dijo en tono obediente, quedándose solamente en bermudas.

-Siéntate en una postura cómoda, que te facilite concentrarte en lo que percibes. Dispón tus manos y pies para recibir la energía del agua, del viento y de la naturaleza-. Isaac lo seguía obedientemente. -Ahora respira hondo, concéntrate en cómo entra el aire por tu nariz y se distribuye por tus pulmones. Despacio, muy despacio. Una y otra vez. Ahora siente cómo se cuele el aire entre tus poros, al igual que la energía que trae el agua. Siente cómo te desintoxicas lentamente; entra aire puro a tu cuerpo y liberas toxinas. Una y otra vez. Ahora, Isaac, entra en tu mente. Busca dentro de ti y cuéntame, ¿qué te motiva a hacer este viaje con Manuel?

-Quiero empezar desde cero este ciclo de mi vida; estoy recientemente pensionado y mis hijos ya son adultos. Ahora quiero viajar más y disfrutar de la vida.

-Eso está muy bien, pero ve más adentro, busca bien, cuéntame de ti, haz un viaje a tu niñez, tu juventud, da un repaso por tu vida.

-Recuerdo una imagen de mi niñez, sentado en el patio de



mi casa, mirando la rudimentaria mesa donde mi padre cortaba la madera con la que fabricaba juguetes. Dibujaba primero en un tablero una especie de plano; a la derecha, plas-maba el dibujo de cada una de las piezas que iba a realizar. Luego, en una tabla de madera, las diseñaba de tal forma que consumieran la menor cantidad de material. A punta de segueta, sacaba los cortes; y mi tarea consistía en pulir los bordes y la superficie con lija, para que las piezas quedaran lisas y delicadas a pesar del rústico procedimiento.

-No abras los ojos, siente el viento, el sonido del agua y continúa -expresó de buena manera el monje al ver que por un momento Isaac abrió sus ojos.

-Después de tener las piezas listas, se pasaba un líquido especial por la madera para protegerla de la humedad, bichos y polillas que pudiesen afectar el juguete. Cuando secaba, se le aplicaba algo de pintura y, al final, se le ponían varias capas de esmalte antes de ensamblar. Esa parte la hacía toda él. Cuando nos sentábamos a trabajar, le dedicábamos todo el día y yo nunca me cansaba, disfrutaba de su compañía y me sentía grande ayudando con la economía de la casa. Además, mi madre siempre nos hacía chistes y nos alegraba el día con buena comida. Fuimos una familia muy feliz.

-Tienes un espíritu sano, la bondad y la compasión en tu interior se hacen evidentes. Ponte de pie un momento. Abre los ojos y no me mires. Solamente enfócate en la belleza de la naturaleza, trata de ver más allá del paisaje; busca una flor, observa atentamente sus colores, sus pétalos, el tallo. Piensa cómo busca la luz del sol, siente cómo sube el agua por las raíces y luego por el tallo. Aprecia lentamente esa imagen y mira cómo el polen se eleva por los aires con el viento. Vuelve al taller de los juguetes y luego piensa por qué estás aquí, recuerda no abrir los ojos.

-Siempre fui feliz, recuerdo el día en que conocí a Linda,



la mujer más hermosa y tierna de este mundo, de esas que no se consiguen hoy en día. Apenas nos vimos, el amor se manifestó de forma inmediata y quedamos flechados por completo. Fuimos novios, luego nos casamos y cuando nació Clara, nuestra primera hija, tuvimos una sensación que sólo los dos podíamos sentir y que nadie más podía siquiera imaginar. El momento en que ella lloró, despertó algo que teníamos hasta ese entonces dormido o desactivado. Nos miramos y nos abrazamos con la bebé entre nuestros brazos y sabíamos que estaríamos juntos por siempre. Ese sentimiento se revalidó cuando nacieron nuestros otros dos hijos, pero un día...

Isaac no pudo seguir hablando, sus labios empezaron a temblar y entre sus ojos cerrados se asomaron unas lágrimas. Mientras tanto, el monje solamente lo oía pero no decía nada, dejó que él mismo se reintegrara y retomara la palabra sin presionarlo.

-...un día sufrió el accidente... yo estaba trabajando y había quedado de encontrarme con ella pero me distraje en estupideces y no alcancé a llegar a tiempo. Ella salió por su cuenta a hacer las compras, cansada de que siempre me ocurriera lo mismo; estaba lloviendo y es como si hubiera sido la tormenta más fuerte de la vida. Aún puedo sentir el frío de esa lluvia penetrando en lo más profundo de mi alma. Ahí fue cuando ese carro se quedó sin frenos y...

Isaac rompió en llanto y siguió hablando como si este episodio acabara de suceder.

-... mi Linda, mi amada esposa, la mujer con quien me había unido para el resto de mi vida, con la que tuve a mis hijos, la razón de mi ser...-. Trataba de hablar pero no podía controlar la respiración; lloraba como un niño, sollozaba, tomaba algo de aire, y luego seguía llorando sin cesar.

-...yo la maté -exclamó al final- ¡La maté, la maté! ¡Maté a mi Linda! ¡Mi amor, si estás ahí en algún lado, por favor



óyeme, dime algo, no quiero que sigas enojada conmigo por dejarte sola! ¡Te amo! ¡Te amo con todo mi corazón y jamás dejaré de hacerlo!

Siguió llorando inconsolable sin parar y por un momento parecía que la naturaleza entera estuviera con él, callada, buscando darle consuelo inútilmente. Ya no se oía el viento ni el sonido del agua, los pájaros e insectos callaban, como si todos quisieran detener su vida para abrazar con fuerza y cariño al noble Isaac; para que volviera a darse la oportunidad de ser feliz.

-Pero también sé algo -Isaac hizo una pausa y suspiró. Luego respiró profundamente para volver a retomar el habla a pesar de que sus labios estaban temblando- Linda no va a estar orgullosa de mí si no soy feliz, si no vivo la vida que quiero vivir, sonriendo y manteniéndome como un gran ejemplo para mis hijos y mis futuros nietos. A partir de hoy las cosas van a cambiar, voy a sacar adelante mi taller de juguetes y haré felices a los niños con nuevos modelos de aviones. Voy a seguir viajando y la voy a pasar bien. ¡Precisamente porque te amo Linda! ¡Lo haré por ti y por mí, por nuestro matrimonio!

Hubo un corto silencio mientras Isaac parecía procesar sus pensamientos. Sus ojos aún estaban húmedos. En este momento volvió a escuchar el sonido del agua, los pájaros volvieron a cantar y la naturaleza despertó nuevamente de ese letargo en el que cayó por un momento.

-Querido Isaac, me acabas de dar una gran lección de compasión y humildad. El amor propio es una de las cosas más importantes para alcanzar la felicidad. Si no te quieres a ti mismo, no puedes amar a los demás. No se trata de egoísmo o egocentrismo, ni mucho menos, sino de amar lo que uno es. También es aceptación, es verdad. Todos cometemos errores y algunas veces las consecuencias de estos son muy graves, pero también solemos culparnos



sin motivo. Una manera de refugiarnos en la pena que nuestra mente crea al perder a un ser querido o al sufrir un contratiempo, es culparnos por ello. Nos sentimos mejor sabiendo que estamos tristes o afligidos y entre más tiempo duremos en este estado, creemos que es mayor el cariño que le profesamos a esa persona. Pero es un grave error. La muerte, así como todas las pérdidas en la vida, debe sobrellevarse naturalmente y con voluntad. De otra manera, la felicidad no sería viable en la humanidad, lo que sería un error craso.

-Es verdad, es fácil decirlo, pero cuando sucede en realidad, no es sencillo sobreponerse.

-Nadie ha dicho que sea fácil; sí es muy difícil, pero no imposible. Ahí es donde entran dos elementos fundamentales: por un lado, la religión o la espiritualidad de cada quien. Como hemos dicho siempre aquí, nuestra religión es para nosotros y para los que quieran pertenecer a ella, pero respetamos las creencias de los demás. Una persona en una situación como estas debe buscar refugio en su religión y fortalecerse espiritualmente de manera guiada, con la ayuda de un sacerdote, un monje o la figura que corresponda. Por otro lado, si no cree en una religión, le sirve acercarse a grupos o espacios de reflexión, hacer yoga, meditación, deporte en general. Leer mucho sobre cómo salir adelante es un camino que ayuda. Pero sobre todo, viajar y proponerse la felicidad como objetivo, es fundamental. Eliminar el sentimiento de culpa es necesario, primero en nuestro interior y luego a nivel social.

-Personalmente, siento que debía cambiar de ambiente y dedicar tiempo a limpiar mi espíritu. El viaje ha sido, en tan solo un día, una poderosa herramienta; sinceramente, quiero dejar todas mis toxinas aquí y volver renovado mental y espiritualmente; lo anhelo de verdad. He vivido años guardándome cosas; siento que voy a explotar, ya veremos cómo me va. Sinceramente agradezco tu bondad,



me has transmitido una excelente energía que me ha permitido abrir mis sentimientos; definitivamente la naturaleza hace que saquemos lo mejor de nosotros, perdón por el espectáculo, pero creo que necesitaba desahogarme.

-¡Faltaba más! La idea de Manuel de traerlos hasta aquí era precisamente para eso, para ayudarlos en una primera etapa a limpiarse espiritualmente, a llenarse de humildad y compasión, gracias al contacto con otras personas que nunca los van a juzgar.

-De verdad que lo agradezco, siento como si me hubiera quitado un gran peso de encima, me siento raro -esbozó una tímida sonrisa-. No sé qué me pasó; es como si hubiera estado hipnotizado por un rato. Qué bonito lugar tienen aquí, con esa agradable melodía de la naturaleza. Siento recargadas mis energías y con una satisfacción como si hubiera tenido un orgasmo -rió a la vez que se sonrojó.

-Cómo me alegra -sonrió de manera agraciada el monje-. Volvamos al monasterio para encontrarnos con tus amigos-. Isaac asintió.

En el camino de regreso encontraron a Manuel y su maestro; todos estaban felices y se saludaron como si fueran cómplices de su aventura espiritual. Hablaron de las largas horas del viaje, del cansancio, de la diferencia horaria, y tuvieron tiempo de burlarse aunque de manera muy respetuosa, de Fernando, de sus gestos y sus salidas en falso. Se preguntaron qué sería de él en esos momentos, pero ninguno se atrevió a sugerir nada. Él se hallaba dormido, teniendo un sueño muy particular.

Como suelen ser muchos sueños, el de Fernando era difuso con múltiples escenas de distintos momentos de su vida. Primero apareció su madre, una señora elegante, en la casa grande de una hacienda, con ventanales, barandas verdes y paredes blancas. Se veía triste y sin ganas de abrazarlo o besarlo, ni siquiera jugaba con él. Fernando



solamente quería un poco de afecto, cuando llegó su padre con un regalo que ella no esperaba: un collar de oro de veinticuatro quilates, con perlas. De repente surgió nuevamente la imagen de su madre sonriendo y abrazándolo; besándolo a él y al collar. El collar representó para él un símbolo de felicidad y de amor en ese momento, al punto de que sus afectos se centraron siempre en los bienes materiales.

Sus padres nunca tenían tiempo para él, sino que se la pasaban trabajando o en compromisos sociales, y llegaban tarde en las noches, algunas veces con señales de ebriedad, y en vez de jugar con él o consentirlo, se disgustaban por encontrarlo aún despierto. En ese momento del sueño, aparecía nuevamente su madre algo descompuesta después de un coctel, regañándolo, pegándolo y obligándolo a dormir. Fernando veía cómo ella desataba su furia incontrolada sobre él, con un odio que nunca comprendió. En ese momento aparecía su amigo de infancia, Sergio, su gran apoyo en el colegio, para consolarlo y consentirlo. Luego lo veía junto a él, en un baño, insinuándosele y enseñándole su miembro, y más adelante su amigo lo humillaba frente a todos sus compañeros, tratándolo de maricón.

Un impaciente Fernando se revolcaba en la cama de sábanas blancas, en medio de un ambiente de paz y tranquilidad, produciendo ruidos y quejas como si experimentara dolor, pero continuaba dormido. De pronto le llegaba la imagen de su padre pegándolo y castigándolo por permitir que dudaran de su hombría, haciéndolo sentir nuevamente humillado. Esta vez no sólo no sentía el afecto de su madre y de su padre, sino también el de Sergio. Sentía que no valía nada. Se veía como un niño perdido y sin rumbo, caminando por calles llenas de gente tosca. Aparecía luego la imagen de su esposa, aún joven, y él regalándole una casa grande, blanca, hermosa, con lo que se sentía nue-



vamente amado; allí el sueño cambió por completo y se vio exitoso en una gran oficina. Fernando dejó de revolcarse bruscamente en la pequeña habitación acondicionada para los huéspedes.

- Buenas tardes -saludó Manuel a un grupo de monjes que pintaban la fachada de la edificación-. ¿Saben algo de mi compañero Fernando?

Los monjes se miraron entre sí antes de contestar, como si escondieran un secreto. De repente, el mayor de ellos contestó:

-Sin duda alguna está bien, pero no se siente muy a gusto en este lugar. Le hemos dado la mejor habitación para que descanse porque se encuentra muy perturbado.

-¿Puedo ir a verlo?

-Claro que sí, sígueme por favor.

La paz y alegría con la que llegaba Manuel se vio levemente trastornada; Fernando se anticipaba a una terapia de incomodidad que debía llevarse a cabo en Vila Kaliagrashia y en ese momento, debía, como fuera, tranquilizar a este viajero para no afectar la línea psicológica programada a lo largo del viaje. “¿Quién sería capaz de sentirse así en un lugar como estos? Sólo Fernando”, pensó.

-Esta es la habitación, te dejo solo, con permiso.

- Gracias, y lamento las molestias.

Fernando se movía nuevamente con cierta violencia, al parecer, sufriendo en el sueño. Sabía que su esposa se acostaba con el mejor amigo de su infancia, uno de los empleados de la empresa donde ahora trabajaba, pero no hacía nada al respecto ya que aquel lo había descubierto teniendo sexo en la oficina con un nuevo ayudante, que era amigo de su hija, cuando simulaba quedarse trabajando en las noches. Los había visto un día cuando entró a la oficina sin golpear a la puerta, y lo encontró sin pantalón, tomando al joven,



ya sin ropa. Visiblemente afectado y humillado nuevamente, empezó a correr en el sueño, tratando de huir de ese momento que se había quedado estampado en sus recuerdos y que lo tenía al borde de un desastre. Si él o su esposa lo delataban o ventilaban esta situación en los medios, lo destruirían.

En ese momento apareció Manuel dándole masajes, tranquilizándolo en su sueño, transmitiéndole esa sensación de paz con su voz armoniosa. No había nada en el mundo que lo tranquilizara más que unos masajes o comprar algún objeto de valor, y sin saber realmente por qué, ese hombre le transmitía tranquilidad y lo alejaba de sus problemas. Los masajes se tornaron más delicados y sensuales, convirtiéndose de repente en un sueño húmedo y relajante. Sentía que Manuel lo llamaba con esa voz gruesa que entraba por sus oídos y alimentaba su sueño. Estaba excitado, cerca del clímax y seguía oyendo su voz. De repente sintió golpes en su cabeza, una y otra vez. Abrió los ojos y era Manuel que llamaba a la puerta, mencionando suavemente su nombre.

-¿Fernando? ¿Está aquí?, ¿está todo bien?

-¡No está todo bien Manuel, claro que no! -Gritó Fernando, seriamente ofuscado por interrumpir su sueño en el mejor momento, y por el choque que le generaba el hecho de sentirse atraído por él. Abrió la puerta y le habló directamente a la cara:

-Este no era el viaje esperado, no comprendo su irresponsabilidad, no está tratando usted con simples lacayos, sino con la mejor clase de su país, al menos en cuanto a mí respecta, y exijo que sus servicios sean coherentes con ello.

-¿Qué le ha molestado, Fernando, ¿alguien lo trató mal?

-Nadie me ha tratado mal, aparte de usted, Manuel. Aquí no tienen la culpa de su incompetencia y falta de experiencia. Esta no es la forma de tratar a un cliente de mi nivel, deján-



dome solo en un lugar como estos que nada tiene que ver con mis expectativas, más aún sabiendo que podría estar en este momento tomando un buen escocés en la playa. Es que de verdad no lo comprendo, me parece difícil entender que una persona como usted, que aparenta tener algo de experiencia profesional, tenga estos vacíos mentales.

-Le recuerdo, Fernando, que esta es una actividad libre y usted accedió a venir a este lugar, pero no se trata de eso, tal vez tenga hambre y *jetlag*.

-Está bien, Manuel, le voy a dar una oportunidad, pero al más mínimo error le exijo que me regrese el dinero, en vez de este viaje me hubiera comprado el ultimo modelo de Rolex, lo cual creo que me haría más feliz que este tal viaje de felicidad.

-No se preocupe Fernando -respondió Manuel con una mezcla de sentimientos y algo de intriga, sabiendo que lo que vendría para él en Vila Kaliagrashia, sería más que difícil. Le producía un poco de gracia pero también de temor, era un hombre muy poderoso y con muchas influencias. De todas formas, no perdía la esperanza de su evolución; a fin de cuentas, esto sólo estaba empezando.

Fernando, que se había quitado la camiseta y el pantalón debido al calor, se vistió y fue al baño a refrescarse poniendo un poco de agua en su cara y su cabeza. Como todo en su vida, había decidido olvidar lo que había soñado sin enfrentarlo y ni se preguntó por lo que había sucedido. Entonces, se dirigió nuevamente al líder del viaje, retomando sus marcados gestos despectivos y expresando a través de ellos su ego, orgullo y desaire. Inclino su cabeza al tiempo que cerraba levemente el ojo del mismo lado, sonriendo irónicamente, mostrando sus dientes y hablando casi sin abrir la boca.

-No se le olvide, Manuel, que en todas las épocas han existido diferencias de clase; o se era noble o plebeyo, bur-



gués, rentista, heredero o trabajador. Estamos ahora en otra época, pero si se da usted cuenta, las cosas no han cambiado mucho. Si no se le paga a alguien por hacer su trabajo, deja de llevarle comida a los suyos y se ve obligado a arrodillarse y dejar su dignidad por unas monedas. Es por esto que quien trabaja debe hacerlo bien, teniendo en alto grado de satisfacción a sus clientes.

Le dio dos palmaditas en el hombro y se retiró, dejando a Manuel fastidiado, irradiando ira. Éste sintió cómo la sangre le subía a la cabeza, con cada palabra que escuchaba. “¿Qué se cree este hombre? ¿Qué pasará cuando llegue a Vila Kaliagrashia? No creo que aguante”, pensaba. Tardó un par de minutos en reponerse, gracias a sus ejercicios de respiración y al buen ánimo que le había infundido el conversar con su maestro. “Cada quien tiene su vida, su proceso, su pasado”, pensó Manuel. “No es bueno juzgar a la gente sin saber lo que tiene en su interior”. Él mismo se recordó en su primer matrimonio, cuando se comportó como todo un patán. Se necesita tener compasión, entrenar la mente para ser humildes y de esta manera, seguir adelante.

Ya recuperado, rió de lo que acababa de pasar y respiró profundo. “¡Los gajes del oficio!”, pensó, y fue tras de Fernando.

-Nos tienen preparada una pequeña muestra de quesos y vinos, que probaremos en quince minutos y a las siete en punto nos llevarán de regreso a Barcelona.

-Espero que el vino sea bueno, al igual que los quesos. Estaré pendiente de todo y déjeme decirle: soy excelente catador.

A los quince minutos bajó Fernando como si nada hubiera pasado y entraron todos a una salita donde se hallaba Pepe Marco, representante de Vinos Divertidos, una empresa que promueve el consumo de variedades autóctonas de



España y otras que provienen de especies de uvas en peligro de extinción. Para el evento tenían una oferta de vinos con denominación de origen Calatayud, sorprendiendo positivamente a Fernando, y mejorando enormemente su ánimo, mientras los demás disfrutaban de su paz interior.

Todos quedaron satisfechos y se les dispuso un transporte directo hasta Barcelona para mayor comodidad. Mientras apreciaba el paisaje, Manuel pensaba en cómo estaría el resto del grupo; había quedado algo estresado después del suceso con Fernando, quien dormía plácidamente gracias a las copas de vino. Isaac, por su parte, moría de las ganas por llamar a sus hijos y conversar con ellos un rato, para expresarles lo mucho que los quería y lo feliz que se sentía en este viaje. Al fin y al cabo, ya pronto saldría con el grupo hacia Vila Kaliagrashia, el destino que visitarían y donde, seguramente, estarían incomunicados.





El verano empezaba en Barcelona y desde su habitación del hotel, Felipe podía ver tres buses rojos frente a la Pedrera con al menos doscientos turistas que buscaban conocer el famoso monumento del gran arquitecto catalán, Antonio Gaudí. El viaje había sido duro y largo, con escala en Madrid, y el día apenas se iniciaba. “¡No vamos a quedarnos durmiendo en esta ciudad, tenemos que salir!”, pensó Felipe, y le dijo a Mauricio, su compañero de habitación, que invitaran a Sofía y a Mariana a dar una vuelta, aprovechando que había viajado por Europa hacía algunos años y que conocía la ciudad. Él accedió con cierto interés, pues Sofía le había llamado mucho la atención.

Felipe trabajaba en el área comercial de un gran banco en el que logró ascender a un alto cargo gracias a sus habilidades sociales que le facilitaron incluir reconocidos clientes en su portafolio, aprovechando su buen humor, su trato con la gente y, sobre todo, sus buenas relaciones en el club de golf y los contactos del padre de su ex novia, un importante empresario del sector de la tecnología. Era dueño de una gran seguridad en sí mismo, coqueto y aparentaba ser el hombre ideal para cualquier mujer, a pesar de su metro setenta y uno de estatura y su evidente calvicie.

Mauricio llamó, a pesar de sus nervios, a la habitación 316 donde se hallaban instaladas Sofía y Mariana.

-¿Aló? -contestó Sofía.

-Hola -respondió Mauricio, con aparente seguridad y engrosando la voz.

-¿Sí?, ¿quién es?

-Eh, ¿quién habla?

-Sofía, ¿buscas a alguien en especial?

Mauricio rió nerviosamente antes de continuar.

-Mira Sofía -dijo con voz baja.

-Disculpa, es que no escucho bien. ¿Quién es?

-Hablas con Mauricio -dijo en un tono ahora demasiado fuerte-. ¡Uno de tus compañeros del grupo! Vamos a ir con Felipe a dar una vuelta y como él ya conoce Barcelona, podemos ahorrar tiempo para hacer varias cosas y aprovechar el día. Caminamos un rato, conocemos algunos sitios, luego almorzamos, ¡y a la playa! Pensamos en ustedes dos, ¿qué te parece?, ¿quieres decirle también a tu compañera?

-Sí -respondió Sofía sin siquiera comentarle a Mariana-. ¿Nos vemos en una hora en el lobby?

-Perfecto, en una hora estaremos ahí, a las diez.

Apenas se enteró Felipe, se bañó, se puso su camiseta Lacoste blanca de rayas azules y rojas, su bermuda Tommy Hilfiger roja, y sus zapatillas azules que le hacían juego. Mariana le parecía guapísima y no iba a perder oportunidad con ella. Dejó sobre la mesa sus Ray-Ban y abrió su Macbook para organizar el itinerario. El plan sería caminar algunas cuadras por el Passeig de Gracia y desayunar en alguno de los cafés que hay en la ruta, antes de desviarse hacia la Sagrada Familia. Aprovechó para comprar por internet las cuatro entradas pues de esa forma evitarían al menos dos horas de una larga fila bajo el sol. Después de visitar este monumento, irían en metro a la Barceloneta, almorzarían y finalizarían en la playa para descansar y hablar hasta el final de la tarde.



Mariana había visto en Felipe a un hombre ideal según su *target* por lo que se propuso atraer su interés; con ese fin, vistió su mejor ropa y se arregló cuanto pudo para salir. Siempre fue igual, se fijaba en alguien y llamaba su atención hasta capturar su mirada; sabía que era bonita e inteligente y casi siempre lograba su propósito. Era de esas personas que se creen más maduras de lo que son y terminan actuando por conveniencias. Se reía poco, casi siempre estaba seria y calculaba cada uno de sus movimientos; parecía incluso que hiciera lo mismo con sus sentimientos. Luego de maquillarse, estuvo lista finalmente veinte minutos tarde, generando una incomodidad en Sofía, que nunca le expresó.

Felipe y Mauricio esperaban en el lobby; en silencio, algo impacientes, especialmente el primero, a quien le parecía que esperar más de quince minutos era darle mucha importancia a una mujer. Por otro lado, su compañero, al ver a Sofía con su pinta, entre *vintage* y retro, con su pelo rojizo, largo y liso, tez blanca y labios gruesos, arreglada con cierto aspecto *hippie* pero a la vez con mucha clase y estilo, quedó más que encantado. Le parecía perfecta, supremamente atractiva y bella.

-¡Hola!, perdón por la tardanza pero estaba cansadísima y dormí como media hora -mintió Mariana.

-Hola hermosa, cómo estás, ¡qué guapa! -expresó Felipe con el tono de voz más sexy posible y al mejor estilo Casanova, antes de darle un beso en la mejilla-. ¡Valió la pena la espera! -y sin dejar de mirar a Mariana, se dirigió a Sofía: -¿Cómo te llamas, cuántos años tienes? La verdad es que no te había visto en todo el viaje.

-Sí, es que en el vuelo veníamos muy distanciados, yo sí te había visto, pues fui de las primeras personas en llegar. Tengo 18 años, soy la chiquita del grupo -rió tímidamente y con gracia, mientras sus mejillas se sonrojaban. Casi no



miraba a Mauricio; pues era Felipe quien le parecía muy interesante. Además ella se consideraba mucho más madura que las jóvenes de su edad y no sentía que hubiera tanta distancia entre los dos. Aun así, saludó muy amablemente a Mauricio que con sólo un beso en la mejilla quedó contento y animado para salir.

-Bueno, si quieren caminamos a la Sagrada Familia, que no queda tan lejos, y es tal vez el monumento más importante de Barcelona.

-Supongo que habrás preparado muy bien la historia, ¿o contratamos un guía? -dijo Mariana en broma para llamar la atención.

Felipe sonrió irónicamente, sin percibir la gracia del chiste. Sin embargo, había repasado muy bien la historia y como tenía muy buena memoria empezó a contar lo que recordaba. Caminaron unos doscientos metros hasta la Pedrera, y Felipe, casi que dirigiéndose sólo a Mariana, empezó a explicar.

-Gaudí fue el más importante arquitecto de finales del siglo XIX e inicios del XX en España. Fue un mago, un genio de la arquitectura, llevó la naturaleza a las estructuras de parques, iglesias, casas, palacios, fincas. Era católico, muy creyente y parece ser que no le gustaba mostrar la cantidad de dinero que tenía. Al morir, nadie se percató de su ausencia, sólo hasta el día siguiente cuando no apareció en el trabajo. A pesar de su fama y reconocimiento, vestía como si fuera un mendigo. Este edificio de la esquina es la Pedrera, una de las casas diseñadas por él; allí adelante, a unas cuatro calles, está la Casa Batlló que es todo un espectáculo, parece una casa hecha de dulce, llena de colores, toda una fantasía.

-Qué bien, todo parece indicar que eres un excelente guía. ¿Sabes si podemos entrar?

-Sí, pero mira la fila, nos demoraríamos como dos horas;



es mejor que vayamos a la Sagrada Familia, donde nos tardamos al menos tres horas; además, el plan también es ir a la playa un rato.

-¿Tres horas? Tienes razón, mejor vamos porque el día se pasa volando; aparte de todo, muero del hambre.

-Sí, yo igual, y creo que Mao y Sofi también. Tomemos fotos aquí y en el otro edificio de Gaudí, para luego buscar algo de comer.

-Vale Pipe -rió Mariana- ¡ya les cogiste confianza! Y yo, supongo, seré Mari, ¿cierto? -siguió diciendo entre risas.

-Pues sí -rió Felipe con algo de complicidad.

-¡Sofi y Mao! -gritó para llamarlos, ya que habían ido a preguntar por el costo de la entrada, y para saber más del lugar. -¿Fotos y seguimos?

-Sí -gritaron al unísono.

-¡Yo aprovecho que me ven tan niña y le sonrío a alguien para que nos tome la foto a los cuatro! Seguro nadie se niega.

Sofía miró al cielo, feliz, y lo encontró perfectamente despejado; su primer día en Europa no podía ser mejor. “Barcelona, inicio de verano, gente agradable y querida, todo perfecto”, pensó. Además esas edificaciones eran lo más bonito que había visto. De repente se encontró reflexionando sobre su vida. ¡Qué rico hubiera sido estar allí con su novio! ¿O tal vez no? ¿Realmente lo quería? Acababa de salir del colegio y estaría viajando por seis meses. ¿De verdad le llamaba la atención estar aferrada a alguien, preocupándose por estar llamando, reportándose, y peor aún, aguantando los berrinches y las peleas a distancia? Antes de partir tuvieron una fuerte discusión motivada por los celos e inseguridad que sentía su novio con respecto al viaje. Se querían, de eso no tenía duda, pero pensaba “¡tengo dieciocho años, no me voy a casar! Bueno, qué más da, no me voy a estresar por esto”.



La arquitectura de esta zona es particularmente bella; refleja el poder y la importancia que tuvo la ciudad con el auge de los textiles y la producción industrial de finales del siglo XIX, así como su inevitable expansión. Cada edificio es una obra de arte soberbia, elaborada con gran detalle, colorido y majestuosidad. Actualmente tiene una calle comercial con tiendas de gran prestigio como Hugo Boss, Gucci, Louis Vuitton, Carolina Herrera o Chanel, entre muchas otras.

Al llegar a la Casa Batlló, pudieron apreciar la belleza de la edificación, enclavada entre dos grandes obras, destacada por sus vitrales en la parte superior y sus balcones curvos como si fueran grandes conchas marinas, con una mezcla de colores verde, azul y ocre, combinados especialmente como si fuera un bosque en otoño con un cielo azul de fondo como el de ese día, con algunas hojas cayendo, lo que generaba todo tipo de contrastes. En la punta, un decorado con forma de crustáceo le pone la firma a la casa, que parece más una obra pastelera que otra cosa, hecha a base de azúcar, algo así como la casa que describen los hermanos Grimm en su cuento *Hansel y Gretel*.

-Bueno, ya son más de las once y estoy muerto de hambre, ¿vamos hacia la Sagrada Familia y buscamos algo de comer en el camino? -interpeló Felipe a sus amigos.

-Sí, ¡vamos! -dijo Mariana. Sofía y Mauricio asintieron.

Barcelona es, sin duda, una de las ciudades con mejor arquitectura. Su ubicación entre las montañas y el mar le da una energía particular, que la convierte en una de las mejores urbes del planeta para vivir. Siguieron entonces rumbo a la Sagrada Familia por la Carrer de Mallorca y, tres calles más allá encontraron en la esquina un lugar para comer. Cada uno pidió un bocadillo diferente, de tortilla de patatas, de bacon con queso, de sobrasada y de jamón ibérico. Todos ordenaron café largo para acompañar la comida y



se sentaron a conversar un rato sobre el viaje, *el jetlag*, el sueño y lo hermosa que era la ciudad.

La química entre los cuatro era buena; el día y la ciudad invitaban a algo más y pidieron un gin tonic con ginebra premium catalana, pepino y pétalos de rosa. “¡El sabor de Barcelona!”, pensaba Mariana, “¡con que a esto sabe!”. La *sensación en boca*, como dicen los expertos, era refrescante, ideal para el verano, no sabía mucho a alcohol y el pepino intensificaba el sabor de la ginebra. Los pétalos de rosa, más allá de darle un aspecto romántico y alegre a la bebida, le infundían un sabor algo ácido y dulzón. “¡Una gran mezcla!”, pensó. El lugar era agradable, más bien pequeño y con mesas redondas de no más de un metro de diámetro, permitiendo que estuvieran muy cerca el uno del otro, rozando sus brazos y piernas. La cercanía, la buena vibra que había entre ellos, la ambientación del lugar y la ginebra dieron pie a una agradable conversación.

-Mi Mari, ¿cuántos años tienes? -preguntó Sofía.

-Veintiséis -contestó ella para luego preguntar: -¿Y tú, Mauricio?

-Veintiuno.

-Y yo 32. ¿Por qué no cada uno cuenta algo de su vida, qué hace, a qué se dedica, estudia o trabaja? -intervino Felipe con un tono burlesco, pero preguntando con real interés en conocer a sus compañeros.

-Acabo de graduarme del colegio y antes de iniciar una carrera voy a viajar unos meses por Europa para hacer un curso de portugués en Oporto -dijo Sofía.

-Bueno, pues yo tengo 26 años, estudié Administración de Negocios Internacionales y hasta hace unos días trabajé en el sector de la construcción, en el área administrativa y comercial de una agremiación -dijo Mariana con tono serio, como si hablara con su jefe o uno de sus clientes.



-Relájate Mari, que no somos tus clientes -le dijo Felipe con algo de gracia y una sonrisa coqueta, mirándola directamente a los ojos. Y luego invitando a crear un ambiente más informal: -¡Tómate el gin y síguenos contando!

-Yo estoy relajada, no sé tú -respondió ella con molestia.

-Bueno Mauricio, ¿y tú qué haces? -interrumpió Sofía para salir del momento incómodo.

-Estudio Finanzas, me faltan dos años para terminar la carrera-. Mauricio parecía vestido para una ocasión importante, con pantalón de dril azul y camisa del mismo color pero un poco más clara, metida entre el pantalón. Su piel morena y sus mejillas gruesas lo hacían ver mayor de lo que era, a pesar de su edad.

-¿Y cuáles son tus planes para cuando termines?

-Mi sueño siempre ha sido ser *trader* en una comisionista de bolsa, me gusta la buena vida y creo que es la mejor forma de hacer plata.

Mauricio pasaba por un momento difícil a causa del rompimiento con su novia, luego de una relación de cuatro años, la única que había tenido en su vida, y con quien vivió una cantidad de experiencias por primera vez. No veía más allá de esa circunstancia y se hallaba sumido en una gran depresión, por lo que su padre decidió pagarle ese viaje a ver si mejoraba su actitud. En el colegio tuvo muchos amigos pero como se sentía muy maduro, en el último año se desprendió de ellos; una vez consiguió a Charo, se alejó de todos; de modo que los amigos con quienes se relacionaba luego eran los de ella; así que al terminar su noviazgo, de un momento a otro, quedó completamente solo. Gracias a esto se empezó a cuestionar por los errores que había cometido. A partir de ese momento, se unió más a su padre, quien se convirtió en su mejor amigo y confidente.



-Si le interesa el sector bancario, me avisa, tengo varios años de experiencia y me ha ido muy bien-. Felipe recordó los inicios de su actividad comercial y completó: -El medio no es fácil, hay mucha presión, pero se gana bastante, que es lo importante.

A falta de referencias, Mauricio veía en Felipe un modelo a seguir, le parecía seguro de sí mismo, luciendo ropa de marca y costosa. Además, notaba que Sofía y Mariana lo veían con gran interés, y se destacaba entre el grupo. Y no se equivocaba. Sofía lo miraba con admiración total, la tenía encantada, y Mariana, a pesar de su disgusto por el comentario anterior, estaba interesada en él y aprovechaba su coqueteo. Si lograba enamorarlo, no volvería a tener los inconvenientes financieros que hacían parte de su vida diaria. "Sería un buen negocio", pensó; además, le parecía querido y algo gracioso, en medio de tanta bobada que decía.

-¿Y tú qué hacías en la empresa de constructores?

-No es una empresa de constructores, es un gremio del sector de la construcción -expresó Mariana con seriedad, frunciendo el ceño, queriendo aparentar más edad de la que realmente tenía-. Trabajaba en dos áreas, en la parte administrativa, donde apoyaba la estrategia de planeación junto con el seguimiento a las afiliaciones y estudios del sector. A nivel comercial, me encargaba de un área que yo creé, dedicada a la gestión de proyectos con el gobierno en estudios y análisis de competitividad del sector a nivel nacional, con énfasis en las regiones. La mitad de mi semana la distribuía entre la oficina y viajes por el país para visitar alcaldes y diferentes actores de importancia a nivel gubernamental.

Tras esta respuesta, Sofía miró a Mauricio, cruzando miradas cómplices sin poder evitar la risa, provocando que Mariana los mirara indignada. Ante esto, Sofía se disculpó,



aduciendo un supuesto golpe que se habían dado ella y Mauricio por debajo de la mesa. Felipe buscó de nuevo la mirada de Mariana, invitándola a continuar con su discurso.

-Mi trabajo, más que todo, consistía en organizar la casa, pues, todos debíamos procurar la generación de ingresos; de ahí salió lo de los convenios que, por un lado fortalecen la imagen y generan nuevos afiliados, y por otro permiten obtener ingresos adicionales. Muy diferente a tu trabajo, supongo.

-Bueno, mi trabajo es solo comercial, yo soy el que sale con el maletín timbrando de casa en casa como vendiendo biblias -dijo Felipe entre risas-. Recibo incentivos por conseguir clientes que se pasen a mi banco y que utilicen diferentes productos de nuestro portafolio: tarjetas de crédito, créditos de libre inversión, de vivienda, leasing, etc. Necesitamos clientes importantes como tú, ¿ves? Por eso teníamos que conocernos -remató, intentando llamar la atención de su posible conquista.

Tras escuchar esto, Mariana sólo pensaba en lo tonto que era Felipe y su rostro reflejaba su pensamiento. Entonces, Felipe decidió hablar con mayor seriedad. Mientras tanto, Sofía y Mauricio se habían apartado de la conversación.

-También tenemos otra gama de productos para inversión en fondos de riesgo variable y manejamos bolsa. Yo comisiono sobre el monto que inviertan mis clientes, así que me he concentrado en buscar gente adinerada, así he podido ascender rápidamente dentro del banco. Es duro, pero me va bien; no me puedo quejar, ahora estoy en un departamento especializado para clientes VIP.

-Sí, las diferencias son evidentes, mi labor comercial distaba mucho de la tuya; permíteme felicitarte por tu posición -dijo Mariana, manteniendo su pose de mujer madura-. ¡Debes ganar muy bien! -comentó, dejando sin palabras a



Felipe, sorprendido por la poca prudencia del comentario. Dándose cuenta de su error, inmediatamente lo quiso enmendar: -Y... para cambiar de tema, ¿cuéntanos qué quieres hacer cuando termines este viaje, Sofía?

-Bueno -respondió ella un poco perdida de la conversación-. Mi papá quiere que estudie Medicina, pero la verdad, no me siento con esa vocación como para sacrificar mi vida de la manera que han hecho algunos de mis primos y tíos. Siempre he soñado con tener mi propia cadena hotelera y me inclino más por estudiar algo relacionado con turismo y hotelería, algo que implique más viajes. Quisiera darle la vuelta al mundo algún día. Mi papá es médico y tiene una clínica especializada en cirugía refractiva; yo quisiera organizar la infraestructura que él tiene para llevar pacientes de todas partes del mundo a practicarse tratamientos en Bogotá, ofreciéndoles comodidad para que se sientan a gusto en la ciudad. No sé, ya veremos qué pasa con mi vida, por ahora sólo sé que viajaré estos seis meses y que quiero disfrutar al máximo.

Mauricio recordó a su ex novia con algo de rencor. Pensaba que era la única mujer en el mundo y ahora veía a Sofía confiada de sí misma, linda y relajada; le gustaba mucho. Miraba hacia atrás y recordaba a sus amigos y la manera en que tontamente, se alejó de ellos, creyéndose más maduro por tener una supuesta relación seria y estable. Estaba decidido a conquistar a Sofía, con quien ya había intercambiado un par de miradas y sonrisas, así que lo veía posible.

-¿Sabes, Sofi?, estoy seguro de que lo que hagas te llevará al éxito, se te nota la fuerza en tu interior -le dijo Mauricio mirándola fijamente a los ojos, lo que hizo que ella se sonrojara y mostrara una sonrisa pícara, a manera de agradecimiento.

-Bueno, dejen de mirarse por favor -dijo en tono burlesco



Felipe al notar el coqueteo entre ambos-. ¿Les parece bien si pagamos y seguimos?-. Todos estuvieron de acuerdo y Sofía y Mauricio asintieron con risa nerviosa, algo entonados por el licor.

Al llegar a la Sagrada Familia, la más asombrada de todos era Mariana. Esa edificación imponente, con sus altas torres aún en construcción, trabajadas delicadamente, dando la apariencia de un castillo, pero a diferencia de este, generalmente cerrado y de difícil acceso, este monumento invitaba a entrar en él, gracias a su delicadeza y finos decorados que no hacían perder lo imponente del lugar. La obra de un genio, sin duda alguna.

Al ser un ícono de la ciudad, ninguna construcción en Barcelona puede superar la máxima altura de la iglesia. Se espera que el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia quede terminado hacia el dos mil veinte o tal vez unos años más tarde, según evolucionen el proyecto y la crisis económica.

-Pipe, ¿por dónde es la entrada?, ¿tenemos que hacer toda esa cola?

-Fresca churra, para eso estoy yo -rió con actitud de superioridad, sabiendo lo que había previsto y que sus compañeros tendrían que agradecerle, sobre todo Mariana a quien no le cobraría-. ¡Aquí están las entradas! -dijo mientras buscaba en su celular el comprobante.

-Oye, ¡qué bien que hayas hecho eso! Te pasaste en esta, en serio, gracias, ¿cuánto te debo?

-Nada, a ti te invito, para que veas cómo soy de lindo contigo -dijo con cara coqueta, a lo que respondió Mariana con una sonrisa mientras se quitaba las gafas, dejando ver esos ojazos de color verde esmeralda y su nariz delicada y pequeña.

-Pues yo te invito a almorzar, aunque va a ser como almuerzo-cena.



-Con ustedes arreglamos luego, no se preocupen -dijo Felipe, dirigiéndose a los demás.

-¡En serio te ganaste un beso, Pipe! -exclamó Sofía.

-¡Pipe, en serio, gracias, se le tiene en cuenta parcerero, le debemos una! -exclamó Mauricio.

Era ya la una y media de la tarde y en ese momento iniciaba una visita guiada, por lo que empezaron el recorrido inmediatamente. Santi, un catalán con buena chispa y agradable tono de voz, sería su guía; a los visitantes les entregaban auriculares de modo que él no tuviera que hablar muy fuerte, respetando así a las demás personas que visitaban el templo. Santi dio la bienvenida, preguntó de dónde venía cada uno y entre los veinticinco que completaban el pequeño grupo de turistas, había españoles de fuera de Cataluña, argentinos, chilenos, mexicanos, dos peruanos, un uruguayo y ellos como los únicos colombianos. Hizo chistes de fútbol, habló del Barcelona y dio información general sobre los atractivos de la ciudad.

-El Templo Expiatorio de la Sagrada Familia fue concebido en 1866, cuando Josep Bocabella Verdager fundó la Asociación Espiritual de Devotos de San José y promovió la construcción de un templo dedicado a la Sagrada Familia, buscando acercar el pueblo a la iglesia, y además, entregar un símbolo a la ciudad que en aquel entonces era un modelo de crecimiento urbano para todo el mundo. En 1882, se inició la construcción bajo la dirección del arquitecto Francisco de Paula del Villar pero, por diferentes inconvenientes, este fue apartado de la obra para dar paso al arquitecto Antonio Gaudí, quien venía adquiriendo gran reconocimiento en la región gracias a los trabajos que hacía para Eusebi Güell Bacigalupi, uno de los más importantes empresarios burgueses de la época. ¿Alguno de vosotros sabe algo de Gaudí?

Los chilenos contaron que habían visitado diferentes lugares



diseñados por el arquitecto, y que sabían que la naturaleza le inspiraba sus obras. Sofía, por su parte, comentó que ya habían visto dos de sus trabajos sobre el Passeig de Gracia.

-¿Y qué tal os ha parecido?

-¡Sensacional!, ¡maravilloso! -exclamó una chilena del grupo- ¡Este Gaudí era un grande! -manifestó la mujer con entusiasmo y con el particular acento de su país.

-Pues qué bueno, esa es la idea, que disfrutéis de esta hermosa ciudad. Continuando con la historia, Gaudí retomó la construcción de la obra inicialmente planeada, pero tras una donación importante de empresarios catalanes a la asociación en el año de 1892, tomó la decisión de rediseñar el templo por completo, hacia lo que es hoy en día la Sagrada Familia, muy a su estilo; vertical, imponente, con tres fachadas: el Nacimiento, la Pasión y la Gloria. Entendió que un proyecto tan ambicioso como este no podría ser construido por una sola generación, por lo que creó una escuela para que jóvenes artistas aprendiesen y adoptasen sus ideas, y lo continuaran en su ausencia. ¡Mirad un momento la fachada que está en frente de vosotros! Las diferentes caras del monumento están llenas de símbolos, de historias, de detalles. A la entrada, por la Pasión, podéis visualizar una simbología como una especie de sudoku, que muestra, con cualquiera de sus combinaciones, la edad de la muerte de Jesús; o bien, por este lado, el abrazo de Jesús a Judas, quien, como símbolo de su traición, tiene una serpiente en la parte inferior derecha. Todo el templo está lleno de mensajes que cuentan historias de las Sagradas Escrituras. ¡Venga!, vamos al interior del templo, por favor.

La señal emitida desde el micrófono de Santi se iba perdiendo cuando se alejaban, por lo que el grupo tenía que estar atento y cerca de él.

-Aquí podréis apreciar más claramente la esencia de



Gaudí -continuó el guía-. Para él, la naturaleza estaba por encima de todo; pensaba que las columnas eran grandes árboles que abrazaban el templo y sostenían la estructura; la representación del mar está en las paredes, a través de las superficies ondeadas. ¿Qué mejor lugar para revitalizar la fe de las personas que un espacio natural como este? Gaudí era un genio en llevar la naturaleza a estructuras reales y un trabajador arduo y dedicado a su arte, completamente entregado, como buen catalán, a su disciplina y creencias católicas. Mirad hacia el fondo el altar mayor, allí podréis ver a Jesús en el medio, con María a su derecha y José a su izquierda, motivo por el cual este monumento lleva el nombre de la Sagrada Familia, porque fue construido en su honor. ¿Hasta ahora, alguna pregunta?

Sofía había asistido hacía poco a una charla sobre la biomímesis, un concepto vanguardista que se basa en la imitación de la naturaleza, aplicado a tecnologías innovadoras, como trenes de alta velocidad, aviones y helicópteros, entre otros. Si bien se trataba un tema actual y aún desconocido, al oír este discurso de la filosofía y la técnica del maestro, quedó completamente anonadada y quiso averiguar más, aprovechando a Santi quien parecía dominar el tema a la perfección.

-¿Qué relación tiene la propuesta de Gaudí con la biomímesis? ¿Se puede decir que Gaudí fue uno de los primeros en aplicar este concepto?

El guía hizo un silencio un poco serio tratando de entender la pregunta y luego rió.

-Perdona guapa, ¿qué es eso de bio... qué?

Sofía se sonrojó y por un momento se sintió apenada con los turistas y sobre todo con sus nuevos amigos. Pensó “¡mu-cha ñoña, para qué me puse a preguntar eso!”. Pero sabía que una vez tocado el tema, no le quedaba más opción que



responder con la seguridad y soltura que la caracterizaban.

-Es algo que oí hace poco con respecto a la tendencia de aplicar tecnologías y técnicas innovadoras extraídas de la naturaleza, pero no me prestes atención -respondió entre risas a Santi.

-Nunca había oído esa palabra, ¿me la podéis repetir?

-Biomímesis.

-¡Ostras!, la verdad es que no, no había oído esa palabra, pero lo que sí te puedo decir es que tal vez no haya sido pionero del concepto, pero con lo que dices, sí que lo tenía en mente y así lo aplicó en sus obras. Gaudí vivió en una época en que el auge romántico de finales del siglo XIX, revaloró el papel de la naturaleza después de la Revolución Industrial, que si bien generó importantes cambios a nivel de producción, gracias a la invención de la máquina de vapor, estableciendo un hito en la historia, también marcó un antes y un después para el medio ambiente, que un siglo más tarde generó una nueva corriente de pensamiento a favor del aire puro, del verde, del agua, de todos esos tesoros que ya en algunas partes del mundo empezaban a escasear. Seguramente el maestro se inspiró en esta tendencia que se vio reflejada principalmente en las obras de poetas, artistas y escritores.

Sofía quedó satisfecha con la respuesta, y, a diferencia de lo que imaginó, todos pensaron muy bien de ella.

-Pasad por favor todos a este lado para apreciar de cerca la fachada del Nacimiento. Gaudí sufría de diferentes enfermedades y hacia 1911 tuvo una fuerte recaída que lo alejó del templo, pero al recuperarse se concentró en esta fachada, que más tarde sería declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Las figuras ubicadas sobre los muros de la fachada representan momentos de la vida de Jesús desde su nacimiento, sobre un decorado con cantidad de detalles. En las columnas se pueden observar tortugas en



la base. Hacia el norte, tortugas de tierra y hacia el sur, tortugas de mar. Las del norte simbolizan las que se pueden encontrar en zonas continentales del planeta, con las características físicas para vivir en la tierra, principalmente sin una membrana de piel entre los dedos de las patas. Hacia el sur, el mar y en esta dirección se encuentra una tortuga marina. Esta fue la única fachada que logró ver terminada el arquitecto. ¿Alguna pregunta? -. Como nadie respondió, el guía culminó su intervención: -A partir de aquí el recorrido lo podéis hacer por vuestra cuenta. Os agradezco la atención prestada y os deseo una feliz estadía en Barcelona.

Iban a ser las cuatro de la tarde, el tiempo había pasado volando y mientras Mariana rezaba, Sofía hablaba con un argentino que conoció durante el recorrido. Mauricio había ido a conocer otros lugares del templo, que le parecieron igualmente interesantes. Felipe se quedó sentado frente a la fachada del Nacimiento pensando en cómo llegar de manera más fácil a la Barceloneta y también en Mariana. “Es muy bonita y por momentos saca a relucir una clase que me encanta, pero definitivamente no tiene estilo, le falta mucho, no tiene actitud, es demasiado seria y como tonta a ratos, me habla como si fuera su jefe”, pensaba. “Sería perfecto que Sofía tuviera la edad de Mariana, ella sí es de mi tipo. Vamos a ver qué pasa, ¡al menos trataré de obtener de ella unos besitos!”, rió entonces en solitario.

Después de media hora se encontraron y caminaron hasta la estación Verdaguer para tomar el metro hasta la Barceloneta, donde luego caminarían hasta la Champañería, un lugar turístico que imita los tradicionales bares de tapas donde no hay sillas ni mesas y los clientes permanecen de pie. En el lugar había unas canecas delgadas que la gente prácticamente no usaba, es una característica de este sitio, pero casi ni se notan los papeles y servilletas tirados por el piso por la cantidad de gente que lo visita. Llegan personas de todas partes del mundo, interesa-



das en comer barato y beber champaña. Al principio, este bar-restaurante puede resultar odioso para muchos, pero después de unas copas, esta percepción suele cambiar.

-Bueno, aquí es, se llama la Champañería -dijo Felipe.

-Está como feíto, ¿no? -criticó Mariana-. ¿Por qué no buscamos algo por la playa?

-A mí me parece que está bien, si está lleno de gente es porque es bueno, además no debe ser tan caro -dijo Sofía.

- Estoy con Sofi -expresó Mauricio.

-Van a ver que es bien bueno, comemos y tomamos champaña, y luego nos vamos a la playa a relajarnos -manifestó entre risas, Felipe-. Ahí está, si no les gusta, no me tienen que pagar lo que me deben de la Sagrada Familia.

Los demás, algo incrédulos, finalmente asintieron.

-¿Qué te pongo? -le dijo a Felipe una de las personas que atendía en el bar.

-Una ración de queso manchego, otras de chorizos, butifarra y jamón ibérico. Y una botella de cava rosada.

-¿Para cuatro, verdad?-. Felipe asintió. -¡Pues aquí tiene!

-Qué incómodo este lugar, por lo menos espero que la comida esté buena. ¡Salud entonces, guía!

-¡Salud! -brindaron todos al unísono luego de la invitación de Mariana.

-¡La primera, que sea fondo blanco! -exclamó Mauricio, y todos aceptaron bebiendo la primera copa completa, motivados también por el agotamiento y la sed a causa del calor, como si estuvieran en un desierto sin brisa y a cuarenta grados.

La Champañería estaba llena de personas de todo tipo, en su mayoría extranjeros, uno que otro español con amigos y una pareja de catalanes viejos que gozaban de la felicidad



y el desorden de los jóvenes en el lugar, un poco alicorados ya. Los norteamericanos eran los más bulliciosos y estaban a punto de sacarlos, no llegaban a diez pero se notaba que habían bebido bastante y no paraban de gritar en ese lugar encerrado y saturado de gente. También había pequeños grupos de latinoamericanos con algún español en busca de una aventura. El ambiente era de fiesta y de alegría, y era difícil no contagiarse, más aún cuando todos bebían la deliciosa cava refrescante del lugar.

-Bueno, a comer porque si no nos emborrachamos con esta cosa que está buenísima. Pipe, ¿hay algo más que no sean estas picaditas? - preguntó Mariana.

-Yo pedí raciones pero si pides chorizo te lo traen entre un pan y le puedes poner algo más de salsa o alguna otra cosa.

-Yo quiero una butifarra, que está increíble -dijo Mauricio.

-Una hamburguesa para mí -dijo Sofía.

-Yo también quiero hamburguesa -dijo Mariana.

-Dame dos butifarras, dos hamburguesas y otra botella de cava -pidió Felipe al camarero.

-¿En bocadillo? O quieres la ración.

-En bocadillo.

-Venga, pues muy bien, un momentito, caballero.

No habían pasado dos minutos cuando ya estaba de vuelta el mesero.

-Mira, aquí tienes, dos butifarras y dos hamburguesas; aquí te pongo las salsas.

-Gracias -dijo Felipe al mesero- y dirigiéndose a sus amigos: -Bueno *moachos*, ¡salud! ¡Por el mejor día, en la mejor ciudad del mundo!

-¡Salud! -exclamaron todos con una sonrisa de oreja a oreja.



Bebieron sin medida, por lo que empezaban a sentirse mareados, en un ambiente de fiesta y algarabía a pesar de la falta de música. El clima y la ciudad los hacía sentir como en medio de una rumba en Ibiza. A partir de allí, entendieron la magia del lugar.

-No será el lugar más auténtico ni el más cómodo, y mucho menos el más limpio de la ciudad, pero se pasa buenísimo -exclamó Felipe, disfrutando de su rol de guía-. ¡Alisten su vestido de baño que después nos vamos directo para la playa!

-Qué delicia la playa, comamos rápido y vamos -se animó Mariana.

-¡Sí! -gritó Sofía con ganas de salir corriendo.

-¿Qué tal la comida y la cava? -preguntó Felipe.

-Todo está del putas, Pipe, ¡a lo bien! La comida, la cava, todo ha sido la verga, en serio; gracias parcero, qué buen día, menos mal nos vinimos con usted.

-Así es, se te abona, el día ha sido sorprendentemente mágico y has sido todo un caballero, -expresó Mariana, esta vez sin el ceño fruncido, pero aún queriendo parecer mayor de lo que realmente era.

-Yo no te voy a echar los perros como Mari -le dijo Sofía a Felipe en tono burlón, luego de notar el tono insinuante y la mirada de ella-, pero la verdad que sí he estado muy feliz. Deberíamos llevarnos la última botella para ir tomando camino a la playa.

Al pagar la cuenta, Sofía y Mauricio invitaron a Felipe, a cambio de las entradas a la Sagrada Familia y, sin encontrar mucha resistencia, Felipe terminó pagando lo de Mariana. De ahí caminaron hacia la playa, que estaba a diez minutos, con una botella de cava. En el trayecto, Mariana hizo lo posible por entablar una conversación con Felipe, dejando atrás a Sofía y a Mauricio que iban muertos de



la risa, bebiendo, hablando tonterías, y conociéndose un poco más.

-¿Tienes novia? -preguntó Mariana a Felipe con algo de timidez pero con una sonrisa coqueta.

-¡Uy!, pero ya me vas a comprometer o qué -replicó él con su insistente mirada, ganando su simpatía.

-No seas tan iluso, qué tonto, pensé que eras un poco más maduro -respondió Mariana en tono serio.

-Marica, Mari, relajada, en serio, ¿por qué eres tan tosca?, ¡diviértete un poquito!

-¿Perdón?, ¿con quién crees que estás hablando?, en serio, no te equivoques, no tienes idea de tratar a una mujer.

-Bueno, ya, deberías ser más relajada en la vida, qué manera que seas tan estricta con todo, se te nota que vives muy estresada, mira el día, el sol, la ciudad donde estamos, tranquilízate un poco, por favor.

-No soy ni estresada, ni estricta y estoy disfrutando de todo menos de tus comentarios impertinentes.

Cuando llegaron a la playa, se dio entre Mariana y Felipe una situación incómoda que este último no intentaría resolver y ella, con su orgullo, mucho menos. Al final, a Felipe no le parecía que Mariana valiera la pena y, a su vez, Mariana creía que Felipe se moría por ella, cuando en realidad era lo contrario. Por otro lado, Sofía y Mauricio lograron hablar y entenderse mejor, se rieron de todo, de la gente, de sí mismos, disfrutaron de la ciudad, del Port Vell y de la buena energía. En tan solo diez minutos, cantaron, bebieron cava y Sofía terminó caminando del brazo de su nuevo amigo.

Las playas estaban repletas de gente, la mayoría de mujeres en topless por lo que Felipe y, sobre todo, Mauricio, parecían embobados. Sofía haciéndose la celosa, retiró la mano de su brazo y él, que parecía un corderito amansado,



le rogó disculpas, para risa de todos. Mariana, indignada al observar los cuerpos prácticamente desnudos, se tendió en la arena con resignación sin mirar a Felipe, quien tomaba el sol desprovisto de su camiseta. Eran ya las seis y media de la tarde, el sol aún estaba fuerte y el clima era muy agradable, quedaban por lo menos tres horas de luz. En muy poco tiempo estaban dormidos, el cansancio del viaje, la caminata, el calor y la cava, estaban haciendo su efecto; Mauricio se durmió tocando tímidamente la mano de Sofía.

Mariana despertó antes que los demás; fue al mar a bañarse y compró una botella de agua a uno de los árabes que la ofrecían por la playa. Se sentó a reflexionar sobre su vida y lo que le estaba pasando. Por un lado, se sintió mal por la discusión que tuvo con Felipe, y aunque justificó su reacción por la forma en que este le habló, también se dio cuenta de que estaba cargada de un cúmulo de situaciones que la habían venido afectando desde pequeña.

Entre sus recuerdos, se vio cuando era una niña disfrutando con sus padres de un paseo. Muy alegre se disponía a mostrarles un animalito que había encontrado, y los halló discutiendo. Su padre sujetaba del brazo a su madre haciéndole daño y tras gritarla, ella le dio una bofetada, obligándolo a soltarla. La respuesta de su padre, con cara de odio, fue gritarle una serie de improperios y humillaciones. Al voltear la mirada, su madre vio a Mariana perpleja, aterrada, inmóvil presenciando una escena que hasta entonces le habían ocultado. Su madre empezó a llorar, inconsolable, y la abrazó, pero Mariana estaba tan asustada que corrió a refugiarse entre los árboles.

Sus padres se divorciaron y cada uno sacó lo peor de sí. Buscaron, por venganza, la quiebra económica del otro logrando tan solo la pérdida del poco dinero que habían conseguido y el lucro de sus abogados. Al final, dejaron de hablarse y Mariana quedó al cuidado de su madre. Las



enseñanzas que recibió en su casa fueron fruto del resentimiento constante, y el odio que sentía su madre, se lo transmitió a ella, por lo que nunca quiso buscar a su padre o saber de él. Su madre la reprendía y quería hacer de ella una persona disciplinada, para que saliera adelante y jamás necesitara de un hombre; pero lo único que veía Mariana era a una madre que aparentaba tener dinero, para buscar hombres que sí lo tuvieran, aprovechando su gran atractivo físico. En ocasiones la llevaba a comer con ellos a buenos restaurantes o a algún prestigioso club, y poco a poco, aprendió a envidiar y desear las cosas materiales. Se dio cuenta de que un hombre con dinero podría dárselas mucho más fácil, y que a través de su atractivo y apariencia podía lograrlo.

Luego, recordó a su ex novio. Se sentía completamente decidida a casarse y a compartir el resto de la vida con ese hombre con el que llevaba una relación de más de dos años, un empresario que ganaba muy bien, tenía buen carro, era atractivo y de buena familia. Ella lo veía como el hombre ideal, por lo que se dispuso a seguir su plan de amarlo siempre y hasta diseñó una estrategia con el fin de atraparlo en sus redes. Él, al final, le propuso que vivieran juntos, pero ella quería casarse. Él le decía que si las cosas funcionaban entre los dos, se casarían, pero ella sentía que de esa manera le iba a aplazar el matrimonio y que al final terminaría dejándola, por lo que nunca aceptó. Una cosa llevó a la otra y, al final, él rompió la relación, se cansó de tantos disgustos y ella quedó sola con la vida destrozada, más que el corazón. Irene, la hija del presidente del gremio donde trabajaba, unos años mayor que ella, al conocer más de cerca su situación, le recomendó hacer este viaje. Incluso evocó en su mente aquella conversación:

-Te voy a decir algo Mariana, eres muy hermosa y echada para adelante, vas a llegar muy lejos, pero siento que tienes que resolver muchas cosas en tu interior. Sea sobre



tu pasado o sobre lo que te acaba de suceder, lo tienes que hacer. De lo contrario, no vas a lograr éxito profesional y mucho menos personal.

-Irene, agradezco lo que me dices, pero lo que tengo no es nada, ya se me pasará, hombres es lo que hay en el mundo y yo tengo lo mío, sé cómo levantarme al que quiera.

-No lo dudo, Mari, sé que no soy nadie para decírtelo, pero creo que no estás haciendo las cosas bien. Buscas un hombre que te haga crecer social y económicamente, incluso intelectualmente, pero no que te ame. Son cosas que no todas las veces van de la mano. Digamos que sea una proporción 80-20, como si fuera un Pareto. Tú le das al nivel económico, social y a la capacidad intelectual de la persona el 80%. El otro 20 lo dejas para el amor. ¿Qué pasaría si un día él quiebra? ¿Qué tal que su círculo social no te acepte? ¿Y si sigues estudiando y lo superas intelectualmente? Se te acaba la relación. No estás pensando a largo plazo, estás buscando soluciones inmediatas porque crees que eres una persona vieja a la que se le está acabando la vida, que debe casarse y lograr todas sus metas en este instante, pero las cosas tampoco son así. Yo te entiendo, créeme; sé que lo puedes lograr todo, pero debes resolver ese nudo que tienes adentro, que te va a terminar enfermado.

-No me conoces, no es tan grave, y lo que menos busco en un hombre es su dinero, ni que yo no pudiera hacerlo por mi cuenta; y tampoco soy una tarada a la que no van a aceptar en un círculo social alto, no me subestimes -le respondió Mariana con tono fuerte y prevenido.

-Haz lo que quieras -replicó Irene-. Te voy a sugerir algo que me agradecerás algún día, si sigues mi consejo. Piensa o di lo que quieras. Yo te he visto, has trabajado aquí desde que hiciste tus prácticas de la universidad, conozco tu evolución, pero también sé que tienes conflictos que debes resolver por el bien tuyo, y si quieres te lo pongo de otra



manera, por el bien de este gremio. Si no estás bien contigo misma, no estarás bien aquí, no darás los resultados que se esperan de ti y no vas a seguir creciendo.

-Mira Irene, si estás amenazándome con un despido, pues dile a tu papá que con mucho gusto paso mi carta de renuncia, ¡es lo que me faltaba!, ¡qué tal! ¿Acaso te crees perfecta? ¿No tienes problemas?

Irene rió con paciencia.

-Mari, te lo digo con cariño. Todos tenemos conflictos y nunca dejaremos de tenerlos. Tú y yo, mi papá, tu ex novio, la vecina, ¡todos! El asunto no es ese. Te voy a contar: yo aparento ser muy segura cuando por dentro he sido la más débil. Sólo lo saben algunas personas muy cercanas a mí, a las que les he podido contar. Un día conocí a un tipo que me pareció interesantísimo, no sabes lo churro, caballero y amable que era. Empecé a hablar con él y la relación pasó rápidamente a una amistad porque tenía la capacidad de indagarte por dentro con una nobleza que no encuentras fácilmente. Me abrí completamente a él y me propuso un viaje al otro lado del mundo, donde la gente puede reconciliarse con la vida, y más que eso, transformarse y ser felices.

Mariana la miraba atenta, pero como si no le interesara esa información.

-Para resumirte, te cuento que me fui durante un mes con él y un grupo de viajeros; y resultó la experiencia más impresionante de toda mi vida. No sabes lo que significó para mí, y tú deberías hacer ese viaje. El próximo es en junio. ¡Ve! Regálate esa oportunidad de liberarte y viajar para cambiar de ambiente y, de paso, reflexionar sobre tu vida. Mi papá nunca te va a despedir, pero sabes muy bien que aquí no puedes crecer más. Cuando vuelvas buscas algo mejor; incluso te propongo ayudarte a buscar otro trabajo mientras estás de viaje, pero hazlo.



Mariana quedó desconcertada y derrumbada frente a lo que le dijo Irene.

-Perdón por ser tan prevenida a veces, Irene, pero toda la vida me ha tocado muy duro. He tenido que aparentar ser madura, elegante y sofisticada para que me tomen en serio en mi trabajo y conseguir lo que necesito para pagar mi carrera. En mi casa las cosas siempre han sido complicadas, con mayor razón ahora que mi mamá me culpa de que mi novio me terminó, pues dice que con él ya tenía la vida arreglada, y que lo dejé ir por bruta y orgullosa. Lo del trabajo lo sé y quiero empezar a buscar otras opciones, pero mi situación económica no me permite darme el lujo de viajar, aunque la verdad, me encantaría. Definitivamente necesito unas vacaciones, no te voy a mentir, pues me siento cansada.

-No tienes por qué disculparte, y menos conmigo; hace años formas parte de nuestras vidas y mi papá y yo te queremos mucho, lo sabes. Te voy a poner en contacto con Manuel Ramírez, la persona de la que te hablé. A él le puedes preguntar lo que quieras y, con la liquidación que recibes al retirarte, puedes pagar el viaje. Mi papá y yo te ayudaremos a buscar un empleo para que cuando vuelvas tengas nuevas oportunidades.

Mariana, sentada en la playa de Barcelona, sintiendo la brisa y el sonido del mar, estaba feliz porque era la primera vez que viajaba a Europa, y porque se sentía viviendo un sueño, pero también sabía que debía hacer algo por su vida, era consciente de que necesitaba sanar muchas heridas del pasado. Pensó en su madre, en su padre, en sus amigos, en su ex novio, en lo difícil que le había tocado, por lo que terminó llorando sin control.

A un par de metros estaba Felipe observándola, sin saber qué hacer. Realmente no veía en Mariana a una mujer con la que quisiera tener alguna relación, y tampoco quería



que ella pensase que le interesaba, pero se sintió mal sin siquiera hablarle, sabiendo que pasaba por un mal momento. Entonces decidió acercársele.

-Hola Mari, ¿tú qué?, me quedé fundido, ¿qué hacías? Esta gente como que también quedó muerta, mira cómo duermen. ¿En qué pensabas?

-En nada, en la vida, en lo feliz que he estado y la verdad también me he sentido un poco nostálgica.

-Eso veo, pero relajada, disfruta de este atardecer, qué bonito se ve todo, qué hermosa mezcla de colores en el cielo.

-Es verdad, discúlpame por lo de hace un rato, suelo estar muy prevenida y creo que te respondí con dos piedras en la mano.

-No pasó nada, Mari, no entendí tu incomodidad, sólo estaba molestando y quería hacerte reír, pero resultó lo contrario.

-No me pongas atención, hoy fue un día excelente, la pasé delicioso.

-Yo igual. Barcelona definitivamente es mi ciudad favorita. Bueno, yo estoy muerto, deberíamos caminar un rato por la playa y regresar al hotel, pues no hemos dormido casi nada y mañana salimos de madrugada.

-¡Ah! Mira a este par -rieron juntos- ¡No lo puedo creer! -exclamó Mariana.

Sofía y Mauricio se besaban apasionadamente en la playa mientras caía el sol en esa tarde de verano, ya pasadas las nueve, con el hotel W al fondo y una gran cantidad de personas disfrutando de la temporada, mientras bebían un trago. Al darse cuenta que los observaban, Sofía pegó un brinco y los enfrentó sonrojada.

-Bueno, nos vamos ya, ¿no? -preguntó, avergonzada y nerviosa.



- Sí, les íbamos a decir eso, que caminemos un rato más por la playa hasta la Villa Olímpica y allí buscamos el metro para regresar al hotel -contestó Felipe.

Mauricio no decía nada; quedó más que apenado, completamente atontado y no precisamente por el olor a marihuana a su alrededor, sino sumido en un estado de amor absoluto y con una cara de niño feliz que nada podría arrebatarse. Tomaron sus cosas, se vistieron y caminaron una hora más hasta la estación del metro.





Todos tenían sueño pero ninguno quería quedarse en el hotel, pues tan solo disponían de un día para disfrutar en Barcelona, así que Ana Cecilia convocó a los viajeros que estaban cerca de ella: Sara, Silvia, Raquel y Armando, aunque hasta el momento no habían intercambiado más que comentarios irrelevantes y no se conocían aún.

-No nos vamos a quedar aquí como unos bobos, ¿quién se anima a hacer algo?

Al principio hubo un silencio tímido, pero luego Armando habló.

-Ya he estado antes en Barcelona, así que, si les parece, podemos visitar algún museo y lugares como el Montjuïc y la Villa Olímpica; almorzamos y luego vamos al Barrio Gótico, nos sentamos en alguna terraza para conversar y tomar algo.

-¡Qué bien!, ya tenemos guía, ¿alguien se anima? -invitó Ana Cecilia.

-¡Yo voy! -respondió Silvia con gran interés, al ver que Armando tomaba la iniciativa.

- Pues será acompañarlos, no queda otra opción -dijo Raquel-. Tengo sueño y dolor de cabeza, y el sol está muy fuerte, pero qué le vamos a hacer.

-¡Listo! -respondió también Sara con suavidad, mientras se sonrojaba y bajaba tímidamente la mirada.

-Pues nos vemos en treinta minutos, ¡quien no esté, lo dejamos! -dijo en tono amenazante Ana Cecilia, a la que nadie prestó atención.

Fueron a sus habitaciones a ducharse, y a la hora convenida sólo estaban listos Ana Cecilia, Sara y Armando. -Yo no puedo con la gente impuntual -alegaba Ana Cecilia- dijimos treinta minutos, no una hora; de saberlo, al menos hubiera dormido un rato. Sólo tenemos un día para visitar la ciudad, ¡qué rabia!, ¿por qué no nos vamos?

-Tranquila -intervino Armando-. No hay afán, tómalo con calma, ya bajarán.

Ana Cecilia continuó ofuscada y con expresión de impaciencia. Era periodista, tenía treinta y seis años y un carácter conflictivo, pues todo le parecía malo y siempre veía el punto negro en la pared blanca. Con los años, se había vuelto menos tolerante e incapaz de controlar sus niveles de ansiedad lo que evidenciaba moviendo sus pies mientras permanecía sentada. Armando, incómodo, no lograba comprender la prisa de esta mujer que se acomodaba y desacomodaba constantemente, y no sabía qué más hacer para apaciguarse.

-Es que uno debe ser respetuoso con los demás, ¡si son treinta minutos, son treinta minutos! -continuaba alegando Ana Cecilia, cuyo tono alevoso empezaba a sacar de quicio a Armando.

-Disculpa, ¿Cómo te llamas?

-Ana Cecilia.

-Ana Cecilia, estamos de viaje, no tenemos prisa, no debemos llegar a ningún lado, no tenemos una cita con nadie, ¿por qué estás tan afanada? ¿Tienes que hacer algo diferente a lo que hemos planeado?

-No, en realidad nada, sólo es cuestión de ser más civilizados, por eso estamos como estamos -le respondió a



Armando, mirándolo de arriba a abajo con expresión retadora.

Armando se rió y decidió retirarse a la recepción del hotel, buscar un vaso de agua, beberlo y regresar para hablar con Sara, ignorando a Ana Cecilia.

-Hola, mucho gusto, soy Armando.

-Hola, yo soy Sara.

-¿Mucho sueño?

-Un poco, pero con ganas de salir a conocer; es mi primera vez en esta ciudad -dijo Sara, mirando de reojo a Armando, sentada, tensa, con sus piernas juntas, inclinada hacia adelante y nerviosa, como si estuviera en un interrogatorio. A su lado, Ana Cecilia se comía las uñas, moviéndose de un lado a otro, visiblemente afectada por el estrés y la ansiedad, mirando hacia el ascensor para ver cuándo salían sus demás compañeras.

-Aunque ya he visitado un par de veces Barcelona, tengo ganas de salir, es una ciudad muy linda, te va a gustar -dijo Armando dirigiéndose a Sara, mientras se desperezaba.

-¿A dónde crees que debemos ir? -preguntó ella, aún con algo de tensión.

-Pues hay muchas cosas que hacer, como les decía hace un rato; podríamos ir a la zona del Montjuïc, es muy bonita; caminar por la Villa Olímpica, que construyeron para los juegos del 92; visitar el museo de Miró, y de ahí subir al castillo, desde donde se puede apreciar una panorámica de la ciudad. Al bajar, podemos almorzar en donde estaba la plaza de toros más importante de Barcelona. Como el día es largo en verano y hay sol como hasta las nueve, después decidimos qué hacer más tarde.

-Suena muy chévere, ojalá bajen rápido las niñas que faltan, para aprovechar el día -dijo Sara sin mostrar signos de impaciencia.



-¡Es el colmo!, ya vamos para media hora de espera, si no llegan, me iré sola, no pienso quedarme un día de verano en Barcelona, metida en un hotel -interrumpió agresivamente Ana Cecilia, dejando estupefactos a Sara y Armando. “¡Ni ella misma se aguanta!”, pensó Armando.

Al ver la cara de sorpresa de sus compañeros, Ana Cecilia cayó en la cuenta de que los había incomodado, por lo que procuró justificarse:

-¡Disculpen!, pero en ocasiones se me presentan fuertes dolores, debido a un cáncer que se ha empezado a desarrollar en mi cuerpo. Es la razón por la que me recomendaron este viaje.

Por fin aparecieron Silvia y Raquel, maquilladas y bien vestidas; sobre todo Silvia, que lucía ropa de marca y de buen gusto. Armando se fijó en ella de inmediato y le pareció atractiva; Sara se sintió intimidada por un momento al ver a esta mujer, a la que percibía con un estilo cosmopolita, aunque superficial. Ana Cecilia, en su mejor estilo, las miró con desagrado, fijándose sobre todo en la falta de clase de Raquel “¡qué falta de elegancia!”, pensó, “Tanta demora para eso, ¡qué tontería!”.

-Bueno, Armando, ¿para dónde vamos? -preguntó Silvia para llamar su atención.

-Primero vamos a desayunar, porque tenemos hambre, ¿no?, aquí al lado hay un café, el de la Pedrera, la famosa casa de Gaudí, después vamos hacia Montjuïc.

-Como tú digas, eres el guía.

-¿Sí será bueno el sitio? Con seguridad debe ser caro y la comida regular por ser tan turístico -volvió a interrumpir Ana Cecilia.

-Pues si quieres comer en otro lugar, ve y te esperamos -le dijo Armando, algo desesperado.

Ana Cecilia sólo miró a Armando con desprecio, roja de



la ira. Silvia y Raquel no entendieron la agresividad de Armando y la reacción altanera de la periodista. “¿Qué habrá entre esos dos?”, se preguntó Silvia. Al final salieron todos a desayunar donde propuso Armando.

-Buenos días, bienvenidos al Café de la Pedrera, aquí os dejo las cartas -dijo el empleado que salió a atenderlos a la terraza.

Las miraron, pero descubrieron que no tenían claridad en los precios con respecto al cambio, ya que era la primera compra que hacían en este viaje.

-¿Qué quieren pedir? -preguntó Armando.

-Yo creo que croissants y café, para no enredarnos. ¿Les parece? -propuso Silvia.

-Y algo de fruta picada para compartir -agregó Armando.

-Me parece bien -dijo Sara.

Raquel y Ana Cecilia asintieron. Armando ordenó entonces cinco croissants, café y fruta picada.

-Hasta ahora sólo nos hemos presentado Ana Cecilia, Sara y yo, ¿y ustedes cómo se llaman?

-Yo soy Silvia, mucho gusto -dijo mientras extendía su mano a Armando.

-Y yo Raquel, encantada -repitió el ademán de Silvia.

-¿Qué hacen ustedes? ¿A qué se dedican?

-Soy investigadora en temas de tecnología y sostenibilidad energética, y ahora hago un doctorado en Gestión Ambiental para el Desarrollo -respondió Silvia.

-¿Y cuál es el motivo de tu viaje? -interrumpió Ana Cecilia.

-La verdad es que quería hacer un alto en el camino para repensar mi vida y reunir fuerzas pues me espera un camino difícil en mi doctorado, ¿y tu motivo cuál es?

-Tengo un problema en el útero, que al parecer es un cáncer;



además, quise alejarme de la rutina a ver si logro concentrarme, por primera vez en mi vida, en algo que me beneficie realmente.

-¿Y tú, Sara? -preguntó Armando.

-Yo simplemente quería viajar, y eso de un “viaje de felicidad” me cautivó. Hacía rato quería hacerlo pero el trabajo no me lo había permitido. Pero como ahora estoy desempleada, me pareció el momento ideal.

-¡Viniste porque te echaron, entonces! -dijo con sorna Ana Cecilia.

-Vino porque hace rato quería hacerlo, ¿no oíste lo que acaba de decir? -interpeló Armando, visiblemente perturbado con los comentarios de su compañera.

-¡Perdón, era un chiste! Qué falta de sentido del humor en este grupo, ojalá cuando duerman se les pase a ver si disfrutan de este “viaje de la felicidad” -dijo Ana Cecilia, enfatizando en esta última expresión e indicando con sus dedos unas comillas imaginarias.

-Bueno, Armando, ¿y tú?, ¿a qué te dedicas, qué te trae por acá? -intervino Silvia que ya tenía identificado su objetivo, al ver que la conversación se estaba desviando.

-Soy médico y tengo un MBA con énfasis en mercadeo, trabajo en una empresa farmacéutica en el área comercial.

-¡Guau! ¿Médico? ¿En serio? ¡Qué interesante! -expresó entonces Silvia abriendo aún más sus ojos cafés, mientras se echaba el pelo hacia atrás, con nerviosismo.

-Sí, es médico, ¿no oíste bien?, pero no ejerce, es lo que está diciendo -replicó Ana Cecilia con desagrado frente a su recién declarado rival.

-Perdona que interrumpa- intervino Sara, a pesar de su timidez, pero con un carácter que aprendió a sacar en ocasiones como ésta-. No entiendo tu interés por afanar,



incomodar y estropear cada momento. No sé si sea debido a tus dolores, pero creo que nos incomodas con tus comentarios. ¿Por qué no buscas una manera de disfrutar el día y compartir con nosotros sin prevenciones, con calma? Estamos en esta hermosa ciudad para relajarnos, no para estresarnos.

-Desde que esperábamos en el lobby a Silvia y a Raquel asumiste una actitud difícil; si vamos a compartir este viaje, creo que debemos ser respetuosos y tolerantes. Estoy de acuerdo con Sara, busca la forma de disfrutar o si no estás a gusto con el grupo, pues ya sabrás qué decisión tomar al respecto - añadió Armando.

Inquieta y desesperada, Ana Cecilia calló y retomó su recurrente actitud para evadir la situación, mostrándose intolerante con los demás e incapaz de soportarse ella misma, por lo que irse sola no era una opción.

-Bueno, como a mí nadie me preguntó, y aprovechando el desorden, les cuento que soy la secretaria de gobierno del municipio de Apulo, cerca de Bogotá -dijo Raquel.

-Ya iba para allá, Raquel, disculpa, en serio, poco a poco nos vamos conociendo todos. ¿Qué hace una secretaria de gobierno en un municipio?

-No se preocupe, doctor -le respondió en tono de burla, ante lo cual los demás rieron, a excepción de Ana Cecilia-. Una secretaria de gobierno se encarga de asistir al alcalde en temas relacionados con su gestión, y por ser la segunda cabeza en el municipio, lo representa en su ausencia; particularmente me encargo de la seguridad y el orden público, de firmar contratos de menor cuantía, digamos que soy la mano derecha del alcalde.

-Qué interesante, y ¿cómo es que estás aquí con nosotros? -preguntó Sara.

-Disfruto de una licencia no remunerada porque, a decir



verdad, me estaba enloqueciendo, no ha sido nada fácil mi trabajo: no descanso, vivo con mucha tensión por algunos intereses de unos y otros a pesar de tratarse de un pueblo pequeño; además, no vengo del mundo de la política. Estudié Administración Pública, pero no pensé que las cosas fueran así. Debo levantarme muy temprano para llegar a la oficina a las seis y media de la mañana, y terminar la jornada muchas veces a las nueve o diez de la noche, trabajar los sábados o los domingos, lo que significa alejarse de la familia.

-Yo vivo igual -interrumpió Ana Cecilia, pero esta vez más calmada, buscando la aceptación del grupo, para sorpresa de todos.

-¿Qué les parece si vamos siguiendo? -propuso Armando que no quería dar lugar a otra salida en falso de Ana Cecilia.

Entonces se apresuraron a terminar de comer, para alcanzar a hacer lo que habían planeado. Dividieron la cuenta en partes iguales, pagaron y salieron hacia la Avenida Diagonal para tomar la línea verde en dirección a Plaza Espanya, donde caminarían hacia el Museo de Miró. En el metro, mientras Silvia trataba de hablar con Armando a como diera lugar, Ana Cecilia, buscaba la cercanía de Raquel, al menos mientras llegaban a su destino.

Sara, por su lado, algo afectada aún por su reacción ante Ana Cecilia, miraba al infinito con sus profundos ojos azules, reflexionando sobre su vida, transportada a su más reciente golpe emocional. Transcurría el mes de noviembre de 2012 y un día, mientras esperaba a una reunión en la sala de juntas de su empresa para ajustar los detalles en la estrategia de lanzamiento de un nuevo modelo de teléfono celular, vio entrar sorpresivamente a Sebastián, su novio y compañero de trabajo, y a su jefe, Claudia.

-Hola, ¿y a ustedes qué les pasó que tienen esa cara de terror?



-Pues qué crees, los resultados de este año están por debajo de las metas, y aquí no hay nadie que ayude a cumplirlas -dijo Claudia, lanzando una mirada acusadora a Sebastián.

-Bueno, pero estamos llegando al 100% de la meta en ventas y falta cerrar noviembre y diciembre, solo hay dos...

- ¡Cállate Sara, no tienes idea de lo que estás hablando! -la interrumpió su jefe.

Sara miró a Sebastián buscando su apoyo pero éste decidió evadir la situación. “¡Qué buen novio, pensó!”. En ese momento, sus ojos se aguaron y no pudo evitar que rodaran un par de lágrimas por sus mejillas, por lo que corrió hacia el baño sin responderle a Claudia. Allí pudo llorar sin control. Se sentía humillada y agredida por Claudia, a quien había ayudado a organizar su boda meses atrás. Recordó que todo había salido perfecto; la ceremonia, la fiesta, todos los detalles fueron previstos con cariño. Además, fue una noche de ensueño para ella y para Sebastián, ya que vivieron uno de sus momentos más románticos, soñando con su propio compromiso.

-¡Tienes que decirle que vas a tener un hijo conmigo! -dijo Claudia a Sebastián tras la salida intempestiva de Sara.

-Dile tú que eres la jefe, y supuestamente su amiga, fuiste tú quien nos presentó.

-A qué horas pasó todo esto..., tú verás cómo le dices a Sara, yo le diré a mi marido y después a mi familia. Lo único que por ahora tengo claro es que no voy a abortar, y si hay alguien que me preocupa es mi papá; esta empresa es suya, y aquí todos nos beneficiamos y dependemos de ella. Ve y busca a esa niña a ver dónde está metida.

Sara pensaba que la reacción de Claudia se debía a algún problema personal con su marido o debido a su periodo menstrual. Incluso se tranquilizó pensando que Sebastián



había sido muy inteligente al no defenderla para no agrandar semejante tontería. “¡Qué boba, atacarme a llorar de esta manera!”. Se secó las lágrimas, se limpió la pestañina que se había corrido y regresó a su lugar de trabajo, donde encontró a su novio.

-Hola mi amor, ¿estás bien?

-Sí, es una bobada, no me pongas atención.

-Ah bueno, muñeca, ven para acá-. La abrazó y la besó en los labios, cuando vio pasar a Claudia por el corredor.

-¡Aquí no están permitidos ese tipo de espectáculos! ¡Por favor, algo de respeto con la empresa! -replicó Claudia.

-Mi amor, tengo que decirte algo -le dijo Sebastián, mientras Claudia se alejaba.

-Dime.

-No sé cómo decírtelo.

-¿Qué pasó, es algo grave? ¿Claudia está inconforme con mi trabajo? Dime qué sabes.

-Claudia está embarazada.

-¿Embarazada? ¿Y por qué está triste? Está casada y ama a su esposo, llevan poco tiempo, es verdad, pero igual, qué bonito, ¿no?

-Yo soy el papá de ese niño.

-¿Qué? ¿Me estás jodiendo?

-No, es la verdad, lo he hecho un par de veces con ella y su marido tiene un problema, de modo que es muy poco probable que el papá sea él. Pero muñeca, tú sabes que te amo; fue algo que ocurrió por efecto de los tragos, te lo juro, tú eres la mujer de mi vida.

-¿La mujer de tu vida? ¿Me estás hablando en serio? -exclamó Sara desconcertada y sin creer realmente lo que decía Sebastián.



En ese momento apareció Claudia que había escuchado la conversación.

-Asume tu responsabilidad en esto, Sebastián. Hace año y medio te acuestas conmigo, sabes que mi boda fue por intereses económicos; con mi esposo ni me acuesto, y ni siquiera puede tener hijos. Así, que, Sara, ¡recoge tus cosas, que te vas!, ya no eres parte de esta empresa. ¡Espero tu carta de renuncia cuanto antes, pero de aquí te vas ya mismo!

Sara estalló en llanto nuevamente y cuando Sebastián trató de consolarla ella lo empujó y fue corriendo a recoger sus cosas para irse; alcanzó a llamar a su hermana menor, que es como su alma gemela, para contarle, y llegó a su casa con el corazón roto.

Claudia, pensando en una posible retaliación que jamás vendría de Sara, habló con los directivos de las empresas competidoras con el fin de evitar que la contrataran, lo que prácticamente la borró del mercado laboral a sus treinta y tres años, en un momento en que su carrera profesional estaba en auge. Sara ni siquiera alcanzó a procesar la noticia, cuando ya no tenía trabajo, ni amiga, ni novio, y con un futuro laboral incierto, se sentía engañada y humillada, sin ganas de empezar de nuevo.

¡Ay!, no hay que llorar, que la vida es un carnaval, y las penas se van cantando... Una voz que imitaba graciosamente a Celia Cruz trajo de nuevo a Sara a la realidad. Se limpió una lágrima y sus compañeros interrumpieron la conversación sobre Gaudí para escuchar al imitador cubano que acababa de subir al vagón. Armando notó que ella pasaba por un mal momento y trató de improvisar algún gesto gracioso para llamar la atención de las demás, y evitar que notaran su tristeza. Ella se lo agradeció con una tímida sonrisa, integrándose a la conversación casi al momento de llegar a su destino, la estación de Plaza España.



Al salir, se deslumbraron con la belleza de la zona; por un lado, se veía la antigua plaza de toros Las Arenas y al fondo, el Palacio Nacional del Montjuïc donde hoy funciona el Museo Nacional de Arte de Cataluña.

-Caminemos hacia el Palacio, es bien bonito, y después hacia la Villa Olímpica. Les cuento que un amigo mío hace parte de la Asociación de *Bloggers* de Viajes de Barcelona y nos recibirá hoy para guiarnos por los diferentes lugares que pensamos visitar.

-¡Ay!, ojalá sea un español bien bonito -expresó Raquel con la complicidad de Ana Cecilia, y las dos rieron con el comentario.

-En realidad es un catalán, muy buena persona, lo conocí hace unos años en Salamanca donde hice parte de mi MBA y ahora trabaja aquí en Barcelona asesorando a varias empresas.

-Debe ser bonito, pero tonto -comentó Ana Cecilia sin obtener réplica ni respuesta de nadie, ya que los demás estaban prevenidos con sus comentarios fuera de lugar.

Caminaron hacia el Montjuïc, pasando por la Fira de Barcelona, un espacio ferial donde se realizan los eventos más importantes de la ciudad. A lado y lado de la calle hay unos jardines verdes y unas fuentes que suben y bajan, marcando el camino hacia el Palacio, construido hacia mil novecientos veintinueve como sede de una exposición de arte español; hoy en día es la sede del Museo Nacional de Arte de Cataluña. Después de subir algunas escaleras y casi en la entrada, se dieron vuelta para observar el hermoso paisaje desde este punto de la ciudad. Hasta Ana Cecilia estaba fascinada con ese lugar, más aún cuando Gaby Sellanes, un artista callejero que ya es un ícono de este lugar, amenizaba el momento con una música suave y apasionada. En ese momento se acercó Jordi a Armando.



-¡Armando, enhorabuena!

-¡Jordi! Cómo estás, qué bueno verte de nuevo, te veo más delgado que hace un par de años, ¿qué has estado haciendo?

-Mucho deporte, caminar, montar en bici, patinar, jugar fútbol, aquí en Barcelona dan ganas de estar activo todo el día.

-¡No lo dudo! Te presento a Silvia, a Sara, a Raquel y a Ana Cecilia. Como te comenté, tenemos solo un día en Barcelona y decidimos venir por estos lados.

-Un placer conocerte -expresó interesada Ana Cecilia, seguida de Raquel, extendiendo al mismo tiempo sus manos para saludar a Jordi, quien les pareció supremamente atractivo.

-Mucho gusto, soy Silvia -expresó ésta algo distante, manteniendo a Armando como su objetivo de conquista.

-Y yo, Sara -dijo ella algo sonrojada.

-Encantado, chicas, ¡bienvenidas a Barcelona! Qué bueno que estéis aquí, es una pena que vengáis por tan poco tiempo. Me dijo Armando que queréis conocer la Ciudad Olímpica. ¡Venga, vamos!

-Así es, Jordi, ¡así que aceleremos! -afanó Armando.

- Pues muy bien, tío.

Caminaron unos diez minutos hasta llegar al Estadio Olímpico, donde accedieron a una especie de tarima desde donde podían observar la grama, la pista atlética y las gradas. Ana Cecilia y Raquel, de coqueteo con Jordi, se tomaron fotos con él. Silvia quería una foto sólo con Armando, pero él prefirió incluir a Sara y a Jordi, aunque sí se tomó una solo con su amigo. El nuevo integrante del grupo llegó como un descanso para todos, al menos por un momento; ya que distrajo la actitud incómoda de Ana Cecilia.



-Este es el monumento a la Llama Olímpica; más allá podéis ver ese coliseo, donde también se disputaron algunas competiciones; es el Palacio de Sant Jordi, donde hoy en día se presentan grandes conciertos. Subiendo un poco más está el Museo Olímpico, donde se recoge la historia de la transformación de la ciudad como preparación para los juegos. ¿Queréis entrar?

-No creo Jordi, el plan es ir al Museo de Miró.

-Está bien, Armando, ¿y dónde vais a comer?

-En Las Arenas. Después queremos ir al Barrio Gótico.

-Ah, pues está muy bien, es que habéis venido con muy poco tiempo, sólo en esta zona hay mucho que ver; está el Pueblito Español y el castillo del Montjuïc para apreciar las vistas de Barcelona, que también está guay.

-Sí, el plan es ir también al castillo, pero ¿por qué no comemos algo aquí para no morir de hambre mientras llega la hora del almuerzo?

-Yo quiero probar las patatas bravas, aquí hay un carrito donde podemos comprarlas -dijo Sara sin disimular el hambre.

-¡Yo también como! ¿Sí son buenas aquí, Jordi? -preguntó Ana Cecilia.

-Donde sea que comáis patatas bravas con unas cañas, aquí en Barcelona, vais a comer bien -contestó Jordi entre risas.

-¿Qué son cañas? -preguntó Sara.

- Cervezas -respondió amablemente Armando.

-Bueno, pues patatas bravas y cañas.

-Yo solo tomaré agua -dijo, incómoda, Silvia, que ya tenía hambre, pero pensaba que comer papas fritas con salsas y encima cerveza, afectaría su figura, que venía cuidando desde meses atrás. No iba a comer algo que después la hiciera ver gorda.



-Yo no tengo hambre, desayuné bien, coman ustedes -expresó Raquel con algo de molestia y preocupada también por su apariencia física, recordando la liposucción que se había practicado el año anterior.

-¡Ponme unas bravas y cañas para cuatro! -pidió Jordi al vendedor del carrito.

-¡En seguida, caballero!

Raquel no se hidrató con nada ni probó bocado alguno, por lo que el hambre y el calor empezaron a desesperarla y fastidiarla. Sólo veía cómo disfrutaban los demás de la cerveza y las papas que, según decían, estaban deliciosas. Silvia se tomó el agua con calma, escuchando a Jordi que hablaba de Barcelona, de la Asociación de *Bloggers* de Viajes y de las empresas con las que trabajaba.

-¿Y qué es lo que haces con esas empresas?

-Por ejemplo, trabajo con Altair una de las más reconocidas y tradicionales librerías, especializada en viajes. Les he ayudado a posicionarse en el mercado digital, porque quien no se actualiza en el sector editorial, ¡se va para la hostia!

Tras terminar de comer, caminaron hasta la Fundación Joan Miró, sede del museo de este artista.

-*La libertad es llegar a la sencillez*, es una frase célebre de Joan Miró -dijo una de las guías a la entrada del museo antes de darles la bienvenida-. Aquí podréis encontrar la más importante colección del artista en su etapa surrealista, que desarrolló con fuerza a partir de los veintiocho años de edad, cuando dejó a un lado el realismo para entrar en un mundo de mayor imaginación y profundidad artística. A través del arte, Miró se manifestó en contra de los conflictos bélicos de la época, por lo que tuvo que vivir en el exilio durante la Guerra Civil, cuando se refugió en Francia. Durante la Segunda Guerra Mundial, su trabajo se



concentró en las constelaciones, buscando algo de paz en medio del fascismo que tanto lo mortificaba. Al finalizar estas guerras, regresó a su tierra natal y empezó a hacer poesía a través de su pintura, alcanzando la cúspide de su carrera en este periodo. Esto lo podréis apreciar a lo largo de vuestro recorrido por el museo. Disfrutad y pasad un rato feliz, ¡esa era la intención de Joan Miró!

Una vez dentro del museo, unos se mostraron más interesados que otros. Sin embargo, Raquel estaba desesperada pues no entendía nada de arte; no le gustaba y tampoco le interesaba en lo más mínimo. Ella sólo veía un poco de pinturas como si las hubiesen elaborado niños que juntaran sin orden los colores en una tabla. Además, para el cansancio y el hambre que tenía, un lugar de estos no tenía sentido. Sara, por su parte, aunque tampoco sabía nada de arte, tenía disposición para aprender y le pareció muy interesante la introducción que había hecho la guía; para ella todo era espectacular y hermoso. Silvia estaba un poco disminuida, y aunque le parecía bonito el lugar y le interesaba el arte, no podía dejar de pensar en su interés por Armando. Ana Cecilia sólo callaba y parecía aburrida al ver que nadie le prestaba atención.

Cuando salieron del museo se dirigieron al Castillo del Montjuïc, antes de almorzar en Las Arenas, en un recorrido de poco más de un kilómetro por el que Jordi los guió caminando.

-La idea es ver Barcelona desde lo alto, apreciar el mar, ver cómo sobresale la Sagrada Familia y la Torre Agbar, cómo está organizada la ciudad desde la parte histórica, el puerto...

Pero mientras caminaban, Ana Cecilia desesperada lo interrumpió:

-¿Para qué vamos a ese castillo? Al fin y al cabo ya vimos de todo hoy, qué pereza subir; además tengo mucha hambre, calor y sed, ¿ustedes no?



-Yo pienso igual, además, con seguridad es como el museo que acabamos de visitar, se me hizo eterno, ¿para qué quiere ir uno a esos sitios? -complementó Raquel.

-Si quieren nos esperan en el centro comercial; mientras tanto van pidiendo algo de comer, y nos vemos más tarde -propuso Armando.

-Yo también tengo mucha hambre, Armando, ¿seguro que no quieres ir a comer de una vez? -le preguntó Silvia.

-Yo sí quiero ir al castillo, es la única oportunidad que tenemos de conocerlo, ya tendremos tiempo de dormir en el próximo vuelo, ¿no? -dijo Sara.

-Lo que queráis, chicos, lo que queráis. Si subimos arriba serán sólo unos quince minutos, damos una vueltecilla, tomamos fotos y allá mismo podemos tomar agua, vino o cerveza.

-Bueno, si hay una tienda sí voy -aprobó Silvia.

-Pues tocó ir, qué mamera, hemos hecho todo lo que ustedes han querido, ¿no podemos hacer algo que yo quiera? -se expresó Ana Cecilia en tono de queja.

-Ana Cecilia, puedes hacer lo que quieras cuando así lo desees, nadie te trae amarrada ni obligada, estamos aquí para compartir, de paseo por una ciudad muy linda y en un gran día de verano, ¿por qué esa energía tan baja?

-Armando, en serio, no soporto más esto, ¿acaso soy la única que está cansada, con calor, hambre y sed? ¡Esto parece *bullying!* -se quejó.

-Yo también tengo calor, hambre y sed, estoy algo cansada, pero vinimos a disfrutar; después vamos a otro lugar a comer o tomar algo. ¡Aprovechemos el día en Barcelona! ¿No era ese el plan de hoy? -manifestó Sara con actitud conciliadora.

Aunque Silvia estaba un poco celosa por la aparente conexión



que veía entre “su” Armando y Sara, le hallaba la razón, por lo que asintió y se puso de su lado, al igual que Raquel a la que todo le daba lo mismo; ante esto, Ana Cecilia, visiblemente alterada, decidió seguirlos.

Tardaron poco más de diez minutos en llegar al castillo, y antes de ingresar, compraron cerveza y agua en la tienda. Ana Cecilia, Raquel y Silvia, que no habían comido nada, pidieron algo para calmar el hambre mientras tanto. En el castillo se tomaron fotos y desde allí contemplaron el paisaje de la ciudad. Luego, tomaron el bus 150 que los llevaría al centro comercial donde almorzaron.

-Debo aceptar que es una hermosa ciudad, pero creo que no volveré. O, quién sabe, ya lo veremos; por ahora estoy preparándome para enfrentar la realidad cuando lleguemos a casa: las deudas, los problemas -se quejó Raquel.

-Guapa, a veces hay que pensar en otras cosas, sobre todo cuando estás de viaje, los problemas se pueden dejar en casa. Al viajar, los sentidos se agudizan, tus ojos aprecian lo que no ves normalmente; tu olfato percibe diversos aromas en cada lugar; el aire, la humedad, la gente, los colores, todo es distinto cuando viajas. Eso permite que te alinees mental y espiritualmente con el mundo y contigo misma. Al regresar, te aseguro que los problemas tendrán otra dimensión y los podrás resolver más fácilmente.

Raquel no dijo nada después de las sabias palabras de Jordi; Sara lo miraba, encantada con él. Incluso Silvia al escuchar estas palabras sonrió.

-Qué buenas palabras, Jordi, las comparto plenamente -dijo Armando después de un silencio que ninguna parecía querer romper.

-Al parecer soy la única que piensa diferente en este grupo -rió irónicamente Ana Cecilia rompiendo el momento de reflexión y la buena energía.



-No lo dudo -dijo Armando con algo de molestia.

-Los problemas existen, es una realidad. No se puede dejar de pensar en ellos simplemente. Ignorarlos es una mentira, y dejarlos de lado es un acto de cobardía -inquirió Ana Cecilia.

-Yo creo que es inteligente lo que dice Jordi -replicó de buena manera Armando, con algo de incomodidad-. Es una estrategia para resolver inconvenientes. Quien esté despejado y goce de armonía, resolverá de manera más sencilla los problemas y con mayor eficacia. Estoy plenamente convencido de que un viaje es lo más útil para despejarse y pensar las cosas con cabeza fría.

-Pienso que es cobardía, estoy segura de que tienes muchos problemas y que sólo viniste aquí para evadirlos, dándotelas del gran hombre buena gente, pero que por dentro tiene todos los conflictos del mundo -replicó Ana Cecilia.

-¿Sabes qué? En parte tienes razón. Sí tengo problemas y vine aquí a abrir mi mente y mi alma para tratar de resolverlos. Este es un viaje donde lo ideal es que cada quien, y a su manera, busque limpiar su interior. Tengo conflictos, sí, ser médico no es tan fácil. En un momento lo dijiste, no ejerzo, es verdad, ¿quieres saber por qué?

-No tienes que decir nada más -lo respaldó Sara-. No es el momento ni el lugar para sacar nada, tendrás tus razones; yo también tengo mis problemas, como te diste cuenta en el metro, pero no estamos aquí para llorarlos, sino para buscar un camino a la felicidad. De eso se trata.

-Estoy de acuerdo, dejemos todo esto a un lado -interrumpió Silvia viendo que Sara, que no era linda ni tenía clase como ella, estaba logrando acercarse a Armando con su sencillez y nobleza.

-Dejen la estupidez, no es más que un cobarde, y ustedes



sólo están buscando acostarse con él o amarrarlo para que sea su novio, o yo qué sé. Qué tontería, estoy cansada de todos ustedes-. Silvia y Sara la miraron con intención de contestar a sus acusaciones, pero Armando las interrumpió.

-Oye Ana Cecilia. Si tienes cáncer es porque con tu mala energía y tu forma de ver la vida, te lo estás creando. Cada vez que sientes odio, ese mal crece en ti; cada vez que miras por encima de los hombros y ofendes a alguien, sigue creciendo; cada momento en que dejas de sonreír y creas una atmósfera de repudio sobre ti, crece el cáncer. Eres la responsable de tu enfermedad, y aquí lo único que has hecho es empeorarla. Y ¿sabes qué?, no eres la única que tiene cosas por sanar; a mí me duele en el alma haber perdido un paciente en una cirugía, sí, ése es mi conflicto. Por eso me alejé de la medicina, no pude soportar ese dolor tan grande. Después de tantos aprendizajes y experiencias, no pude salvarle la vida. Por eso seguí siendo médico, pero sin tratar pacientes de cerca y a profundidad. ¿Contenta?

Ana Cecilia no pudo contenerse y empezó a llorar. La que era aparentemente fuerte, dura y odiosa, demostró tener sentimientos. Entre todo, es comprensiva e inteligente, pero sus impulsos muchas veces no la dejan razonar, menos con ese ego y orgullo. Antes del viaje, estaba a punto de casarse con un prestigioso abogado, adinerado y de buena familia, pero, como era de esperarse, no logró adaptarse a una posible vida en pareja ni mucho menos a la familia de él. Estaba convencida de que fue culpa de su ex novio y su familia, aunque quienes la rodeaban sabían que era una mujer muy complicada. No por menos su anterior pareja era un empresario quebrado por causa de sus problemas de alcoholismo y drogadicción. Las cosas a su alrededor siempre terminan mal por alguna razón y ella cree que tiene muy mala suerte pues su forma de ser sólo le trae problemas.



Jordi, al ver lo que sucedía, pensaba que tal vez el vino y las cañas habían desatado aquel conflicto; por lo que intervino para cambiar de tema:

-Bueno, chicos, ¿vamos al Barrio Gótico ahora? Aún no habéis visto nada de Barcelona.

Pidieron la cuenta, algo incómodos por lo ocurrido, y permanecieron silenciosos. Solamente asintieron y bajaron a la estación del metro a tomar el tren de la línea roja hasta la estación Plaza Catalunya. Ana Cecilia se quedó pensando y parecía calmada por primera vez. Silvia sólo quería abrazar a Armando y Sara había soltado un par de lágrimas. Raquel se sentía incómoda y empezaba a indagar, sin querer, en sus propios problemas; quería irse, pues no toleraba más estar con aquel grupo y tomó un taxi hacia el hotel, sin siquiera despedirse.

-Chicos, hemos llegado a uno de los lugares más concurridos de la ciudad; esto es Plaza Cataluña, caminaremos por las Ramblas, bajaremos en dirección al mar y nos desviaremos a la izquierda hacia el Barrio Gótico, para finalizar en el Borne.

Armando quiso hablar con el fin de relajar el ambiente tenso. Pidió a unas personas que les tomaran una foto en las fuentes de la plaza; todos sonrieron y el ambiente cambió. Al fin y al cabo, ya habían comido, estaban más descansados e hidratados. El sol y el calor seguían igual de intensos, a pesar de ser las seis y media de la tarde. Caminaron por las Ramblas, y se desviaron hacia la izquierda por la Carrer de la Portaferrisa en dirección a la Catedral de Barcelona. La arquitectura los sorprendía, con las calles angostas, las edificaciones antiguas con pequeños balcones y los ventanales de madera de color verde pastel, algunos de los cuales exhibían banderas de Cataluña. No era fácil ubicarse en este lugar, pues las calles se bifurcaban hacia uno y otro lado. Por fin llegaron a la Plaza Nova, donde se



encuentran la Catedral, el Archivo Histórico y la entrada a Barcino, ciudad romana fundada hace más de dos mil años.

-Chicos, esta es la Catedral de Santa Eulalia, un lugar icónico y muy visitado aunque su construcción no tiene la antigüedad del resto de la zona. Aquí mismo podéis ver la entrada a la ciudad romana, Barcino, fundada entre los años diez y quince antes de Cristo por el emperador Augusto, construida en una colina al lado del mar, donde en diez hectáreas vivían cerca de mil personas de origen ibérico, romano, francés y africano. Formaba parte del Imperio Romano; la sociedad se regía por sus leyes y el idioma que se hablaba era el latín. Toda una ciudad construida a base de piedra, tapia, adobe, madera y barro, con un sistema de acueducto y un desarrollo importante para la época.

-¡Qué interesante!, me encanta la historia -expresó Silvia.

-Qué buen guía eres -dijo en broma Armando, pero agradecido con Jordi.

-No se puede negar que nos has llevado por buenos lugares, gracias Jordi -manifestó Ana Cecilia, que sorprendió a todos con su primer comentario positivo desde que la conocieron.

-Gracias chicos, pero como os digo, es una pena que no podáis quedaros más tiempo, esta ciudad merece la pena disfrutarla varios días, tiene mucho por conocer y en este verano el plan de ir a la playa, está muy bien, ¿no tenéis calor?

Caminaron por el Barrio Gótico, se hicieron *selfies* en los lugares más bonitos y reconocidos en los que se han filmado algunas películas, hasta que llegaron a la Plaza de Sant Jaume, donde se desviaron nuevamente hacia la izquierda por la Carrer de Jaume I, pasaron la Vía Laietana y continuaron por la Carrer de L'Argenteria para internarse en el Borne. La sed los hacía sentir en un desierto en el que cada



tienda parecía un manantial, pero ninguno paraba allí, como si de alucinaciones se tratara. Finalmente llegaron hasta la Plaza de Santa María donde se sentaron a tomar unas cañas en la terraza del Bar de Santa María del Mar.

-Estoy deslumbrada, no me quiero ir de Barcelona, es hermosísima -dijo Sara visiblemente emocionada, pues no imaginó que fuera una ciudad tan bella.

-Sí, si no fuéramos tan fastidiosos, Raquel no se habría perdido esta parte del recorrido, no conoció sino una pequeña parte de la ciudad -dijo Ana Cecilia.

-¿Cómo te has sentido? -preguntó Silvia a Armando, buscando llamar su atención.

-Esta ciudad me fascina, he venido varias veces y definitivamente es de las más lindas que he visto, podría vivir feliz aquí. ¿Te das una vida dura, no Jordi?

-¡Pues es un puto paraíso, tío!, no te lo puedo negar, es una ciudad muy cómoda, con excelente transporte público, buena comida, buenos bares, restaurantes y lugares de fiesta, la gente está bien, sin duda es de las mejores ciudades del mundo -expresó Jordi y se animó a pedir cinco cañas que en esa oportunidad se las llevaron acompañadas de aceitunas y una combinación de maíz tostado, semillas de girasol y maní.

-No tengo la menor duda de que aquí se debe vivir bien, valdría la pena venir a estudiar un tiempo y disfrutar de la ciudad -agregó Ana Cecilia.

-¿Os gusta leer, chicos?

Concentrados más en la cerveza que en otra cosa, todos asintieron.

-Os recomiendo un libro que habla de Barcelona, principalmente del lugar donde nos encontramos, la Iglesia de Santa María del Mar, la primera construida por y para el pueblo, a mediados del siglo catorce. Los *bastaix*, que era



como se les llamaba a los que trabajaban en el cargue y descargue de mercancías de los barcos, regalaban su trabajo los fines de semana para traer a sus espaldas la piedra desde el Montjuïc, donde estuvimos esta tarde, para construir el monumento. Toda esta historia la cuenta, de manera alucinante Ildfonso Falcones, un genio para escribir, en su libro *La Catedral del mar*, su primera novela; lo captura a uno de una manera maravillosa con la narración de la vida de la época en la ciudad.

-Seguro que la leeremos, supongo que habrá una versión en *e-book*, -dijo Armando.

-¡La hay, tío! Seguro. ¿Queréis probar el tinto de verano? Es una mezcla de vino tinto, limón y vermut. Lo sirven frío y está muy bueno.

Ante la tentadora propuesta, todos aceptaron.

-¡Cinco tintos de verano, colega! -ordenó Jordi.

Los tintos tardaron en llegar y Armando pensó en disculparse con Ana Cecilia por su duro comentario respecto a su enfermedad. No es que hubiera mentido, pero por su ética profesional le molestaba haber actuado de esa manera, expresando su opinión sin diagnóstico ni exámenes previos, y sin el acompañamiento psicológico. Así es que, frente a los demás, se dirigió a Ana Cecilia:

- Te ofrezco disculpas por mi comentario en el restaurante; si me permites, te explico la parte científica que respalda lo que te dije en ese momento.

-Pues es claro que fue un comentario inapropiado, pero si está respaldado por la ciencia me gustaría saberlo para contrastar tu opinión con la de mis médicos.

-Un investigador español, catedrático de Psicopatología en la Universidad Complutense de Madrid, se ha dedicado a estudiar las emociones positivas y las bases psicológicas del bienestar y la felicidad. Su trabajo consiste en explicar que el



optimismo es una de nuestras mejores armas para adaptarnos al entorno y superar dificultades. A través de sus investigaciones ha logrado demostrar que una actitud positiva frente a la vida genera niveles más altos de salud mental y física, reduciendo el riesgo de enfermedad en las personas. Cualquier paciente tiene mayor probabilidad de superación si asume esta actitud. Una persona con estas características, además de reponerse con mayor facilidad a las dificultades, vivirá más y mejor; se estima que entre siete y diez años más que una persona negativa. La Organización Mundial de la Salud manifiesta que la salud no es solamente la ausencia de enfermedad, sino también el disfrute de una vida con el mayor grado de bienestar físico, psicológico y social. De acuerdo con esto, si se te está desarrollando un cáncer, te aseguro que lo vas a superar, pero tendrás que cambiar tu actitud frente a la vida.

-Bueno Armando, gracias por tu comentario, de todas formas me centro mucho en la ciencia y les creo a mis médicos; si tengo cáncer y he de morir joven, pues así será y no hay nada que hacer. No creo que dependa de mi actitud. Yo soy como soy, y punto.

-Sólo quiero ayudarte, explicándote el soporte científico de mi comentario, no son creencias más ni producto de mi invención. Es tu decisión creerlas o no, aplicarlas o no.

-Está bien Armando, gracias. ¿Otro tinto de verano? -lo evaluó Ana Cecilia.

- Una calle más allá está el Passeig del Borne y, si os parece, podemos entrar a algún bar a tomar algo más - agregó Jordi.

Todos asintieron y se dejaron llevar por Jordi un par de calles más hasta un bar especializado en *Caipirinhas* y música de Brasil, donde permanecieron hasta después de la caída del sol, ya cerca de las diez; finalmente, se despidieron de Jordi y se fueron en taxi hasta el hotel. Los esperaba una noche corta y un largo viaje hasta Vila Kaliashia.





Por casualidad, Sofía e Isaac viajaron uno al lado del otro en el vuelo de Barcelona a Dubai, donde harían escala para seguir a Melbourne, la última parada antes de dirigirse al destino final, Vila Kaliagrashia. Si bien Sofía había sido poco cordial con él la primera vez que hablaron, en esta ocasión, a pesar de no haber mantenido una conversación fluida, fue mucho más amable. Al fin y al cabo, aparentaba ser un buen hombre con una mirada transparente y cálida que inspiraba mucha ternura. Sofía durmió casi todo el trayecto y se despertó cuando el piloto avisó que debían prepararse para el aterrizaje.

-Mira, ya se ve algo de verde después de horas de desierto
-comentó Isaac.

-¿Viste esos palacios en medio? ¡Mira! ¡Un campo de golf!
-exclamó Sofía.

-Estos árabes sí son gente extraordinaria; sería interesante conocer la ciudad. Ojalá tengamos tiempo, pues debemos salir mañana temprano.

-Además está el asunto de las visas, mucha tonta. Estaba tan emocionada por el viaje a Europa, que ni se me pasó por la cabeza que sería interesante visitar Dubai, y ahora sí me dieron ganas, pero bueno, es posible que lo haga algún día.

-Para ti puede resultar más fácil, eres muy joven y te queda toda una vida por delante. Yo en cambio ya tengo mis

años -rió amablemente Isaac-. Así es que no te preocupes, ya volverás, y deja de llamarte tonta, que eres muy inteligente -Sofía se sonrojó y respondió con una sonrisa.

-Sí, pues como me gusta la hotelería y sé que aquí están algunos de los mejores hoteles, seguro que volveré. Quiero conocer el mundo y, si me lo propongo, lograré hacerlo; sobre todo un destino tan importante como este, aunque sea lejano. Francamente el asunto de las visas es injusto e ilógico. Uno debería poder viajar a cualquier lugar sin problemas, ¡qué bobada!, los seres humanos somos dueños del mundo y a la vez de nada. Se habla de igualdad pero sólo se aplica para los que están en mejores condiciones.

-¿Sabes?, eres una jovencita muy madura para tu edad, qué bueno que tengas esas ilusiones. Te voy a confesar algo: después de muchos años, he vuelto a tener ilusiones, es como si estuviera volviendo a nacer, y estoy feliz por eso. La vida no es fácil Sofía, y en la medida en que tengas la posibilidad de viajar y de hacer lo que quieres, debes aprovechar. Uno no sabe en qué momento cambia el rumbo de tu destino, y muchas veces sin darse cuenta, uno termina en un círculo vicioso que lo arrastra como una bola de nieve cada vez más grande, cada vez más fuerte, llevándose todo a su paso.

-Seguramente, pero uno no puede permitir que la vida lo arrastre, yo estoy aquí porque mi papá así lo quería, para fortalecerme, según él, pero lo que deseo es irme de mochilera, no me importa tener que quedarme en pequeños hostales. Pero bueno, ya llegará mi momento, así como también tendrás el tuyo.

Isaac sonrió ante la respuesta de Sofía al darse cuenta de que se sinceraba con una joven de tan solo dieciocho años. Pensaba que el ciclo de la vida lo ponía en una situación irónica, y la vez, interesante. Él, cuarenta y siete años mayor, aprendía sobre la sencillez, con las lecciones de una



pequeña que recién iniciaba su vida adulta. Ambos callaron y observaron por la ventana mientras el avión aterrizaba. Por un momento, Isaac permaneció con la mirada perdida, escarbando un su interior, buscando entender en qué momento la niñez se dejaba atrás para adentrarse en un mundo de adultos con poco o ningún sentido. Una carrera, un buen trabajo, estudios de posgrado, casarse, tener hijos, porque así considera la sociedad que debe ser. Pero, ¿qué pasa con la vida de cada uno? ¿Qué pasa con la felicidad? No se trata solamente de hacer lo que los demás, porque sí, sino de disfrutar el camino, sin importar cuál sea y lo que los demás piensen.

Manuel se levantó de su silla y se adelantó a los demás para darle instrucciones al grupo al bajarse del avión y resolver sus posibles dudas con respecto al viaje.

-Queridos amigos, el viaje ha sido largo y extenuante, y aún falta un buen trayecto hasta Australia antes de llegar a Vila Kaliagrashia. Es por esto que quiero darles un pequeño regalo: aprovechando que la ciudad es pequeña y muy bien conectada, disponemos de un transporte que nos llevará a cenar y a recorrer los edificios más importantes de la ciudad.

-¿Necesitamos un visado especial para salir del aeropuerto? -preguntó Isaac.

-Así es, pero me tomé el atrevimiento de pedir para cada uno de ustedes una visa con el fin de disfrutar por unas horas de Dubai. Además, contarán con transporte y un guía especializado que los llevará mañana temprano por los principales atractivos turísticos de la ciudad. Les pido que no se separen del grupo ya que el tiempo está justo y no podemos demorarnos más de lo establecido para cada lugar.

-Oiga Manuel, esa sí no me la esperaba, tengo que aceptar que la tenía bien escondida, pero yo quisiera que replan-



teáramos eso, beber un par de whiskys sería mucho mejor para el grupo que ponernos a correr; si contamos con el dinero para este viaje, también lo podemos destinar a unas vacaciones en Dubai, en otra oportunidad. Ya tuvimos una experiencia poco agradable, fruto de su improvisación, en la corta escala de Barcelona. Cuando uno tiene una empresa, debe ser responsable y planear adecuadamente cada cosa que se hace. Con un trago le puedo dar un par de clases de cómo sacar adelante una empresa y cómo manejar situaciones como estas. No está quedando muy bien parado, ¿eh Manuel? -criticó seriamente Fernando.

Manuel se contuvo para no responderle mal. Los demás escucharon pero se mantuvieron en silencio por el temor e intimidación que les generaba Fernando, quien era reconocido por su posición económica y empresarial a nivel nacional. Sin embargo, Isaac ya lo conocía un poco más y tenía claro el tipo de personaje, manipulador, pedante y egocéntrico, que este era.

-A mí sí me gustaría aprovechar y conocer lo que podamos de Dubai, no sé si tendré otra posibilidad de volver, y por lo que venía conversando con Sofía, ella también quisiera, así es que somos dos, ¿alguien más?

-Isaac, seguramente por su procedencia humilde y su nivel social, tiene interés en conocer Dubai, porque si no nunca tendrá la posibilidad de hacerlo, pero para el resto del grupo, la situación es diferente.

-Yo también quiero conocer y estoy con Isaac -expresó duramente Armando ante su comentario impertinente y grosero.

En seguida, las amigas de Armando se unieron, empezando por Sara y luego por Silvia, cuyo interés real parecía deberse a lo que acababa de decir Armando. Sofía, Mauricio, Mariana y Raquel también apoyaron esta propuesta, pero Felipe, interesado en caerle bien a Fernando por la posibilidad de hacerlo su cliente, se dirigió a él:



-Fernando, es claro que podemos volver en otro momento. Te propongo que nos tomemos un whisky, y más bien mañana descansamos mientras ellos hacen el recorrido. Luego venimos en taxi al aeropuerto. ¿Te parece?

-Miren compañeros, todos estamos cansados, el viaje ha sido realmente duro y cada vez se pone más difícil. Cuento con una influencia poderosa en los medios de comunicación ante los que puedo denunciar la improvisación permanente de nuestro coordinador, tanto aquí como en Barcelona -expresó Fernando con la intención de presionar a su guía-. Manuel, son recomendaciones de alguien con experiencia, como yo, y a los demás del grupo, les digo que no estoy para obras de caridad; si fuera así, me hubiera traído periodistas para cubrir el momento.

Isaac sólo sonreía de ver a Fernando mientras pronunciaba esas palabras de hombre rancio y engreído. Los demás estaban aterrados ante el nivel de arrogancia que mostraba en esta situación. Manuel había cumplido con el plan, y además les ofrecía algo adicional; entonces no veían cuál era el problema.

-Yo sí veo total descoordinación en el viaje; si los demás no lo quieren ver, que no lo vean. En Barcelona hemos debido contar con transporte, guías e información para visitar los diferentes sitios turísticos de la ciudad. Ahora, venir hasta aquí, con este cansancio a conocer en cinco minutos una ciudad tan reconocida como esta, me parece el colmo -alegó Ana Cecilia, creyéndose superior a los demás por apoyar al más fuerte.

-Vamos a hacer una cosa -resolvió hábilmente Manuel. El transporte ya está esperando. Felipe, aquí tiene el dinero suficiente para el taxi hasta el Sheraton Dubai, donde los espera Julio Corredor, un colombiano amigo mío que nos está colaborando. Ya lo llamo y le digo que



van para allá, no serán más de veinticinco minutos. Los demás, por favor vengan conmigo que vamos a ir a cenar a un lugar muy especial.

Felipe estuvo a punto de arrepentirse, pero pensaba más en el dinero y los negocios que en cualquier otra cosa. Ana Cecilia lanzó una mirada despectiva a los que se quedaban, sobre todo a Armando quien, según ella, la había tratado mal durante su estadía en Barcelona. Manuel, con ayuda de un taxista, llevó las dos maletas grandes de Fernando, junto con sus palos de golf y su maletín de mano. En cambio, Felipe y Ana Cecilia llevaron su propio equipaje.

Los demás tomaron un transporte de lujo que los llevaría en un recorrido panorámico para luego cenar. Era ya la una y quince de la madrugada, y gracias a los contactos de Julio, Manuel logró que tuvieran abierto el restaurante Mom's Food hasta las tres de la madrugada. Salieron en el vehículo y el guía, en un español con acento árabe, explicaba que Dubai era la ciudad que más había crecido en el mundo en los últimos años, con diferentes récords; desde las construcciones más imponentes hasta el restaurante donde se preparó el kebab más grande.

-A continuación verán a su izquierda el edificio más alto del mundo, el Burj Khalifa con 828 metros de altura; en seguida, el centro comercial más grande, el Dubai Mall, con una pista de hielo para esquí recreativo y profesional, así como un acuario gigante, y cientos de tiendas con las marcas más exclusivas del mundo.

Todos estaban cansados, pero con el ánimo suficiente para ver una ciudad que parecía de fantasía. Cada quien, desde su experiencia, interpretaba la ciudad de manera diferente. Mientras Sofía pensaba que era poco amigable con el medio ambiente, Silvia hacía cálculos de la huella de carbono que podría llegar a generar con todas esas excentricidades. Igual pensaba Mariana. De otro lado, Isaac, Armando



y Mauricio pensaban más en la belleza de la ciudad, por donde se mirara. Sara estaba feliz y Raquel, anonadada, trataba de tomar fotos desde el bus en movimiento para que le creyeran que había estado allí.

-Ahora, a su derecha pueden observar el hotel más famoso, el más lujoso, el Burj Al Arab. Es reconocido por tener la cancha de tenis más alta del mundo, donde se han enfrentado grandes jugadores como "Sir" Roger Federer y Rafael Nadal, cada uno en su superficie favorita; o bien por ofrecer el coctel más caro del mundo, el "27,321" por su precio en Dirhams, en el Bar Skyview.

Ante la hermosa arquitectura que tenían frente a sus ojos, pidieron parar con el fin de tomar algunas fotos, pero Manuel ya había programado esto para el día siguiente. Era sin lugar a dudas una de las edificaciones más lindas que habían visto jamás. Sofía pensaba que algún día trabajaría en ese lugar.

-Más a la derecha, observan las Islas del Mundo, construidas artificialmente para venderlas a los famosos que buscan el lugar ideal para su privacidad. Hacia el lado opuesto, ven la gran palmera Jumeirah donde está el Hotel Atlantis y una zona residencial de lujo rodeada de mar. Más adelante pasaremos frente a algunas mezquitas, muy importantes en nuestra cultura, en las que no está permitida la entrada de visitantes. Asimismo podrán observar esas enormes construcciones modernas que imitan conchas de mar sobre la vía. Son las estaciones del metro de Dubai, que atraviesa la ciudad hasta el aeropuerto. Estamos por llegar a nuestro destino, el restaurante Mom's Food, que si bien no es el más lujoso de Dubai, es muy agradable y ofrece una variedad de comida típica de la región, espero que les guste.

-¡Uy! ¡Qué delicia!, muero del hambre -exclamó Sara.

-La zona en la que estamos se llama "Marina de Dubai"



-continuó explicando el guía- que concentra otro de los focos comerciales y residenciales de la ciudad. Particularmente se ha consolidado como una zona de entretenimiento nocturno y un espacio de encuentro alrededor de la gastronomía.

-Bueno amigos, ya pueden bajar. Si quieren dejar el equipaje aquí, no hay problema; después de la comida volveremos para ir directamente al hotel, la idea es no tardar tanto para alcanzar a dormir algunas horas.

Al bajarse, percibieron el fuerte calor que hacía en Dubai, a pesar de la hora. Se sentían incómodos por el excesivo sudor, pues llevaban muchas horas de vuelo ininterrumpido. A la entrada del restaurante, y gracias a la buena organización de Manuel, al que no se le escapaba un detalle, les ofrecieron pañuelos húmedos para refrescarse.

Se ubicaron en una mesa alargada, en una terraza cerrada, con aire acondicionado. En la cabecera se sentó Manuel; a su lado derecho, Isaac, y al izquierdo, Sara. Armando, Silvia, Sofía y Mauricio eligieron los asientos libres junto a Isaac, a quien la decoración del lugar le recordó sus épocas de fabricante de aviones de madera. Julio, quien ya había dejado instalados a Fernando y a su séquito en el hotel, llegó a tiempo para cenar con el grupo y se sentó entre los demás, al lado de Sara, en la misma fila donde estaban Raquel y Mariana.

-Les presento a Julio, un amigo colombiano que trabaja en el hotel donde nos hospedaremos esta noche -dijo Manuel, y luego dirigiéndose a él: -Julio, gracias por tu amabilidad y por ayudarnos a comprender algo de la cultura árabe a través de su gastronomía, aunque es corto el tiempo que estaremos aquí.

-Encantado de conocerlos -respondió Julio-, bienvenidos a Emiratos Árabes Unidos. Primero que todo, les cuento que en la cultura árabe se come con las manos, no importa la



elegancia del evento. En un restaurante como este hay cubiertos, pero he pedido que no los traigan para que vivan la experiencia lo más cercana posible a las costumbres locales. El menú que he elegido para ustedes hoy es Kebbeh Bel Sayneyeh, pollo Moghrabeye y Sheikh Al Mahshy. La comida se coge con el pan árabe, y pueden ponerle picante, si les gusta. Recuerden que en este país no se permite el consumo de alcohol, prohibido por el Corán, y como en los países islámicos la religión es la ley, sólo podrán elegir agua o té.

-¿Qué es todo eso que nos ofreces?, ¿puedes explicar de qué se trata? -preguntó Raquel.

-Claro que sí. El Sheikh Al Mahshy es un plato que por lo general se prepara para reuniones familiares, compuesto por berenjena, tomate, cebolla, cordero, pimienta, canela, nueces y menta fresca. El Moghrabeye es a base de garbanzos, cebollas, comino, acompañado de pollo, en este caso. El Kebbeh tiene carne molida con cebollas, granos y preparados como si fuera un pastel de carne al horno, un poco picante.

-Todo suena delicioso, la verdad -expresó Sara con timidez.

-Muchas gracias -agregó Mariana-. Tengo que aceptar que nunca imaginé estar hoy aquí, al lado del mar de Dubai, solo lo había visto en imágenes a través de internet, donde se muestra la transformación urbanística, económica y turística de esta ciudad. Barcelona también fue excepcional. Si esto es sólo el camino para ir a Vila Kaliagrashia, en verdad no sé qué esperar de lo que falta. Muchas gracias por todo, Manuel-. Como siempre, habló con el ceño fruncido y expresión de mujer mayor, por lo que sus compañeros de aventura en Barcelona se miraron y rieron levemente en complicidad.

-Esta experiencia es muy merecida para cada uno de ustedes;



un regalo que se dan a sí mismos. Yo sé que es bastante duro el viaje, por las enormes distancias, pero trato de hacerlos sentir bien. Esta noche dormiremos sólo unas tres o cuatro horas para poder conocer mañana un poco más de la ciudad, desde otra perspectiva. Aclaro que no es obligatorio ir. Lo que sí les puedo decir, es que tendremos varias horas de viaje para dormir bien y llegar con ánimo a Melbourne. Desde allí, el tiempo de vuelo hasta Vila Kaliagrashia es más bien corto, así que les recomiendo que aprovechen ahora ya que después habrá tiempo para descansar.

-Gracias Manuel -manifestó Armando-. Sabíamos que era un viaje al otro lado del mundo, que ha sido bien manejado, hemos dormido cómodamente y las comidas que nos han ofrecido han sido buenísimas... -En ese momento los interrumpieron unos meseros para traer la comida. -...por ejemplo, esto se ve delicioso-, continuó. -Me siento muy bien atendido, hay personas a las que nada les gusta, ¡qué podemos hacer!, pero por los demás, me atrevería a decir que estamos muy satisfechos hasta ahora.

-Al igual que Armando, pienso que el viaje ha tenido cosas buenas y malas, por ejemplo, sería bueno quedarse unos días más en Barcelona y en Dubai, para no sentir tanto la dificultad del viaje, pero sí, estamos muy agradecidos -expresó Silvia, por seguirle la corriente a Armando. Sara la oyó y sonrió para sí misma. Armando, en realidad, no hacía nada por llamar la atención de Silvia, aunque ella no hacía más que buscarlo, y pensaba que lo hacía de manera disimulada, pero ya era notoria la molestia de él frente a sus insinuaciones, algo de lo que sólo Sara parecía darse cuenta.

-Bueno, disfruten la comida, les voy a pedir las shishas para la digestión -expresó amablemente Julio.

-¿Qué son shishas? -preguntó Sofía con curiosidad.

-Sí, no nos vayan a traer nada raro que ya esto se ve lo



suficientemente extraño -manifestó Raquel-. Nada de insectos o de esas cosas, por favor.

Todos rieron a pesar de la seriedad del comentario de Raquel, que por momentos pensaba que había sido un error haber venido a este viaje.

-Es lo que en Colombia conocemos como narguila, un dispositivo para fumar tabaco de esencias, que es muy común en el mundo árabe.

-Ah sí, obvio ¡a mí me encanta! -manifestó Sofía.

-Yo no fumo, no vine a eso, pero gracias -dijo Raquel con cierta molestia.

-Es una costumbre árabe, pero no tienes que hacerlo, ni más faltaba -expresó Julio con algo de risa pero en buen tono-. Les voy a contar una historia mientras comen; seguro les cambiará la forma de apreciar los alimentos: Hace aproximadamente cuatrocientos mil años los seres humanos eran aún primates; por esa misma época, descubrieron cómo hacer fuego, y lo empezaron a utilizar para cocinar. Esta práctica ayudó a transformar los alimentos en deliciosos manjares y facilitó que el cuerpo humano absorbiera mejor los nutrientes y optimizara su metabolismo, trazando el camino de la evolución de nuestra especie hacia los homínidos, hace aproximadamente cuarenta mil años.

-Qué interesante lo que dices, no tenía idea- interrumpió Silvia, que estaba muy atenta a lo que decía Julio, pendiente de cualquier comentario que le permitiera revelar su inclinación intelectual.

-Es verdad, la gastronomía es todo un arte, y a mí me apasiona estudiarla desde el punto de vista antropológico -continuó Julio con elegancia y un tono encantador que atrajo la mirada de todas las mujeres de la mesa-. De esta manera, el hombre continuó su evolución, desarrollando cada vez mejores técnicas para procesar los alimentos; al



hacerlos más fáciles de masticar, la mandíbula se fue volviendo más pequeña, dándole mayor espacio al desarrollo del cerebro. Poco a poco se fueron incorporando comportamientos sociales alrededor de la comida y del fuego. De allí proviene la palabra hogar, de hoguera y del acto de cocinar en compañía.

-Todo en este mundo tiene sentido, definitivamente; siempre hay una explicación científica -replicó Silvia, nuevamente queriendo sobresalir como intelectual.

-¡Qué buena y bonita historia, Julio!, muchas gracias. Yo voy a estudiar Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras y sueño con venir a trabajar aquí. Eso que cuentas es inspirador para mí, y la verdad que me motiva aún más a trabajar en este medio. Si necesitas algún día a una niña pila que te ayude, con mucho gusto -dijo graciosamente Sofía, algo ruborizada.

-¡Sin duda, cuando quieras! Preferiblemente cuando termines tu carrera. Buscamos cómo ayudarte para que vengas a trabajar un año o más, si quieres. Cuenta con eso.

Mientras Julio les explicaba, los demás comieron con ganas, saboreando cada plato, casi sin hablar, reflexionando, poniendo los pies en la tierra tras tres días de vuelo y tantas nuevas experiencias, por lo que no habían alcanzado a dimensionar las diferencias culturales, la infraestructura, el clima y otros aspectos, entre uno y otro lugar. El pan era abundante y recién horneado; la comida, deliciosa y los sabores variaban entre lo salado, lo picante y lo dulce; entre crocante, cremoso y suave. El aroma era una mezcla de canela, comino, frutas dulces, ajos y cebolla. Todos quedaron satisfechos, y para finalizar, les dieron té verde caliente y menta, para degustar las shishas con esencia de frutos rojos que habían traído; todo esto generaba un ambiente agradable, con olores dulces que se mezclaban con la sensación refrescante del té.



-¿Qué tal la comida?

-Deliciosa, Manuel, como todo -manifestó Mariana con cara de satisfacción, mientras se acomodaba en su silla, acompañando su gesto con un suspiro y una sonrisa.

-Estaba muy bueno -siguió Mauricio, para sorpresa de todos.

-Delicioso, Manuel, gracias por todo, y a ti también, Julio, extiéndele nuestros agradecimientos a la gente del restaurante, por favor. ¡Qué bueno encontrarse coterráneos en tierras tan lejanas!, eres muy amable.

-Ni más faltaba, lo hago con el mayor gusto. ¿Eres Isaac, verdad?

-Sí, sí, ¿por qué lo sabes?

-Manuel me habló de ti hace un rato, es un honor para mí conocerte, igual que a todo el grupo.

-Hombre, pues mil gracias, espero que te haya dicho cosas buenas de mí -dijo entre risas y con su usual expresión noble y transparente. Los demás se unieron a su agradecimiento.

Manuel, entre inquieto y curioso, cambiando de tema, les preguntó: -Amigos, ¿qué les parece si me cuentan qué hicieron durante su estadía en Barcelona?

-Sí Manuel, me parece bien -expresó Silvia-. Estuvimos en la zona del Montjuïc, viendo la ciudad olímpica. Tuvimos la fortuna de que durante el recorrido nos acompañara Jordi, un amigo de Armando, quien nos fue contando historias, y compartió un buen tiempo con nosotros, por lo que pudimos conocer mucho más de lo que pensábamos. Fuimos al museo de Joan Miró, al Castillo del Montjuïc para apreciar la vista de la ciudad y luego regresamos para almorzar en Las Arenas. Más tarde, fuimos a Plaza Catalunya y caminamos por el Barrio Gótico hasta llegar a una iglesia muy linda, Santa María del Mar, si no estoy mal. ¡Pasamos genial!



-¿Quiénes fueron contigo?, ¿Armando y quién más?

-Sara, Ana Cecilia y Raquel. Ana Cecilia es la chica que se fue con este señor Fernando -aclaró Silvia, dirigiéndose a Julio.

-Ah, qué bien, me alegra que hayan pasado un día agradable -dijo Manuel y continuó dirigiéndose a Sofía: -¿y tú, qué hiciste?

-Fuimos con Mariana, Mauricio y Felipe a la Sagrada Familia, la verdad es que estaba divina, no se imaginan, completamente espectacular. Después visitamos un sitio super chévere, aunque al principio nos dio un poquito de asco, ¿cómo es que se llamaba?

-¡La Champañería! -agregó Mauricio.

-Eso, ¡la champa fue lo máximo! De ahí salimos para la playa y descansamos un rato. Barcelona es lo mejor, muero por volver, el ambiente, la energía, todo me encantó-continuó Sofía.

-Muy bueno, pues me alegra, Barcelona no tiene pierde, a mí también me encanta esa ciudad -afirmó Manuel-. Es interesante ver la diversidad que hay en el mundo. En fin, los viajes enseñan más que cualquier clase en el colegio o la universidad; una persona que ha viajado, generalmente es más feliz, más llena de paz y armonía. Es como cuando los niños han estado encerrados durante el invierno y de repente, cuando vuelven los días de sol, salen a jugar con sus amigos; al regresar, seguramente estarán cansados pero completamente renovados y felices. No tengo cómo expresarles la alegría que siento por estar hoy aquí con ustedes.

-Así es, Manuel, sabias palabras -complementó Isaac.

-Ya estamos a un paso de Vila Kaliagrashia. El vuelo a Melbourne sale a las diez de la mañana, así que debemos estar en el aeropuerto dos horas antes. En el recorrido desde el



hotel, pasaremos por los mismos lugares que hoy vimos, pero podremos disponer de diez minutos en el Burj Al Arab y el Burj Khalifa para tomar algunas fotos. También podremos observar una mezquita desde afuera, y una estación de metro, que también vale la pena contemplar.

-¿Y cómo será el recorrido desde Australia, Manuel? -preguntó Raquel.

-En Melbourne nos recoge una avioneta que nos llevará por una hora sobre el mar. Vila Kaliagrashia es una isla habitada por comunidades indígenas con quienes compartiremos los próximos días. Es un lugar verdaderamente paradisíaco, pero muy distinto de lo que han visto aquí. No hay una infraestructura urbana como la de estas ciudades, ni vías pavimentadas. Es una isla mágica perdida en el océano.

-¿Y sí será seguro? Me da como miedo.

-No te preocupes, Raquel, todo saldrá bien. Bueno, nos vamos. ¡Todos para el hotel! Así sean tres horas de sueño, disfrútenlas, ya tendremos tiempo de dormir en el avión.

-Pues vinimos a conocer, a explorar y a dejarnos sorprender, ¿no? -expresó enérgicamente Sofía.

-¡Así es! -la acompañó con complicidad Mariana.

Gracias a la logística preparada por Manuel y Julio, a la llegada al hotel todo se hallaba organizado para que los viajeros descansaran sin preocupaciones, pues el personal del hotel los despertaría a las seis. Amanecieron muy activos y disfrutaron del corto recorrido hasta el aeropuerto.

Por su lado, Fernando, que estaba de mal humor al no conseguir la atención de los demás, había salido en un taxi, directo al aeropuerto, después de dar instrucciones a su abogado para que investigara a la empresa de Manuel. Junto a él, como un fanático enceguecido por su ídolo, Ana Cecilia asentía a todo lo que él sugería. Felipe, algo arrepentido,



se veía obligado sin embargo a seguirle la corriente; “¡todo por un buen negocio!”, pensaba. Esta actitud de Fernando y sus dos amigos había generado algo de malestar en el resto del grupo y entre ellos hablaban de su falta de ánimo en un viaje como este, cosa que Raquel sintió como alusión también a ella ya que había actuado de la misma forma en Barcelona.





En la escala que hicieron en Melbourne, gracias a gestiones hechas por Manuel, el grupo tuvo a su disposición la sala VIP del aeropuerto para bañarse y arreglarse antes de embarcar a Vila Kaliagrashia. Su destino final se estaba convirtiendo en algo mítico y algunos hacían bromas con respecto a esto, que en medio del cansancio, les causaba gracia. Manuel les hablaba de viajes de más de treinta y seis horas que había hecho por tren en China, con trasbordo a otro tren por más de nueve horas y sin silla para sentarse.

Mientras sobrevolaban la isla antes del aterrizaje, algunos sintieron emoción y algo de nervios, otros se imaginaron descansando en la playa, y algunos más se vieron disfrutando de una buena comida y un buen coctel al lado del mar.

-Bienvenidos a Vila Kaliagrashia. Después de atravesar el mundo de un extremo a otro, hemos llegado a nuestro destino -dijo Manuel, lo que causó en los doce viajeros una total algarabía- si observan hacia su izquierda, podrán ver una enorme caída de agua. Allí haremos una actividad en los próximos días.

La isla se veía muy pequeña, pero el mar que la circundaba aparecía ante los ojos de los viajeros en todo su esplendor, luciendo tonos y matices que generaban hermosos contrastes. El avión aterrizó en una pequeña pista entre la

naturaleza, donde los esperaba Mané, el único indígena en la isla que hablaba un idioma diferente al nativo.

-¡Antushii Jia-Shia Vila Kaliagrashia! Mi nombre es Mané, por favor siéntanse como en casa, la isla es de ustedes durante toda su estadía.

-¡Muchas gracias, Mané! -expresó con amabilidad Manuel.

-Por favor, síganme. Pueden dejar aquí sus pertenencias; nosotros nos encargamos de hacérselas llegar -expresó Mané, de modo que llevaron consigo sólo lo que tenían en la mano, como sus documentos, sus teléfonos celulares, que ya tenían descargadas sus baterías, y una que otra revista o libro para leer.

El aeropuerto no tenía más que una pista pequeña, y una caseta donde les sellaron el pasaporte sin siquiera preguntarles el motivo del viaje ni su procedencia, no había formularios de aduanas que llenar, y, lo más gracioso, ni siquiera les dirigieron la palabra. Afuera el clima era fresco, a unos veintitrés grados centígrados, la sensación no era ni muy seca ni muy húmeda y una brisa suave complementaba el ambiente. Sintieron algo de miedo al alejarse del aeropuerto, pues veían que se trataba de un lugar recóndito donde estarían completamente alejados del mundo.

-¡A quién carajos se le ocurre traer a una persona de mi categoría a este lugar! -refunfuñó Fernando, pero no obtuvo respuesta. Se veía descompuesto por el miedo y la desconfianza al sentirse completamente desprotegido.

El lugar era en realidad una villa, sin calles pavimentadas, con pequeñas casas construidas de forma similar a lo que los indígenas Wayúu de La Guajira colombiana llamarían *yotojoro*, el corazón del cactus. Los nativos andaban por las calles sin camisa; unos, cargando productos agrícolas en carretillas, sonriendo y dialogando entre sí; otros eran pescadores que iban con su malla y el producto de la pesca matutina; y otros más, que vendían fruta en puestos



callejeros, miraban extrañados a los visitantes. Se percibía algo de pobreza en el lugar y lo poco que se oía de las conversaciones entre los lugareños era indescifrable, un dialecto completamente extraño para el grupo.

-¿A dónde nos llevan Manuel? -preguntó angustiado Fernando.

-Hacia aquella playa, donde nos estableceremos y descansaremos del viaje.

La conversación fue interrumpida por el ruido de los motores del pequeño avión que se alejaba de la isla. Sentimientos de angustia y abandono se apoderaron del grupo, pero fueron más notorios en Fernando, ya que fue el único que estalló en crisis.

-¡Manuel, Manuel! ¡El avión! ¡A dónde va el avión! ¿Qué pretende hacer con nosotros?-. Su tono seguro y su mirada arrogante habían desaparecido; Fernando parecía otro, desdibujado por completo, sin poder ni fuerza alguna que lo respaldara, en un lugar donde nadie lo conocía ni hablaban su idioma. Además, su dinero estaba en las maletas, que no veía por ningún lado, ni observaba algún vehículo en los alrededores del aeropuerto, o un camino transitable.

-Tranquilo, Fernando, todo está bien, tal y como está planeado -respondió Manuel.

-¡No venga con tonterías! Si esto es lo que tenía preparado para nosotros, ¡lo mato!, ¿qué es esta desfachatez? Usted está arriesgando nuestras vidas, ¡y eso no se lo voy a permitir!

-El lugar es perfecto, relájese -intervino Isaac-. Con el respeto que se merece, se está pasando de los límites al amenazar de muerte a Manuel, ¡déjese de bobadas! Cuando cada uno de nosotros lo contrató, era claro que se podrían presentar situaciones inesperadas; yo, por mi parte, confío plenamente en él; debería hacer lo mismo, señor Parejo, no sea tan farfullador.



-¡Es usted un perfecto cretino! ¡Qué hombre más estúpido e ingenuo! Este señor nos cobró un dineral por este ridículo viaje que parece más una excursión de quinceañeras que otra cosa, usted puede que no merezca respeto, pero yo sí.

Ante este escándalo, la gente local miraba sonriente y se burlaba de aquel idioma tan raro, y de la extraña vestimenta de los visitantes. Las mujeres estaban tapadas con una pequeña falda de hojas dejando el resto de su cuerpo descubierto, al igual que los hombres jóvenes. Su cuerpo macizo, evidenciaba que sus labores artesanales les exigían gran esfuerzo físico.

Sorprendida, Sofía se quedó mirando a Mané que no hacía nada para evitar la discusión entre Fernando, Isaac y Manuel. Por el contrario, hacía señas a los demás, para que se desviarán camino a la playa.

-¡Isaac! -gritó ella-, ¡dejen de pelear, que debemos ir a donde nos indica Mané!

Era un lugar virgen, sin infraestructura, donde no se observaba ni una moto, ni un bote. Sólo se oía el viento y las olas del mar golpeando la arena. No había música ni televisión. Llegaron a una hermosa playa con algunos kioscos dispuestos a unos diez metros del mar, construidos con paja y *yotojoro*. En el interior de cada uno había un par de asoleadoras, que tendrían que usar como camas. Un poco más allá, se veía el kiosco más grande del restaurante.

-Bueno mis queridos amigos, hemos llegado. Este es nuestro hotel -manifestó Manuel.

-¿Hotel? -preguntó Ana Cecilia, irónica y notoriamente desencajada- ¡Esto no es un hotel! ¡Dónde están la recepción, los empleados, las habitaciones!

-Pueden irse acostumbrando, aquí no hay nada de eso, el sentido de la propiedad no existe para nosotros, esta



playa es de toda la comunidad y la hemos dispuesto para ustedes. Cuando tengan hambre o sed, habrá comida en el restaurante y bebidas sin alcohol en el bar, que está justamente enfrente de la barra de comidas. Aquí lo tienen todo, es un lujo -expresó orgullosamente Mané.

-¿Qué pasó con nuestro equipaje, Manuel? No he visto que lo traigan y me preocupa; tengo todas mis cosas de valor ahí -manifestó Felipe en un momento en que el grupo estaba disperso, tratando de entender lo que pasaba, pero sin querer agravar la situación.

-Ha habido un problema -expresó tranquilamente Manuel-, las autoridades de la isla han obligado al avión a despegar con el equipaje a bordo, por seguridad.

-¿Me está jodiendo, Manuel?, ¿eso también estaba previsto así? -gritó Felipe enrojecido y de mal humor, llamando la atención de los demás, que se acercaron a ver lo que ocurría. Reclamaba su computador, su ropa y demás pertenencias de valor. Nada de lo que tenía era barato.

Al ver a Fernando, Felipe buscó su apoyo y le contó nuevamente lo que había pasado, cuando ya todos estaban oyendo.

-Fernando, ¿te preocupan tus pertenencias? ¡Pues se fueron en el avión! Ninguno tiene nada aquí, ¡esto sí es el colmo!, ¿están oyendo todos? ¡El avión se ha ido con todo nuestro equipaje!

-¡Maldito tarado, Manuel! ¡Usted es un idiota! -decía Fernando, temblando de ira y haciendo más visibles las arrugas de su frente-. ¿Es eso verdad?

-Trataremos de indagar con Mané lo que ocurrió, para solucionar el inconveniente. Pero como el avión partió, lo más probable es que debemos esperar algunos días su regreso. Pero no se preocupen, si algo se pierde la compañía responderá.



-¡Hijo de puta! -gritó Fernando a Manuel.

-¡Exijo respeto! -respondió fuertemente Isaac.

Fernando sorprendentemente se abalanzó sobre el viejo y le puso un puño en la cara que, por el impacto y la inestabilidad de la arena, lo lanzó directamente al piso. Los demás quedaron estupefactos.

-¡Qué le pasa, señor! -gritó Sofía en medio del caos a Fernando, que se encontraba inmovilizado por Manuel y Armando, como un loco desenfrenado-. ¿No se da cuenta de que Isaac es una persona mayor y merece el respeto de todos nosotros?, ¡maldito cobarde!

-¡Niñita de mierda!, ¡voy a acabarlos a todos!, ¡a usted primero, Manuel, suélteme!, ¡y después al imbécil este de Isaac!, ¡suéltenme carajo!, ¡que me suelten!

-No le vuelva a gritar a Sofía -advirtió en un tono más bien tímido y temeroso Mauricio defendiendo a la que él consideraba su nueva conquista.

Sofía, que estaba iracunda, se acercó a Fernando, que solo podía patear desesperado, y lo encaró con una actitud que sorprendió a todos.

-¡Tranquilícese imbécil!, o el que se va a llevar una mueda es usted. ¡Seré muy niñita de mierda pero usted es un puto insensible!, ¡cretino! ¡Cómo se atreve a pegarle a un adulto mayor! Se las da de gran empresario y es un pobre levantado de quinta -terminó Sofía ya más distante de Fernando.

Con ayuda de Mauricio, Isaac se levantó, más aterrado por el drama y el caos que se vivía en aquel lugar que con ganas de pelear con Fernando. Sólo Mauricio fue a ayudarlo; todos estaban atentos a lo que hiciera Fernando, que seguía luchando para soltarse de Manuel y Armando, pateando, mientras Sofía, la más pequeña del grupo, le daba una reprimenda ante la sorpresa de todos. Ana Cecilia, por defender



a Fernando, se lanzó hacia Sofía y le dio una cachetada que por poco la hace caer. En ese momento apareció Isaac llamando a la calma. Sofía, sorprendida, por poco se abalanza sobre ella.

-¡Quietos todos! -les gritó fuertemente Isaac después de incorporarse-. ¿Qué es lo que está pasando? Parecen en una pelea de gallos, ¡qué escena más grotesca!, ¡dos gorilas sosteniendo a un loco furibundo y una mujer golpeando a otra por defender la decencia y el respeto! ¡Ya!, calma. Estamos en un lugar paradisíaco, cada quien vaya a su kiosco y reflexione; el que quiera, que se meta al mar, y el que tenga hambre o sed, que vaya y busque. Están tan desesperados por las pertenencias y porque no hay una estúpida recepción, que no se dan cuenta que estamos muy bien aquí-. Ante semejante regaño, el grupo entero guardó silencio, con vergüenza.

Hubo un silencio incómodo sin que ninguno pudiera sacarse de la cabeza la imagen del golpe de Fernando a Isaac. ¡Eso no se hace!, pensó la mayoría, también desaprobaban la reacción de Ana Cecilia, ¿qué clase de gente había venido a este viaje? Luego de tanta tensión, Sofía, Mauricio, Silvia y Raquel no pudieron evitar el llanto. Una, por susto e impotencia, el otro por miedo, y las dos últimas, por una combinación de lo anterior. Mané miraba aterrado y llamó a Manuel, para comentarle algo que nadie alcanzó a oír. Luego tomó la vocería ante la atención de todos.

-Les pido que por favor se calmen. Aquí estarán a salvo, nuestra isla tiene muchas bondades para los viajeros; tendrán buena comodidad, y comida y bebidas naturales suficientes. Iremos con Manuel a averiguar sobre el equipaje; al regreso les contaremos cuál es la situación. Solo les pido que tengan cuidado con algo que es muy delicado: esta isla está habitada por comunidades indígenas nativas, que hasta hace poco han empezado a tener contacto con el mundo exterior. Nadie habla español ni inglés. Si ellos



llegan a sentirse agredidos, por la razón que sea, pueden hacerles daño; de lo contrario, no se meterán con ustedes.

Todos parecían en otro mundo, reflexionando sobre lo que estaba pasando. ¿En qué momento habían perdido el control?, pensaban; ¿qué pasaba con Manuel que no decía nada y no reflejaba mal humor, ni tristeza o miedo, como si fuera cómplice de la situación? Nadie quería siquiera pensar en ello; estaban al otro lado del mundo y sólo podían recordar a sus familiares. Intentaban comprender dónde pudo estar la falla y cómo es que caen tantas personas en un viaje como estos, que parecía estar completamente planeado como para tenerlos secuestrados en un lugar donde nadie pudiera encontrarlos.

-Deben calmarse. Es por su propio bien. Y por ningún motivo vayan a salir de este sector de la isla -continuó Mané-, como les dije, es una comunidad indígena, y hasta hace muy pocos años, era muy común que practicaran el canibalismo. Mis padres lo hicieron y mis antepasados también. Yo mismo comí carne humana cuando era pequeño, pero aunque es una costumbre que hemos ido perdiendo, esto no significa que nadie en la isla lo haga. Ya nadie se come entre sí aquí en la isla, pero, ya saben, ustedes vienen de afuera y tal vez los puedan ver apetecibles. Al principio los tratarán bien y luego querrán llevarlos a dar un paseo e internarlos en un lugar oscuro y lejano, los dispersarán para hacerlos más débiles y que no puedan ayudarse, los enterrarán vivos. Como les digo, aquí nada les va a pasar pero, por favor, no se pongan a explorar y a aventurarse, mucho menos si están solos. El riesgo es grande y nadie podrá ayudarlos.

Sin decir nada, Manuel se fue junto a Mané en dirección al aeropuerto, y desapareció. Los miembros del grupo quedaron aterrados con lo que acababan de escuchar, y callaron. Cada uno se fue acomodando en alguna de las improvisadas camas dispuestas en los kioscos, y sin hablar con nadie, permanecieron pensativos y asustados.



Fernando pensó en su vida con descaecimiento, en lo que lo había hecho escapar del país y de su realidad. “¿En qué momento explotó esa bomba de tiempo que era mi matrimonio? ¿Y todo por ese chiquillo? ¿Cómo es posible que un joven, además de darme placer sexual, me genere tal sensación de paz y tranquilidad? ¡En qué momento me volví tan marica! ¿Será que nací así?, ¿será que me convertí en maricón con los años? ¡No tengo ni idea!” Lo único que estaba claro para Fernando era que el amigo de su hija, de quien pensaba que estaba enamorada, había sido la razón por la cual la mandó a estudiar a París, quería alejarlos a toda costa, pero quedándose él con el muchacho. Un duelo abominable por el que ahora estaba pagando muy caro. Este jovencito era el culpable de su divorcio, nunca imaginó que su esposa lo encontraría con él en su propia cama. Ahora sólo sabía que ella lo amenazaba con revelar a la prensa el escándalo, teniendo en cuenta que su separación se convirtió en comidilla de las revistas de farándula: *El gran empresario, “zar” de los hidrocarburos, se separa de su esposa tras la fastuosa celebración de sus bodas de plata, al parecer, por una infidelidad de este hombre de cincuenta y cinco años de edad*, decía uno de los periódicos que alcanzó a leer en el aeropuerto antes de salir hacia este caos en una isla perdida. Pasó de un infierno a otro, pensaba.

-¿Tienes hambre? -preguntó Ana Cecilia al alterado Fernando, con quien compartía el kiosco. Ella estaba muy preocupada por sus medicamentos; pues sólo le quedaban unos pocos como para un par de días.

-Tengo ganas de fumar, pero mi pipa está en el equipaje, sabrá Dios en dónde -exclamó Fernando desconsolado, y cuando trataba de relajarse, aquel sueño que tuvo en el monasterio de Barcelona se le venía a la mente. Manuel y él, los masajes en la espalda, él excitado, y ahora esto, lo hacían sentirse defraudado; estaba dolido, como si en otro momento de la vida hubiera encontrado a su esposa con otro



hombre; su cabeza era un verdadero tornado.

Así como Fernando, los demás miembros pasaron por lo menos una hora pensando en mil cosas, cada quien en lo suyo, hasta que se sintieron acosados por el hambre y fueron a buscar comida en el lugar que les había indicado Manuel. Isaac fue el primero en llegar; después, llegaron Sofía y Mauricio que compartían un kiosco. Tras ellos, Armando y Sara. Tal como había dicho Manuel, había comida de sobra y estaba deliciosa, lo que les ayudó a calmar los ánimos y a valorar a Manuel, pues veían que las cosas estaban saliendo de acuerdo con lo esperado.

Disponían de una mesa donde cabían todos cómodamente pero en la que se tenían que sentar juntos. Los que habían llegado empezaron a hablar de lo extraño y a la vez maravilloso que era este sitio. No hacía calor ni frío, la playa era hermosa, la comida inmejorable, ¿qué más querían? Claro, estaban preocupados por sus pertenencias, pero ese era un tema aparte y si se llegaba a perder algo, daba igual; habían venido con un objetivo definido y la idea era cumplirlo hasta el final.

-¿Tenían algo realmente de valor en su equipaje? -preguntó Isaac.

-Lo único que me preocupa, pero no por su valor económico, es mi argolla de matrimonio -contestó Armando-. De inmediato Silvia sintió un golpe demoledor en su amor propio con este comentario. Como era su costumbre, se había arreglado de la mejor manera posible, con ayuda de Raquel, antes de llegar a la mesa, precisamente para llamar la atención del médico.

-¿Cómo así que estás casado? -le preguntó con incomodidad Silvia.

-¿Perdón? -respondió Armando con más incomodidad aún.

-¡No me dijiste que eras casado! -alegó ella.

Sara recordó cómo Silvia había coqueteado con Armando



en Barcelona pero no pensaba que se hubiera ilusionado con sus propias fantasías, pues él nunca le dio esperanzas. A veces, cuando las mujeres quieren convencerse de algo, lo hacen con tal obstinación, que olvidan la realidad que hay detrás de las situaciones que ellas mismas construyen.

-Si me hubieras preguntado, te habría respondido que estoy casado. Estoy enamorado de mi esposa y de mi pequeño hijo, que por cierto, se llama Simón. ¿Quieres saber algo más de mi vida, Silvia?

Silvia no aguantó y se fue a su kiosco a llorar, pues su único objetivo en este viaje era conseguir un hombre y había elegido a Armando. Lo había acompañado, se había puesto bonita para él, se cuidó de no tomar cerveza que la engordara, le siguió la conversación, entonces, ¿qué había hecho mal?, ¿por qué no le había dicho que era casado? “¡Es un maldito!”, pensó, “todos los hombres son iguales, Y preciso ahora que estoy sin maquillaje. ¿Será que me lo dice hasta ahora porque antes no me había visto fea?, ¡Si tuviera mi equipaje!, ¡qué desespero! El maquillaje, el tratamiento del pelo, los perfumes, la ropa... ¡No voy a aguantar una hora más en este infierno!”.

Raquel sirvió algo de comida para ambas y se fue tras Silvia, solidaria, pues la belleza y el aspecto físico era lo que más les importaba y sólo por esto se habían entendido muy bien. Además Raquel veía a Silvia como su única esperanza de sobrellevar este viaje del que estaba arrepentida; habría preferido no venir, a incomodarse sabiendo que todo seguiría igual a su regreso.

Los comensales quedaron atónitos con esta reacción de Silvia, sobre todo Armando, quien quiso explicar lo sucedido, si es que tenía alguna explicación.

-Ruego me disculpen, no sé en qué momento ella entendió algo mal, no entiendo...

Sara lo interrumpió, facilitándole las cosas.



-Armando, eres una persona seria, muy amable con todos, y además atractivo. Silvia es una mujer que vino a este viaje en busca de un hombre, no sé cómo no te dabas cuenta de las insinuaciones que te hacía; asentía a todo lo que decías, estaba derretida por ti. Pero bueno, eres un hombre sano y sincero y soy testigo de que no le dijiste algo que ella pudiera malinterpretar; creo que ella tiene un problema de inseguridad y está buscando refugiarse en alguien-. Ante estas palabras de Sara, los demás rieron, haciendo mofa de Armando.

-Por favor, ¡qué dotes! -manifestó Isaac dándole una palmada en la espalda. Todos soltaron una carcajada cuando en ese preciso instante llegaban Felipe y Mariana, tomando los puestos que antes tenían Silvia y Raquel.

-Conversábamos sobre las pertenencias que dejamos en el equipaje -dijo Isaac a los recién llegados-, pero parece que no estamos tan preocupados por ese asunto, salvo uno que otro detalle. Por ejemplo, Armando teme perder su argolla de matrimonio.

-De hecho, es lo único que me genera tristeza, más que cualquier otra cosa, y me preocupa estar incomunicado con mi esposa quién sabe hasta cuándo; pero bueno, confío en la seriedad de Manuel y sé que todo se va a resolver.

-A mí esto me parece el colmo; además, el asunto de los caníbales me parece espantoso- expresó Mariana con su usual madurez rebuscada, pero a la vez revelando en sus ojos verdes el miedo que trataba de esconder.

-Eso me aterra, pero además, dejarnos así como así en esta isla, está muy mal de parte de Manuel -replicó Felipe, quien había disminuido su perfil elegante y sofisticado, y ahora se veía cansado, desesperado, e incluso viejo, a causa de su calva.

-¿Saben qué?, a mí me preocupa mucho más la actitud de personas como Ana Cecilia y Fernando, que nos hace pre-



ver otros momentos de descontrol y desespero -manifestó en tono fuerte y serio Sofía-. De hecho, creo que este viaje está super bien planeado por Manuel, dejándonos aquí para mostrar lo que realmente es cada uno de nosotros. ¿De qué sirve todo el dinero y el poder del mundo? Miren a Fernando, me da hasta pesar verlo tan débil, como si le hubieran quitado la armadura para convertirlo en un monumento al ogro más inútil de Vila Kaliagrashia.

Sofía sorprendió nuevamente con su comentario que si bien no iba tan en serio, nadie se atrevió a controvertir. Mauricio, revelaba su carácter pusilánime en todo su esplendor. Era el único que aún se veía seriamente afectado; quería volver a su casa y no haber venido nunca a este lugar.

-Con calma saldremos adelante, el golpe que me dio Fernando no fue nada grave, ese pobre señor se cree superior a los demás y por eso dice tantas sandeces; desde Barcelona, esa ha sido su actitud. Pero es verdad, ahora da pesar ese hombre, qué mal rato está pasando, su vida es un espejismo completo, su poder, su dinero..., y llega aquí donde todo es perfecto, y se enloquece porque no hay un hotel lujoso, y porque no tiene sus pertenencias.

-¿Qué es tan perfecto para ti? -le preguntó Felipe confundido y algo agresivo.

-Una playa paradisíaca, un clima perfecto del cual nadie se puede quejar, la comida, que está deliciosa, las camas que son muy cómodas, los kioscos, de lujo, ¿cuál es la queja? Queríamos llegar a Vila Kaliagrashia, pero como me enseñaron los monjes budistas en Barcelona, la felicidad es una decisión. Podemos estar aquí reunidos, y todos en las mismas condiciones, pero unos seremos más felices que otros. Es así de sencillo; esa es la vida -respondió Isaac añadiendo luego: -¿Saben qué?, yo no veo las cosas mucho más distintas que Sofía; de hecho, también creo que Manuel lo



tenía planeado; yo estuve con él en el monasterio y todo estuvo milimétricamente calculado. Este hombre va a salir con algo que nos sorprenderá a todos, tarde o temprano.

-Yo espero que así sea, la verdad, estoy muerto del susto -expresó Mauricio con ojos llorosos y exagerada expresión de desamparo, como si fuera un muñeco de peluche abandonado.

Sofía sólo se preguntaba cómo había sido capaz de besarse con él en la playa; en qué momento se había dejado seducir por Mauricio, que no era más que un niño. “¡Qué carácter menos sexy!” pensó. Por otro lado, pensaba en la admiración que le despertaba Isaac; lo veía como un abuelo sabio, y con él se sentía protegida.

-Esto es una locura -expresó Armando, se notaba que algo le divertía, pero a la vez que quería sorprender a sus compañeros-. ¿Ven ese cuadro en aquella columna del kiosco? No lo había visto, pero es una ecuación de la felicidad -rió nerviosamente al ver que todos voltearon a mirar como buscando algún tipo de explicación o validación a lo que estaba pasando. Se acercó para leerlo más detalladamente-. Es la fórmula de la felicidad, ¡cómo les parece!, está firmada por un tal Eduard Punset, dice que es de un libro suyo, *El viaje de la felicidad*.

$$\text{Felicidad} = \frac{E (M+B+P)}{(R+C)}$$

Les leyó la fórmula pero ninguno lograba comprender su significado. ¿Cómo es eso de una fórmula para la felicidad?, era la pregunta que rondaba tras el silencio general. Después de un par de minutos de intentar comprenderla, Armando encontró al lado una inscripción tallada.

-Escuchen lo que dice aquí: “La E significa emoción, permanente interés por ser felices; la M, mantenimiento, por encima de la inversión: lo esencial está por encima de lo



importante; la B, el disfrute de la búsqueda y la expectativa; la P, las relaciones personales. En el denominador, la R hace referencia a los factores reductores, y la C, es la carga heredada". A ver, cómo es esto, alguien que nos ayude a interpretar esta fórmula.

Mariana se convirtió en la ayudante de Armando, pues esto le pareció un juego y se paró a su lado, buscando la manera de interpretar la fórmula.

-La fórmula corresponde a una ecuación con un cociente, donde el numerador tiene una multiplicación- dedujo ella-. Si lo que buscamos es que la felicidad sea alta, debemos minimizar el denominador y maximizar el numerador. Esto significa que la suma entre R y C, debe ser lo más pequeña posible. Por otro lado, si E es igual a 0, la felicidad sería nula, independientemente de los valores de M, B o P. Por el contrario, entre más grande sea E, mayor será la felicidad. Asimismo, entre más altos sean M, B y P; la felicidad será también más alta.

Felipe se reía de ver a Mariana con esa actitud; para él era muy gracioso ver a una persona con sus características. Sin embargo, reaparecía en su mente un leve interés por ella, no le parecía muy interesante porque no era una mujer de clase y, menos, de plata, pero en este lugar, ¿a quién le importaba? Y en cambio, cuando nadie se había podido bañar ni mirarse a un espejo o cambiarse de ropa, la belleza de Mariana resaltaba entre todas las demás, incluyendo a la misma Sofía.

-Bueno, pero ¿qué podemos entender entonces con esto? Gracias, Mariana, por tu ayuda; definitivamente los médicos no nacimos para las matemáticas, así se vea muy sencillo -comentó Armando, entre risas-. Entonces, según lo que dices, debemos maximizar la emoción, tener buena actitud frente a la vida, como decía Isaac hace un momento. En la medida en que veamos las cosas de



manera positiva, seremos más felices. La emoción por la vida nutre la felicidad.

-Me está gustando esta fórmula -manifestó Sara con su usual sencillez.

-También a mí -añadió Isaac y Sofía asintió con él.

-Bueno, sin emoción, ganas y buena energía, no podremos ser felices en la vida -dijo Felipe-, pero además, la M, la B y la P tienen que ser altas también. Eso de lo esencial por encima de lo importante, ¿a qué se referirá?

-Se puede dar un ejemplo con el dinero -interrumpió Isaac-. Si trabajamos, lo hacemos para ganar plata, ¿cierto? Pero lo esencial no es la plata; es importante, por la sociedad en la que vivimos, pero lo verdaderamente esencial es la salud, el amor por nuestros seres queridos e incluso lo que hagamos con el dinero que ganamos. Si lo invertimos en fiestas, licor y drogas, se disfrutará mientras se tenga, o hasta que el cuerpo aguante. En el camino iremos perdiendo a la gente que realmente nos ama. Por otro lado, si lo invertimos en construir una familia, en un hogar, en retribuir a nuestros padres lo que nos han dado, en compartir tiempo valioso con los verdaderos amigos, habremos ganado. No pasa nada si perdemos el dinero, porque siempre estarán ellos ahí. Si nos ven por mal camino, nos ayudarán a cambiar de rumbo. Eso sí es esencial, y frente a esto, lo que considerábamos importante pasa a un plano menos relevante.

-Qué gran explicación Isaac, es una fortuna tenerte aquí con nosotros -expresó Mariana visiblemente emocionada.

-Tienes toda la razón Isaac, a veces hace falta reflexionar más en las cosas esenciales de la vida -comentó Felipe, un poco más animado.

-Estoy de acuerdo con lo que han dicho. Yo, como médico, también lo puedo asegurar; se lo comenté a algunos de los



compañeros en Barcelona, la felicidad hace que las personas sean más sanas y menos propensas a tener problemas cardiacos, por ejemplo. Incluso puede ayudar a prevenir o curar un cáncer, entre otras enfermedades.

-Perdón que me atreva a hacer la interpretación de cada una de estas cosas, no suelo hablar tanto pero al parecer la edad y las experiencias que he vivido, me han llevado a reflexionar mucho acerca de la vida y creo que puedo tener una buena lectura de esta fórmula.

-¡No lo dudamos ni un segundo Isaac, adelante! -expresó alegremente Armando, apoyado por los demás en un gesto de aprobación que revelaba el creciente cariño y respeto que le iban tomando.

-No sé si se han dado cuenta de algo. Cada uno de nosotros lleva algún tiempo planeando este viaje; por lo menos yo lo pagué hace seis meses y desde ese momento me empecé a preparar. Lo he disfrutado mucho, incluso desde antes de salir de casa. Y se ha hecho más y más intenso desde que tomé el primer avión. Ahora siento que lo más importante de estar en Vila Kaliagrashia, aunque hasta ahora sea el primer día, es lo que he vivido en los meses previos al viaje. A esto creo que se refiere la B: buscar y mantener la expectativa sobre las cosas que más nos hacen felices, valga la redundancia, nos hará aún más felices.

-¿Sabes Isaac?, tienes toda la razón -manifestó Sara-, es como cuando uno come algo delicioso, lo digo particularmente por una torta de zanahoria que prepara mi mamá en fechas especiales. Todos en la familia somos felices los días previos, solamente porque sabemos que el fin de semana comeremos esa delicia de postre. La vida parece estar llena de maravillas, de las cuales no nos damos cuenta por vivirla a toda prisa, sin hacer una pausa en el camino.

-No puedo creer lo que está pasando aquí -dijo Felipe-, estoy empezando a creer seriamente que todo está planeado.



Creo que esta Vila Kaliagrashia bien podría llamarse *Villa de la Felicidad*, y que este Manuel es un puto crack; si al final esto estaba pensado y calculado, me le quito el sombrero.

-Pues yo no sé, pero una cosa y otra van teniendo sentido; bueno, continuemos con la ecuación- seguía animado Armando-. La siguiente letra es la P, que hace referencia a las relaciones personales. ¿Isaac?, ¿qué interpretación tendría esta letra?

Todos miraron a Isaac. Mariana y Armando estaban de pie, interpretando la ecuación y la actitud positiva empezaba a hacerse evidente; la esperanza había regresado y les había dejado de preocupar el hecho de que Manuel y Mané no hubieran regresado. Por momentos parecían en un viaje de trabajo, pensó Felipe, resolviendo juntos una ecuación. En su rostro se esbozó una sonrisa que nadie percibió.

-Las relaciones personales son lo más importante en la vida. Somos seres sociales por naturaleza y aunque podamos aprender a vivir en soledad, la raza humana no sería nada si no trabajara unida. Ahí está la clave del éxito. Pero para tener verdaderos amigos, se necesita humildad y sinceridad. Recuerdo algo que leí alguna vez del sociólogo italiano Francesco Alberoni que decía: *quien esconde sus debilidades, sus perversidades, para presentarse del modo mejor con el amigo, pone en juego todas sus virtudes*. Todos tenemos problemas, lados oscuros, nadie es perfecto, pero tratando con respeto y verdadero interés a los demás, llegaremos lejos porque ellos se encargarán de abrirnos el camino.

-Bueno, y entonces, ¿qué es lo que dicen las letras de abajo?
-preguntó Felipe.

-La R corresponde a factores reductores y la C a cargas heredadas -respondió Armando.

-Bueno, yo hablé de las cosas que nos llevan a maximizar nuestra felicidad, pero entiendo que los factores en la par-



te inferior de la ecuación nos alejarán cada vez más, ¿no es así?-. La pregunta iba dirigida a Mariana, e Isaac la miró fijamente, esperando su respuesta.

-Así es, querido Isaac, tú qué piensas de estos factores reductores y esas cargas heredadas.

-Bueno, creo que son diferentes. Por un lado, los factores reductores son como fugas de energía que tenemos cuando hacemos cosas que nos alejan de la felicidad. Los monjes de Barcelona, sobre los que les comenté, me decían algo que parece muy fácil y sencillo, pero que nunca aplicamos, como acercarnos a lo que nos hace felices, y distanciarnos de lo que no. Lo otro sí me imagino que es todo aquello que no podemos controlar; nacimos en el país que nacimos y tenemos los padres que tenemos, eso será así hoy y siempre, no hay nada que hacer, creo que esas son las cargas heredadas. Si por herencia somos más propensos a tener determinada enfermedad, o si crecimos en un hogar con dificultades, tendremos cargas difíciles de llevar en la vida. Pero la felicidad dependerá de nosotros.

-Así es, entonces como dice la ecuación, y según les explicaba hace un momento, lo que debemos hacer es, por una parte, reducir al máximo las fugas de energía o factores reductores que explicaba Isaac, sin importar qué tan grandes sean las cargas heredadas. Por otro lado, enfocarnos en lo que representa cada detalle de la vida, disfrutar de las expectativas que generan las cosas que más nos gustan y tener amigos de verdad. Pero, lo más importante es mantener siempre la emoción, la buena energía -argumentó Mariana-. Suena fácil, pero es más difícil de lo que parece al tratar de ponerlo en práctica.

- Sí, realmente lo veo muy complicado, es fácil poner una ecuación, pero aplicarla en la vida es lo difícil. No lo sé, me está desesperando permanecer aquí, sin saber si nos va a pasar algo, si vamos a quedarnos aquí para siempre,



¿saben qué?, por momentos pienso que este Manuel es un grande, como les dije ahorita, pero también pienso que es un gran cretino o bien, un gran estafador, mejor dicho, no sé qué pensar -expresó Felipe.

-Bueno, supongo que será elección de cada uno pensar lo que quiera -intervino Sofía-. Al fin y al cabo, ninguno tiene certeza de nada, pero sí tenemos la alternativa de disfrutar el tiempo que estemos aquí, al menos hasta donde se pueda, así nos vayan a enterrar vivos para luego comernos, qué más hacemos -comentó finalmente, con una sonrisa que se convertiría en una carcajada, mal vista por los amigos con que departió en Barcelona. Pero a ella, francamente, no le importaba, no se iba a dejar intimidar por el miedo. Era una mujer que, por edad, era casi una adolescente, pero de alma, mente y corazón, era una adulta madura en muchos aspectos.

Tras este comentario, Isaac y Sara sonrieron. Armando permaneció indiferente; al cabo sus preocupaciones eran muy diferentes; si tan solo tuviera un teléfono para llamar a su casa, estaría tranquilo. En ese momento, entraron por una puerta de atrás del restaurante seis personas llevando la comida para el almuerzo. Ya eran las cuatro. Felipe trató de hablar con ellas pero no obtuvo respuesta, y desaparecieron por donde habían llegado. Al intentar seguirlos, se dio cuenta de que ésta estaba cerrada con candado. “¿Qué putas está pasando?”, pensó.

Un par de minutos después, se pararon a servirse en absoluto silencio. Fernando era el único que se quejaba repetidamente de Manuel y de la situación tan incómoda, mientras Ana Cecilia asentía a todo lo que él dijera.

Al terminar, Isaac pidió permiso y se fue a su kiosco seguido de Sofía, que no quería estar cerca de Mauricio. “Ya le estoy cogiendo tierra”, pensó. Sara y Armando los siguieron. La mesa quedó presidida por Fernando. A su



izquierda, Ana Cecilia, Felipe y Mauricio, quien se había acercado, para tratar de entrar en la conversación, y a su derecha, Silvia, Raquel y Mariana.

-Yo no soporto más esto; no sé ustedes, pero deberíamos unirnos para hacer algo. Felipe, usted sabe quién soy y si salimos bien de esta hablamos de negocios, así que no me defraude.

-Sí, Fernando, no te preocupes, ¿qué se te ocurre? Yo, la verdad, estoy bloqueado; hace un rato hablábamos de esta situación. Hay quienes aseguran que Manuel tenía todo planeado; yo, por momentos me lo creo, pero a veces no sé qué pensar.

-¡No sea tan marica Felipe! Yo estuve con él en Barcelona y no tenía planeado nada, todo fue una sola improvisación, todo ha estado mal, este señor se nota que jamás se había enfrentado a algo como lo que está sucediendo aquí.

-Si esto estaba planeado así, ¡lo demando!, y si no, también. ¡Estoy desesperada! -exclamó Silvia.

-Yo puedo ayudar en algo si me necesitan -expresó tímidamente Mauricio, ya desesperado por la hora y la falta de respuestas, a pesar de sentir desprecio por Fernando.

-Yo no sé ni por qué vine a este lugar, pero volver me da lo mismo, estoy enloqueciendo, y con todo lo que pagué esperaba estar en un hotel de lujo descansando al lado de una piscina tomando cocteles; no entiendo qué hacemos aquí, compañeros -manifestó con cierta agresividad Raquel.

-Lo que digas lo hacemos Fernando, ¿qué tienes en mente? -preguntó Ana Cecilia. Mariana se hallaba desconcertada, pues no se identificaba con ningún bando ni sabía qué hacer; estaba destrozada pensando que su mala suerte le acarrearía problemas de todo tipo.

-Lo primero es ir al aeropuerto a buscar el equipaje, o a



ver si dan razón de Manuel o del tal Mané. Preguntar si hay policía en esta isla y sobre todo, conseguir un teléfono para llamar a que nos rescaten; con mis contactos, hago que nos recojan inmediatamente.

-Yo puedo ir -manifestó Felipe-, ¿vamos Mauricio?

-Sí -respondió éste con indecisión.

-¿Puedo ir con ustedes? -solicitó Mariana.

-Es un peligro, ¡te pueden violar! -la interpeló Raquel.

- Sí, o pueden ser sorprendidos por los caníbales y ahí sí se empeoraría todo -agregó Silvia.

-¡Qué va!, pura mierda para tramarnos -contestó agresivamente Fernando-. ¿Estamos o no estamos?

-¿Y si es en serio? -preguntó, a su vez, Silvia.

-Pues ya estamos aquí, qué más podría pasar. Y perdón por mi lenguaje, estoy seriamente desesperado, ya no confío en nada, solo en ustedes. Felipe, usted sabe qué hay que hacer.

-Ya pasamos por ahí, vamos antes de que se haga más tarde-. Felipe acababa de ver la oportunidad de su vida con lo que le decía Fernando, y no pensaba dejarla pasar. ¡Al carajo lo demás!, lo único que le importaba en ese momento era vincularlo a su portafolio; le harían un ascenso seguro, mejor dicho, lo nombrarían gerente del área de clientes VIP o algo por el estilo, era la oportunidad de su vida.

-¿Vamos de una vez? -le preguntó a Mauricio.

-Sí, vamos -contestó éste y se les unió Mariana.

Cuando caminaban hacia los kioscos vieron a Sofía bronceándose tranquilamente, y a Isaac, en el mar, divirtiéndose como un niño junto a Sara. Armando pidió unirse a la comitiva para buscar cómo llamar a su casa.

-¿Qué les pasa a estos tarados? Tienen serios problemas.



Esa plebe llega a todas partes y son un virus que se propaga; si fuera dictador, sería como Hitler y acabaría con todos estos. ¡Me enerva ese tal Isaac! -masculló Fernando.

Las únicas que oyeron el comentario fueron Ana Cecilia, Silvia y Raquel; la primera, como siempre, estuvo de acuerdo, pero Silvia y Raquel quedaron en peor estado, definitivamente no confiaban en nadie ni en nada en esta isla.

Fernando, aburrido de Ana Cecilia y su mansedumbre, le pidió que fuera con ellos, pero era tal su miedo que prefirió quedarse, lo que le valió la expulsión de su kiosco. Raquel y Silvia regresaron al suyo, aterradas de lo que estaba pasando, sin poder dormir ni descansar, prácticamente sin hablar. No paraban de llorar y no veían esperanza en ningún lado.

Tras veinticinco minutos de caminata, la comitiva llegó al aeropuerto, donde esa misma mañana, había aterrizado el avión. El lugar estaba desierto, con cadenas en las puertas, no parecía que hubiera habido movimiento en meses. La maleza crecía en abundancia, y la pintura verde de las rejas estaba corroída y oxidada. El candado, tan simple como el de un casillero, era el único que estaba en buen estado y, si quisieran, lo habrían podido abrir con algunas piedras, pero de nada serviría. No había nadie alrededor; sólo se oía el sonido del viento agitando las palmeras y el canto de los pájaros. No había nada. Este lugar producía miedo.

-Miren, yo pienso que deberíamos regresar, no hay nada aquí y cualquier cosa nos podría pasar sin que nadie se diera cuenta, no hay policía, ni una tienda, ni nadie que nos ayude. ¡Vámonos ya por favor! -exclamó exaltada Mariana.

-Tienes toda la razón, regresemos a nuestra playa, al menos nos sentimos más seguros allá, tenemos comida y estamos reunidos -reforzó Armando.

Mauricio estaba a punto de llorar de nuevo; se sentía des-



trozado y débil. Felipe quería seguir buscando, en realidad no le importaba nada con tal de tener a Fernando como cliente; estaba dispuesto a arriesgar todo, hasta su propia vida, con tal de lograrlo.

-¡Qué nos va a pasar!, sigamos buscando, todos tenemos incertidumbre y ganas de encontrar a Manuel, ¿no? Aquí hay gato encerrado y yo necesito respuestas, ¡y pronto! Lo que tenemos es que regresar ya a casa, esto ya perdió la gracia.

-Manuel es nuestro guía en la empresa que contratamos, de la cual tenemos buenas referencias, nos dijeron que estaríamos a salvo en esa playa, y de eso no tengo la menor duda. Que el asunto del equipaje se haya salido de las manos, es otro problema, pero nosotros debemos seguir sus instrucciones si queremos que las cosas estén bien -expresó con seguridad Armando-. Él ha sido responsable con nosotros desde el día en que pagamos este viaje, es un tipo serio.

-¡Ay Armando! Qué responsabilidad ni qué nada -respondió Felipe notoriamente ofuscado. -¡Nos dejó solos aquí, viejo!, sólo tenemos comida, ¿qué pasa si algo le sucede a uno de nosotros?, ¡estamos solos y necesitamos ayuda! No sé ustedes, pero yo voy a buscar a alguien.

-Bien, yo voy de regreso, el que quiera venir conmigo, perfecto, el que quiera ir con Felipe, bien pueda, nos vemos luego.

-Yo voy contigo Armando -gritó asustada y con lágrimas en los ojos, Mariana.

-Entonces qué, viejo Mauro, ¿se va o se queda? -preguntó desafiante, Felipe.

-Pues vamos entonces -respondió Mauricio con su falta de carácter, a pesar de que su verdadera intención era correr a su kiosco y buscar refugio en donde estaban los demás.

Felipe y Mauricio fueron a buscar entre las casas pero no



se oía nada. Ya empezaba a anochecer y no había luz por ningún lado y a Felipe también le dio susto, así que se devolvieron trotando hasta la playa donde los estaba esperando Fernando caminando de un lado a otro, angustiado.

-Felipe, socio, cuéntame -decidió tutearlo-, ¿encontraste algo, viste algo, hablaste con alguien?

-Nada, Fernando, no había luz y nos tocó devolvernos, pero si no aparece Manuel de aquí a mañana, salgo nuevamente a ver qué encuentro para resolver este inconveniente.

-¡Qué es esta pendejada! Es que no logro entender nada, soy un idiota. ¡A qué horas se me ocurrió venir, es que no tiene sentido, cuándo me dio por pagar para venir a sufrir esta angustia, me va a dar algo aquí!

-Calma Fernando, si quieres vamos a comer algo que ya son más de las ocho, y pensamos con cabeza fría las cosas-. Mauricio asintió en apoyo a Felipe.

-Sí, al menos la comida aquí está buena, es de lo único que no tengo queja.

Al llegar, vieron que los demás estaban ya comiendo. La cena estaba compuesta por unos camarones en salsa de vino blanco y leche de coco; patas de cangrejo salteadas en aceite de oliva, con ajo, limón y jengibre; la ensalada era una base de verduras asiáticas, rábano, cebollas, lichis, pimentón y nueces, aderezadas con reducción de balsámico y aceite de oliva; deditos de coco freídos con miel; arroz blanco, y una sopa de pescado exquisita. Cada quien podía servirse lo que quisiera; había suficiente para repetir si lo deseaban.

La mesa parecía dividida en dos. Isaac, Sofía, Armando y Sara hablaban con tranquilidad y reían de vez en cuando. Fernando, Felipe, Mauricio y Ana Cecilia, parecían estresados y hablaban en voz baja, moviendo permanentemente las manos de mane-



ra firme y brusca, como quien da órdenes a sus subalternos. Raquel, Silvia y Mariana sólo hablaban de su aspecto físico y las ganas de bañarse, peinarse y arreglarse. Cada uno fue por su postre, que podía elegir entre una variedad de dulces de frutas, helado de lichi al jengibre, de piña a la lima, y una macedonia tropical en almíbar de lichis. Al finalizar, Fernando llamó la atención de todos y empezó a hablar como un político en busca de votos. Era, sin duda alguna, un gran orador.

-Compañeros, pasamos por un momento difícil. Pido excusas si en algún momento me han visto exaltado. Soy tal vez la persona más consciente de la realidad de las cosas y sé que hay quienes confían en Manuel, el mismo que nos dejó abandonados esta mañana, sin ningún tipo de protección, sin nuestros objetos personales, sin poder siquiera tomar una ducha o lavarnos los dientes. Puede que todo esto esté planeado, ojalá que estemos a salvo, pero aun así, estamos abandonados, apartados de todo y sin nuestra aprobación. Nos han estafado, hemos pagado mucho dinero para llegar hasta aquí y no tenemos que estar en estas condiciones nefastas, expuestos a unas comunidades caníbales, sin comunicación, esperando a que nuestras mentes pierdan el control al punto de terminar haciéndonos daño o bien, a expensas de un ataque cardíaco o cualquier otro problema de salud.

-Con el respeto que usted se merece Fernando, es precisamente eso lo que busca Manuel -respondió Isaac-, que controlemos nuestra mente. Nos deja a la intemperie pero a salvo, y con comida y bebida suficientes, en un clima ideal, en unos kioscos equipados con los enseres necesarios para que estemos cómodos y durmamos bien, y con la fórmula de la felicidad, que muy bien podríamos aplicar a esta situación.

Isaac no perdía la cordura, y a pesar de estar despeinado y con una barba de un par de días, sus ojos seguían transmitiendo dulzura, tranquilidad y alegría.



-Mire Isaac, usted ni siquiera entiende lo que sucede aquí, estoy seguro que no ha cogido un libro en su vida ni ha comido jamás lo que tiene a su disposición aquí; es un hombre fácil de comprar, como si fuera un niño de alguna región perdida de África que llevan a unas vacaciones a Europa -replicó Fernando sin perder su pose de elegancia-. No me dirijo a usted, ni a una niñita, le estoy hablando a adultos coherentes, estudiados y responsables.

-Si yo soy una niñita, usted es un pobre cretino mimado -respondió con furia Sofía.

-Calma Sofía, déjame manejar esto -pidió Isaac-. ¡Señor Fernando! No tengo mucho dinero, pero he sacado adelante un hogar con tres hijos a pesar de ser viudo desde que ellos eran pequeños. Pero no me quejo, para mí el dinero no lo es todo. Sé leer, y seguramente leo más que usted, por lo que he podido ver. La decisión aquí es de cada uno, así como en la vida. El que quiera ser feliz, lo podrá ser.

-¡Me tiene cansado su optimismo y su maldita calma! -gritó enloquecida Ana Cecilia desde el otro lado de la mesa.

Todos se quedaron mudos por un momento y Sofía hizo un esfuerzo para no responder mientras Isaac le tomaba la mano para que se relajara.

-Es usted una persona ignorante que no ayuda para nada en una situación como estas, está sacando de control al grupo, así es que le pido que calle y tenga algo de cordura; sé que no le debe ser fácil, pero se lo pido- remató Fernando.

Ante esto, Isaac simplemente le sonrió y se puso de pie.

-Compañeros, yo vine aquí porque he decidido ser feliz, no sé ustedes, pero si eso me hace un ignorante, prefiero dejarlos en su propio infierno y yo me iré a dormir porque estoy muerto; han sido días duros de trasnochadas, viajes y cambios de horarios, ya ni sé en qué día estoy. Así es



que, con su permiso, me retiro a mi kiosco -concluyó Isaac, dando por terminada la discusión.

Sofía se paró y fue tras él, y lo mismo hicieron los demás. Fernando se quedó con Felipe, Mauricio y Ana Cecilia.

-Esto es ridículo, ¿qué se puede pensar de toda esta gente?, ¿es que nadie más es objetivo y con algo de razón?

-Mañana desayuno temprano y salgo nuevamente al aeropuerto a ver con qué nos encontramos, Fernando, no te preocupes -trató de tranquilizarlo Felipe-. Voy con Mauricio.

-Yo voy con ustedes -manifestó Ana Cecilia, recordando que por haberse negado a ir antes con ellos, Fernando había rechazado su compañía en el kiosco.

Isaac y Sofía se durmieron inmediatamente. Armando se acostó pero no podía dejar de pensar en su pequeño Simón y en Carolina, su esposa. Con él estaba Sara, con quien habló de su historia de amor y de su hijo, de dos años de edad. Ella lo oía atentamente, tratando de tranquilizarlo, diciéndole que todo saldría según el plan del viaje, y que esta experiencia era lo mejor, tanto para él como para su familia, le recordó que por esa razón había tomado la decisión de venir y que pronto estaría nuevamente en casa. Ella estaba tranquila después de todo lo que pasó; en realidad disfrutaba; sus preocupaciones y dolores quedaron en casa, y seguía dispuesta a superar el mal momento por el que pasaba en su vida.

Mauricio y Felipe durmieron en el mismo kiosco, planeando lo que harían a la mañana siguiente para retomar el control de la situación y así “echarse a Fernando al bolsillo”, como decía Felipe. Fernando tuvo pesadillas. Mariana, que estaba pasando un rato amargo y necesitaba el cariño de alguien, durmió con Ana Cecilia con quien intercambió temas superficiales, pues, definitivamente, no era la persona en quien descargar lo que estaba sintiendo.



También compartieron kiosco Silvia y Raquel.

-Me da mucha vergüenza estar aquí después de lo que pasó, Raquel. ¿Por qué no me dijo que estaba casado desde el principio?, ¿qué tipo de persona es?

-Yo, la verdad, tampoco imaginé que estuviera casado.

-En Barcelona no tomé cerveza cuando moría de sed, no comí patatas bravas porque me engordaba, llevo el último año preparándome para estar perfecta y este tonto cree que me puede humillar así. No le voy a volver a hablar, pero eso sí, cada día me pondré más linda para que le duela.

-Muy bien amiga, eres hermosa, lo vas a matar de ganas. Yo, ni modos, casada desde los veintiún años con mi único novio y me toca estar siempre divina y perfecta para ver si me deja de poner los cachos ese sinvergüenza, porque eso sí es claro, le encantan las mujeres con senos grandes, flaquitas, con buenas nalgas, mejor dicho... Por eso me mantengo así.

-¿O sea que no has estado con nadie más en tu vida?

-Ni siquiera he dado un beso a alguien más y ya ni soy capaz, me muero del susto.

-¿Pero quieres a tu marido?

- De quererlo, sí que lo quiero, pero no sé si lo amo, ya no tengo ni idea, a veces no lo sé, tampoco tengo un punto de comparación, y en este momento de mi vida me doy cuenta que mis amigas disfrutaban mucho del sexo, y la verdad, es que yo lo hago porque a él le gusta, pero ni siquiera siento nada. Por eso no sé, no sé nada, solo sé que ahí estaré amarrada de por vida, apoyando a mis niñas que ya crecieron, la mayor llegó a los dieciocho y la menor tiene dieciséis. Quisiera devolverme ya, prefiero eso a estar aquí con este miedo, en un lugar tan perdido.

Acostadas mirando al techo, y al fin tranquilas porque nadie las podía ver en la oscuridad, no tendrían que



preocuparse por su aspecto. Pensativas, con los ojos abiertos, estaban inquietas.

-¿Has tenido un orgasmo alguna vez? -le preguntó Silvia con curiosidad.

-La verdad es que no tengo la menor idea, yo ni lo creo, porque para mí no es la gran cosa como dice la gente; al principio me gusta y todo, es rico, pero casi siempre me da pereza.

-No, pues seguro que no has tenido, entonces. Los hombres no son capaces de satisfacernos.

-A mí ya ni me importa eso, me dan muchísimas ganas de sentir lo que sienten mis amigas pero yo creo que soy anorgásmica, así que me da lo mismo; seguramente el problema no está en él sino en mí.

Para Raquel tanto lo bueno como lo malo terminaba siendo una excusa para no mirar su interior, pensaba que así era la vida, que las cosas son como son, y que no se puede ir contra la corriente. En este aspecto se parecía a Ana Cecilia, quien cree que la vida es la que decide por ella, sufren del mismo mal, pero su sintomatología es diferente. Se escuda en que así es la vida y no hace nada por cambiarla.

-Bueno mi querida Silvia, ¿por qué no dormimos más bien? Yo estoy muerta, la verdad.

-Pues sí, tienes razón, durmamos.

Aunque trataron de dormir, permanecieron con los ojos abiertos, pensando en mil cosas. Silvia pensaba en sus esfuerzos vanos por conseguir un hombre. ¿Sería que siempre iba a estar sola? ¿Cuál sería su problema? Era una mujer inteligente, exitosa, con estudios, de buena familia, bonita, con buen gusto para vestirse y buen cuerpo, ¿qué más podría querer un hombre?, sinceramente no lo entendía. ¡Era la mujer perfecta! “Pues se lo pierden ellos, sobre



todo Armando, tampoco le voy a rogar...”, pensaba, “pero parece ser tan buen hombre, exitoso, lindo. No entiendo, no entiendo, no entiendo”, repetía en su cabeza, sin comprender que lo más bonito de ella podía estar en su interior. Si tuviera a alguien no hubiera venido hasta aquí y no estaría en esta situación de peligro e incertidumbre, sin saber en qué momento llegarían los caníbales a atacarlos; sin su *Ipod* para escuchar música, ni su *Ipad*. ¿Estarían bien sus zapatos?, ¿toda su ropa? ¡Cuánta plata!, la misma maleta era carísima. Tampoco podía leer.

Al otro día, la primera en despertarse fue Mariana y salió a caminar descalza por la playa, dejando que las olas refrescaran sus pies. La conmovía la brisa del mar; tal y como le pasó en Barcelona, nuevamente tenía lágrimas en los ojos. Recordaba el esfuerzo que le había implicado este viaje, se había gastado en él todos sus ahorros y además las pocas cosas que había ido comprando, la mejor ropa, las mejores carteras, vestidos de baño, joyas y su computador, estaban perdidos en este momento, al igual que ella.

Su necesidad de demostrar seguridad y madurez, se le había vuelto costumbre; pero ante situaciones como esta, en las que no tenía el control y lejos de casa, se sentía más débil que nunca, y lo único que quería era llorar sin parar.

Felipe vio su silueta a la distancia y se le acercó. Se veía hermosa, y su cuerpo lucía espectacular. Mariana le llamaba la atención. Esa sensibilidad que contrastaba notablemente con su actitud prevenida lo atraía. No dijo nada, simplemente la abrazó, lo que desató aún más su llanto.

-Mari, voy a buscar ayuda para salir pronto de aquí, pero tranquilízate que nada malo va a pasar. Por ahora, ven, vamos a desayunar.

Mariana asintió y se dirigieron al restaurante donde encontraron a Mauricio y Ana Cecilia. Y a pesar de que disponían de un buen menú, como si estuvieran en un hotel



de lujo, estaban abandonados, era muy extraño y a la vez tranquilizador; sin embargo, Felipe, empeñado en tener como cliente a Fernando, y obtener su reconocimiento, prefería pensar en una salida con la que quedara como un héroe, ante la situación.

-Voy con ustedes -manifestó Ana Cecilia, emocionada también con la idea de ser tenida en cuenta por Fernando.

-Pues vamos de una vez; entre más rápido mejor -respondió Felipe.

-No tengo fuerzas para ir, tengo miedo y, por alguna extraña razón, aquí me siento segura -agregó Mariana.

-No te preocupes Mari, quédate tranquila.

-Yo tampoco voy -dijo Mauricio-. La verdad, anoche casi muero del susto; allá afuera todo es extraño, creo que lo mejor es quedarnos y seguir las instrucciones de Manuel.

Fernando apareció con ojeras, despeinado y con cara de furia.

-¡Usted sí es que es un pendejo!, un niño hijo de su mami. Felipe, ¿sigue en pie el plan? Ya se hace tarde y estoy desesperado aquí, a ver si alguno de ustedes hace algo.

-Sí viejo Fer, estábamos a punto de salir.

-Yo voy con él -llamó la atención Ana Cecilia, pero fue ignorada por Fernando, para quien la única esperanza era Felipe, pues lo veía listo y similar a él; girando alrededor del dinero.

Mariana y Mauricio callaron y fueron cada uno a su kiosco a dormir. Por su parte, Felipe y Ana Cecilia caminaron al aeropuerto. Fernando se quedó desayunando a donde llegaron Isaac, Sofía, Sara y Armando, por lo que terminó rápidamente y se fue a su cama. Los cuatro desayunaron plácidamente y comieron felices en este recinto que nunca olvidarían por la ecuación de la felicidad. Armando aún



estaba triste, preocupado y ansioso por saber de su familia, pero al ver que disponían de comida todo el día, tal como había dicho Manuel, empezaba a confiar un poco más.

Después del desayuno fueron a la playa aprovechando el buen clima. De repente vieron a unos pescadores a lo lejos, y sin pensarlo dos veces, Isaac les hizo señas para que se acercaran, pero ellos se trataron de alejar. Sin embargo, Sofía entendió lo que él buscaba y también les hizo señas, no pidiendo ayuda, sino como si estuviera pescando, y ellos se acercaron. Sofía y sus tres amigos vieron una buena oportunidad para conocer a la comunidad de la isla.

Subieron entonces a una barca artesanal de los isleños que no hablaban español, inglés, ni algún idioma conocido. Sin embargo, su comunicación por señas y sonrisas, fue suficiente para entender que vivían en condiciones muy sencillas y que llevaban una vida simple, pero feliz. No dejaban de sonreír y procuraban que ellos pasaran un buen rato y aprendieran a pescar. Era gente con una mirada transparente y sincera, propia de quienes viven con tranquilidad y lentitud, alejados del veloz ritmo de las grandes ciudades.

-¡Me está halando el nylon!, ¿qué hago? -gritó exaltada y emocionada, Sara.

-¡No sé, no lo sueltes! -respondió Armando.

-¡No lo hales con mucha presión! -gritó animado Isaac.

-¡Qué emoción, Sara!, eres muy de buenas -gritó también Sofía.

Los isleños le dieron la mano y le ayudaron a halar poco a poco hasta que finalmente atraparon al pez. Era grande aunque no sabían de qué tipo. Todos se abrazaron, disfrutando el momento, y los isleños, que entendieron lo que sucedía, se unieron a la celebración; la pequeña barca se



movía de un lado a otro, y Sofía se resbaló lastimándose la mano derecha.

-¿Estás bien, Sofía? -preguntó Isaac tomándola de la mano.

-Sí, en realidad no fue nada, no te preocupes.

-Déjame ver -acudió Armando a ayudar como buen médico-. ¿Te duele si te doblo la muñeca?

- No, en serio no pasó nada, me raspé un poco pero no me doblé nada, no te preocupes.

Armando la revisó bien, confirmando que no se trataba de algo grave. Los isleños expresaron con gestos su preocupación, pero Isaac les dio señas de tranquilidad. Volvieron a reír y regresaron a la playa cuidándose de no ser vistos por sus compañeros. El día pasó volando y la experiencia había sido emocionante.

Los demás integrantes del grupo estaban almorzando, preocupados aún por no tener la más mínima señal de Manuel. Incluso se extrañaron por la ausencia de sus cuatro compañeros; pues no sabían qué les había sucedido. Su estado de incertidumbre contrastó con las risas de estos que llegaban y les relataban la aventura que acababan de vivir.

-¡Estábamos preocupados por ustedes! -gritó angustiado Felipe.

-Tenemos que cambiar un poco la actitud, por favor; permanezcamos unidos, lo necesitamos -manifestó Mariana con miedo y en un tono aún más serio del que solía tener. Estaba realmente angustiada.

-¡No es gracioso! -gritó Silvia con agresividad, desahogando la molestia que aún le causaba aquel suceso desagradable y humillante con Armando.

-No teníamos la menor intención de preocuparlos. Estamos en un lugar casi perfecto. Entiendo su estrés, pero no hay



motivo de angustia -contestó respetuosamente Isaac-. Nos ausentamos para pescar con un par de isleños, y la verdad es que lo pasamos genial y el tiempo se nos fue volando; al fin y al cabo, no hay mucho más qué hacer aquí.

-¿Unos isleños?, ¿pescadores? -preguntó Fernando con ansiedad.

-Así es, como lo oye -contestó Sofía a la defensiva.

-¿Y no fueron capaces de pedir ayuda? Han debido ir con ellos y buscar a la policía o a alguien que nos saque de aquí -replicó Ana Cecilia.

-¿Ayuda para qué? Además, ni siquiera hablamos con ellos, sólo nos pudimos comunicar con señas y sonrisas -contestó Sara.

-¡Partida de idiotas!, ¡incompetentes!-. Fernando volvió a salirse de sus casillas.

-Señor, aquí usted no es nadie y tampoco ha aportado nada. Le exijo respeto -lo detuvo Armando, en apoyo a los demás.

-¡Dejen de pelear! ¡Ya no aguanto más esta situación! -gritó Raquel.

Nuevamente quedaron en silencio y los que venían de pescar fueron por su almuerzo manteniendo el buen ánimo. Armando era el único que permanecía estresado por la incertidumbre y la ansiedad; lo que menos le importaba eran su maleta y sus pertenencias, a pesar de tener allí cosas de valor, como su *Macbook Air*, y otros artículos costosos. Sofía se preocupaba por momentos por su computador y su equipaje para el resto de su viaje a Europa, pero en la situación en la que se hallaba, prefería no pensar en ello. Isaac se veía realmente tranquilo, no tenía cosas de valor y además estaba convencido de que todo había sido perfectamente planeado, al igual que Sara que tampoco se preocupaba por sus pertenencias. Después de almorzar, se fueron a tomar una siesta.

Al final de la tarde, cuando se reunieron a cenar, encontraron toallas, desodorantes, una buena selección de perfumes



y lociones, champú, jabón, cepillos de dientes y crema dental. ¿Qué era lo que tramaba Manuel? Todo parecía indicar que la tesis de Isaac era cierta, cosa que le molestaba profundamente a Fernando. No obstante, a pesar de la desesperanza y el desasosiego que sentía y luego de reflexionar a profundidad, pensaba que este viaje, fuese como fuese, era mucho mejor que estar en casa con todos los problemas que se le avecinaban. De cualquier manera se sentía humillado y vencido por la vida.

-Les hago una invitación, aprovechando que estamos reunidos para cenar. Reflexionemos en la vida, en los problemas y motivos que nos trajeron a este viaje y en lo que hemos podido aprender de cada situación vivida. Todo está controlado, al menos en buena parte. Hemos disfrutado de la mejor comida desde que llegamos, no hemos tenido problemas de seguridad, y ahora nos llegan estos elementos de aseo, muy gratificantes. Las cosas se nos han salido de las manos por momentos; creo que no queda otro recurso más que juntarnos y disfrutar de lo que nos está pasando-. Isaac volvía a ser la voz que apaciguaba los ánimos.

-De acuerdo -agregó Sofía, recordando que ambos habían sido agredidos a la llegada a la isla.

-Propongo que disfrutemos del silencio de la noche. Mañana conversaremos nuevamente, en busca de posibles soluciones para continuar de la mejor manera este viaje, sobre todo compartiendo más como una familia que como enemigos -intervino Isaac.

Todos estuvieron de acuerdo; fueron a cepillarse los dientes con el agua dispuesta para beber y a bañarse con jabón y champú, con el agua del mar. Se perfumaron y quedaron como para una fiesta. Entonces fueron a la cama en silencio, tal como lo sugirió Isaac.





VII

Isaac fue el primero en despertar y salir de su kiosko. Había dormido muy bien las últimas noches, se sentía renovado y con un buen ánimo que se vio recompensado cuando encontró a Manuel, desayunando en el restaurante.

-¡Manuel! -exclamó con alegría.

-¡Hola, amigo Isaac!

-Nos pusiste a sufrir, ¿no?

-¡Sobre todo a ti! -respondió Manuel, y ambos soltaron una carcajada.

Manuel le mostró a Isaac las cámaras con visión nocturna y los micrófonos instalados en aquel lugar. No había un solo centímetro de esta parte de la isla que no estuviera supervisado. Habían previsto las posibles situaciones que podrían presentarse así como las maneras de resolverlas. Conocían los medicamentos que cada uno requería, pues todo, absolutamente todo, lo tenían controlado.

-¿Y cómo desapareciste a toda la gente que había cuando llegamos?, ¿qué hiciste con las tiendas y los negocios que vimos?

-La pista, la playa, y lo demás son instalaciones del hotel. La isla completa es Vila Kaliagrashia, que tiene lugares llenos de magia, perfectos para este tipo de viajes. La idea era incomodarlos, y reducir a una persona tan difícil como Fernando, tal como se hizo anoche. Sólo así podría-

mos continuar con la siguiente fase del viaje. Los nativos que vieron al llegar son personas especialmente preparadas para representar ese papel, muy buenas, y conscientes de lo que vienen ustedes a hacer aquí y del rol que ellas juegan en ese proceso.

-¡Increíble!, tenías todo muy bien preparado, te felicito de verdad; eres un profesional con mucho talento. ¿Y los pescadores de ayer también forman parte de lo que planeaste?

-¡No! -rió Manuel, seguido de Isaac-. Me enteré en la noche, es algo que no ha debido pasar, nadie ha debido verlos y mucho menos, compartir con ustedes.

-Pero fue una experiencia increíble, pasamos un día genial.

-Imagino que sí, estas personas son fascinantes, viven felices de verdad. No entiendo cómo se pudieron comunicar con ellas, a mí me cuesta, y eso que cuento con el apoyo de Mané -rió animado Manuel.

-Absolutamente cierto, y tienen una forma de ser muy especial.

-Ellos siguen uno de los principios de Osho, un gran pensador de la India: *El único deber que tienes es el de ser feliz. Haz de eso una religión. Si no eres feliz, entonces algo debe fallar en lo que sea que hagas, y hace falta un cambio drástico. Deja que la felicidad decida. Soy un hedonista; la felicidad es la única forma que debe tener el hombre. No son seguidores de una persona o una corriente de pensamiento, pero saben extraer lo mejor de cada una.*

-¡Qué personas tan maravillosas!, creo que nuestros aprendizajes aquí hasta ahora están empezando.

-Así es, lo que cada uno vivió y sintió en estos días es fundamental. No hay nada como conocernos ante situaciones difíciles como estas.

-De acuerdo.



Ambos hicieron una corta pausa para reflexionar mientras observaban el horizonte, y volvían a reconocer la belleza del lugar.

-Cambiando de tema, Manuel -intervino Isaac-, en lo que todos hemos estado de acuerdo, incluso Fernando, es en que aquí la comida es excelente. Es increíble cómo puede uno estar tan bien, con sólo una cama y una comida dignas. No se necesita más para vivir feliz. Nuestra situación habría sido muy diferente si no hubiésemos contado con estas cosas. Yo estaba tranquilo, sabía que si teníamos comida, no debíamos preocuparnos por nada más.

-Tienes razón, sabía que les iba a gustar. Por cierto, gracias por apoyarme y creer en mí, a pesar de todos los momentos difíciles que has vivido aquí. Desde nuestra visita al monasterio supe que lograrías muchos avances, eres una gran persona, tu mirada y tu actitud lo revelan; tienes una nobleza, humildad y sabiduría, envidiables. La verdad, nunca imaginé que llegaras a convertirte en líder del grupo; me has sorprendido, eres un gran ejemplo para mí y para todos, es un orgullo tenerte aquí.

-Yo tampoco lo esperaba de mí. Llevaba años con un nudo en la garganta, que empezó a ceder cuando subí al avión en Bogotá, y se soltó de manera sorprendente con el monje tibetano en Barcelona. A partir de esa experiencia, me sentí joven, liviano y lleno de energía. Estoy completamente renovado, siento que podría construir mi fábrica de juguetes sin ayuda de nadie -sonrió Isaac-. Por cierto, gracias por tus elogios, también te admiro mucho, eres un hombre muy inteligente, lo has venido demostrando con cada detalle, ¡te felicito!

La comunicación entre Isaac y Manuel se estrechaba más con cada experiencia que compartían; emocionados por el encuentro y la sinceridad de sus palabras, no pudieron ocultar sus ojos llorosos. En ese instante apareció Fernan-



do, quien no pudo ocultar su emoción. No había rastro de su mirada sesgada y su ceño fruncido. Parecía un niño perdido que encuentra por fin a sus padres. Sus ojos se iluminaron y en su rostro apareció una débil sonrisa que buscaba evitar a toda costa. Su corazón latía a toda velocidad y un hormigueo en el estómago le generó algo de nervios.

-¿Dónde estaba metido, Manuel?, ¡qué hombre más irresponsable! -exclamó el empresario buscando disimular su alegría, por lo que Isaac dejó escapar una pequeña carcajada, lo que provocó una actuación más creíble de parte de Fernando.

-Bueno, estaba moviendo cielo y tierra para que todo pueda salir de la mejor manera, tal y como estaba estipulado.

Ante esto, Fernando retomó su actitud prepotente.

-¡Qué comentario más irresponsable, Manuel!, ¿es que no se da cuenta de lo que hace? Abandonó a su grupo, el mismo que le pagó un dineral para venir, permitió que el equipaje se desapareciera, nos dejó sin agua para bañarnos. Además, este restaurante ya olía a cebolla concentrada y no precisamente por los ingredientes de la comida.

-Entiendo su molestia Fernando, y prepárese para caminar, pues iremos a la cascada en la parte superior de la isla y créame que va a terminar muy cansado, así que lo animo a que desayune muy bien y se prepare para una larga jornada.

-Es usted un gran modelo de empresario -expresó Fernando con ironía y con la intención de hacer ver a Manuel como un estúpido e ignorante-, no tiene la menor idea de administrar ni siquiera una tienda de barrio, ¿acaso ya recuperó nuestro equipaje? No tenemos la ropa, ni los zapatos adecuados para una jornada como la que sugiere. Hágame un favor, o más bien, ¡hágase un favor!, ¡devuélvame cuanto antes a Colombia!, no tengo nada que hacer aquí.



Isaac ya no decía nada, sentía pesar por Fernando; por su lado, Manuel resistía con paciencia las permanentes amenazas del empresario, calculando cada detalle para lograr el efecto planeado.

-Por ropa no se preocupe, que ya se les preparó una muda completa con las especificaciones técnicas necesarias, así como gafas oscuras, protector solar y un sombrero para protegerse del sol. Lo que no puedo hacer es devolverlo, pero bien pueda acudir por ayuda, si tiene el poder de hacerlo. Pida que vengan por usted -terminó Manuel sabiendo que esto produciría una ira incontrolable en Fernando.

-¡Maldito sea, Manuel!, se va a arrepentir, ¡se lo aseguro!, se va a tragar sus palabras, completicas.

Al oír las voces en el restaurante, llegaron los demás.

-¿Qué está pasando aquí?- gritó angustiada Silvia, casi al mismo tiempo que Mariana.

-Que este Manuel es un completo descarado, un cínico, ¡sinvergüenza! -repuso Fernando.

-No pasa nada distinto de lo que les había dicho yo en estos días -interrumpió Isaac-. Lo que sucede es que después de ver que anoche por fin aceptamos nuestra situación, vino Manuel a continuar con el plan.

-¿Y cuál es el plan? -Preguntó Sofía.

-Salimos para la cascada que vimos desde el avión. Les he traído además, ropa especial para la aventura -contestó Manuel.

-¿Y nuestro equipaje? -preguntó Felipe, preocupado por sus pertenencias.

-Estamos resolviendo el inconveniente, aún no les puedo dar una respuesta definitiva pero ya hemos hecho contacto con la aseguradora en caso de que por alguna razón no aparezca, situación en la cual asumiré toda la responsabilidad.



-¡Tiene que respondernos por nuestro equipaje! -gritó Ana Cecilia.

- Vamos andando más bien -manifestó Sofía, quien tomó su ropa para cambiarse. Los demás la siguieron.

-¡Son una partida de idiotas! -exclamó en protesta Fernando, pero fue ignorado por el grupo, salvo por Ana Cecilia que insistía en apoyarlo. Esta vez Felipe se quedó callado y fue a buscar su ropa.

-Fernando, no es obligatorio que vaya -expresó Manuel-, puede quedarse aquí, donde lo tendrá todo.

-¿Todo?, seguro que para usted y el canalla de Isaac aquí lo hay todo, pero no hay nada, no entiendo qué es lo que pasa por sus cabezas, qué partida de ignorantes.

-Será su decisión, Fernando, bienvenido al grupo de la cascada, entonces. Puede cambiarse.

Humillado, Fernando tomó la ropa y fue a cambiarse, resignado. Los demás parecían sedados, como si Manuel les hubiese dado algún tipo de droga para que accedieran a sus propuestas. Pero en realidad, después de lo que había pasado, se dieron cuenta de que su guía sí tenía un plan, por lo que confiaban más y estaban dispuestos a obedecerlo y a cooperar con él en lo que fuera necesario. El único que se dirigió a él, antes de tomar su ropa, fue Armando.

-Perdona Manuel, pero estoy seriamente angustiado sin saber nada de mi familia, ayúdame a comunicarme con ellos para estar tranquilo; de lo contrario, no voy a poder disfrutar del viaje.

-Lo sé, querido Armando, no te preocupes. No es posible comunicarnos en este momento con ellos por la diferencia horaria, pero te cuento que ayer hablé con tu esposa. Me dijo que estaban saliendo para la finca de tu amigo Jorge, en Guasca; se quedarán allá el fin de semana, según lo tenían planeado.



-Sí, es verdad, ya lo había olvidado. ¡Cómo los extraño! Te lo agradezco más de lo que imaginas, creo que me quité unas cuantas toneladas de encima. ¡Dios, no sabes la angustia! -manifestó con alegría y entusiasmo mientras le daba un abrazo a su guía.

Jorge era su amigo de toda la vida quien ante su ausencia había previsto invitar a su pequeño Simón y a su esposa para que compartieran con su familia. Ahora una sonrisa que no se le había visto iluminaba su rostro. Escogió su ropa nueva entre distintas opciones y fue a cambiarse. Armando disfrutó por fin en completa paz el desayuno de ese día, comió de todo y con ganas, saboreando cada plato. Se sirvió un par de trozos de piña, huevos revueltos con espinacas, un par de chorizos españoles en miniatura, unos trocitos de quesos madurados, y tostadas de pan con tomate y aceite de oliva. Los acompañó con un café y quedó listo para servir como el primer soldado de Manuel.

En la misma disposición estaban los demás, que se mostraron entusiasmados y listos para emprender una nueva aventura y para no perder de vista a Manuel, a quien ahora veían no sólo como el guía sino también como el héroe que los salvaría de extraviarse en una isla desierta. Armando estaba sonriente, bien peinado, con una barba abundante y sus ojos negros contrastaban con la blancura de sus dientes. Silvia nunca lo había visto tan guapo; se notaba que estaba feliz.

Mané llegó con su hija Mache, una joven de la misma edad de Sofía, quien también hablaba español. Lo que ninguno sospechaba era que había trabajado una larga temporada con Manuel diseñando los viajes de felicidad. Era una mujer llena de alegría, orgullosa de su comunidad y su origen indígena; amante de la tierra y de la naturaleza, dueña de un humor fascinante y una espontaneidad única. Junto con ellos, Manuel lideraría el recorrido hacia la gran cascada, cuyo nombre en lengua local traducía *Salvatierra*,



símbolo de la isla, según les explicaron. Para ello tendrían que caminar durante cinco horas, hasta un campamento similar al que tenían en la playa, acondicionado con carpas individuales y un restaurante. Desde allí caminarían diez minutos por un sendero tupido del bosque, hasta la caída de agua.

Manuel le entregó a Ana Cecilia las medicinas que debía tomar y por las cuales estaba tan preocupada. Sabiendo que no tendría mayor problema ahora, asumió el liderato del grupo al lado de Mache, quien sonreía todo el tiempo y se burlaba de lo lento que caminaban todos.

-Mi nombre es Ana Cecilia, mucho gusto.

-Sí, querida amiga, tu nombre es muy gracioso.

-¿Por qué?

-No lo sé, eres chistosa, me das risa.

-¿Perdón...?

-¿Qué te tengo que perdonar, si no me has hecho nada?

-¿Por qué te parezco chistosa?

-Porque se nota que no tienes con quién más hablar, ¿me equivoco?

Ana Cecilia calló. ¡Qué niña más directa! Pero la forma en que le hablaba era tan espontánea, que terminó contagiándose de su carácter y ahora se reía de lo que decía.

-¿Sabes qué? Tienes toda la razón. No sé por qué en este grupo la gente es antisocial y problemática, pero allá ellos, yo sí estoy con la mejor actitud hoy.

A pesar de tener la mitad de la edad de Ana Cecilia, Mache asumía con madurez su función dentro del grupo. Sabía con detalle la situación de los viajeros, los había estudiado minuciosamente durante su temporada de trabajo en Colombia, y aquí en la isla, también había seguido por las cámaras lo que pasaba con cada uno. Si bien su objetivo era



apoyar a su padre, también tenía como encargo suavizar y entrar en la mente de la mujer que hasta el momento parecía ser la más difícil de comprender. No era casualidad que quedaran juntas durante el recorrido.

-Cuéntame de ti, Ana.

-¿Qué quieres que te cuente?

-Yo creo que nadie te habla porque preguntas mucho y en cambio no respondes lo que los demás te preguntan.

-¿Qué dices?

-¿Sí ves? Tengo razón; ya sabes por qué nadie te habla.

Ana Cecilia estaba realmente sorprendida, pero la niña le causaba mucha gracia pues nadie le hablaba nunca de esa manera, y menos en ese tono.

-Está bien, tú ganas, te contaré. Tengo treinta y seis años, soy periodista y me he especializado en derecho y contratación pública. Destapo escándalos de políticos en mi país, me gano problemas y me pagan mal. ¿Contenta?

-Qué cosa contigo, sigues preguntando y preguntando, pero la que pregunta soy yo, no tú -siguió, seria, pero con expresión burlona. Parecía un pequeño robot programado para interrogar y hacer reír a la vez.

-Tengo cáncer y seguro moriré en pocos años.

-¿Acaso te lo pregunté? Información no relevante, gracias.

-Pues entonces pregunta niña, ¿qué quieres que te diga?, parece que siempre terminaré perdiendo, ¿cierto?

-Sí, así es, ¡eres inteligente!

Ana Cecilia no podía de la risa con esta niña, a pesar de su manera particular de confrontarla. Le parecía un poco loca, y su aspecto, con su piel morena y su vestido de colores hasta la rodilla la hacía ver muy simpática.



Su cara no era muy bella, pero tenía una sonrisa amplia y pícara que resaltaba por unos dientes enormes.

-Bueno, entonces qué más quieres saber.

-¿Tienes pareja?, ¿hijos?

-No.

-¿Por qué?

-Pues porque no hay con quién.

-¿Será?, ¿no será que yo tengo razón y eres medio loca?

La periodista se molestó al comienzo, pero luego decidió no incomodarse y responder las preguntas de Mache; al fin y al cabo era solo una niña y nunca hablaba de su vida con nadie. ¿Por qué no hacerlo ahora? Las dos iban a la cabeza del grupo. Ana Cecilia sobresalía por su porte y su metro sesenta y cinco de estatura.

-Bueno, como parece que será la única opción contigo, tú ganas. Hace algunos años estuve a punto de casarme con un abogado, pero al final no salieron bien las cosas.

-¿Por qué?

-Porque no era de mi ciudad y quería que me fuera a vivir a la suya, mucho más pequeña y de un clima caliente, con costumbres diferentes, además la familia se metió entre nosotros... no lo sé, son tantas cosas. Al final me arrepentí y me fui a viajar.

-¿Y ya?

-¿Cómo que “y ya”?

-No preguntes, tú no haces preguntas -continuó Mache con la gracia con que inició para devolverle el humor a la conversación que se estaba tornando demasiado seria. ¿No tuviste otro hombre después?

-A decir verdad, sí. Tuve una relación con un artista guapísimo, más joven que yo, pero era drogadicto, y no íbamos



para ningún lado. Aparte de él nadie más y la verdad, no creo que vuelva a intentarlo, estoy como cerrada en ese tema.

-Y aquí supongo que no has puesto tus ojos en ningún hombre, ¿verdad?

-Pues la verdad es que sí, no ha caído todavía pero lo voy a llevar a mi cama más temprano que tarde.

-¿Ah sí? ¡Quiero saber!

-Es un hombre muy poderoso y muero por ser parte de su mundo, así sea como su amante, no me importa.

- ¿Y quién es?

-Se llama Fernando-. Ana Cecilia volteó a mirar y le señaló al empresario que se veía a lo lejos renegando mientras era impulsado por Mané para que continuara su ritmo. ¡Es ese señor que tu padre está afanando!

-No parece poderoso, más bien medio loco, como tú -rió nuevamente Mache.

-Somos el uno para el otro -bromeó Ana Cecilia.

-Pero está muy viejo para ti.

-Entre más viejo, mejor, más fácil atinarle a su fortuna, además acaba de separarse, salió en todos los medios en mi país, es el momento perfecto para atraparlo.

-Ya sé por qué nadie te habla, estás loca de remate.

Ana Cecilia dejó de ver graciosos los repetidos ataques de Mache, además porque esto último se lo decía en serio.

-Estoy perdiendo el tiempo contigo, maldita estúpida, mejor ayudaré a mi futura conquista, niña tonta.

Ana Cecilia dio la vuelta visiblemente enojada, por lo que todos la evitaron, como era ya costumbre. En un instante estaba con Fernando, quien no se sorprendió de tenerla a su lado, pero, como siempre, la trató como si no existiera.



Él no paraba de quejarse por la ineptitud de Manuel y ella le seguía la corriente.

En otro grupo iban Mariana, Felipe, Sofía y Mauricio, que reían recordando los momentos que compartieron en Barcelona, y comentaban sobre lo extraño que había sido este viaje.

-Bueno, ¿qué pasó con ese amor? -dijo Felipe, burlándose de Sofía y Mauricio.

-Fue después de un par de tragos nada más -dijo con firmeza Sofía, antes de que Mauricio pudiera reaccionar.

-¡Uy! Mao, mala vaina -rió espontáneamente Felipe.

-No lo molestes -protestó Mariana, mientras Mauricio permanecía callado y trataba de reírse, aunque revelaba que se había sentido afectado.

-Más bien cuente cómo le fue con Ana Cecilia, ¿le hizo la vuelta? -preguntó Mauricio con intención de vengarse de Felipe, sabiendo que había algo entre él y Mariana.

-¡Uy! Mao, pero qué, calma, control -respondió entre risas pero sonrojado un poco tras el comentario-. ¡Esa mujer está completamente loca! Estoy seguro de que hubiera podido encontrar a alguien si no fuera porque me tenía enloquecido. Tiene muchos problemas, todo el tiempo me habló de Fernando, de su poder y su dinero y, obviamente, de su reciente separación. Me decía que debíamos encontrar ayuda, y que los dos saldríamos ganando con esto, que seríamos ricos.

-Y tú mueres por convertirlo en tu cliente, ¿no es así? -preguntó Sofía.

-Pues sí, pero no estoy tan loco como ella.

-Seguramente no tanto, pero casi. ¿Cómo le sigues la cuerda de la forma en que lo hiciste?, no lo comprendo, parecías su mascota, el dinero definitivamente mueve montañas -replicó nuevamente Sofía.



-Seguro hubieras hecho lo mismo -protestó Mariana en defensa de Felipe.

-¡Claro que no! Yo seré lo que sea, pero no me vendo -respondió Sofía, quien se molestó y buscó a su nuevo amigo y aliado, Isaac.

Éste iba detrás suyo conversando con Sara y Armando. Sofía se unió al grupo con el que había compartido la improvisada salida de pesca el día anterior. La única diferencia era que ahora veía a Armando feliz y tranquilo, algo que no había visto antes. De vez en cuando, observaban a lo lejos algunos indígenas; y recordando las precauciones que habían recibido, caminaron cada vez más compactos.

Silvia y Raquel acompañaban a Manuel, sin ser capaces de cuestionar su labor, a pesar de sus molestias tras la incertidumbre de los últimos días. Ambas coqueteaban con el guía y empresario, a quien miraban con ojos seductores, atraídas por su metro ochenta de estatura, su piel morena y sus ojos color miel. Mientras tanto, él les hablaba de la vida simple y la felicidad, resaltando el modo de ser de los isleños, a quienes parecía conocer muy bien.

-Soy un fanático de la vida que llevan los nativos de Vila Kaliagrashia. Conocí casualmente a Mané en España, durante una temporada allí; él me contaba cómo era su vida aquí, y a mí me parecía algo increíble. Ellos tienen como tradición seleccionar a algunos líderes para que aprendan de los grandes maestros de la isla y luego viajen por el mundo en busca de conocimientos de otras culturas ancestrales que complementen y fortalezcan sus aprendizajes; así podrán orientar a su comunidad hacia un futuro próspero, sin perder la sencillez. Con el aeropuerto y la poca infraestructura que tienen es suficiente, por eso no han permitido que otros países inviertan en su territorio.

-¿Pero cómo hacen para crecer, entonces? -preguntó Silvia.

-No están interesados en crecer, sino en vivir bien, creo que



son más desarrollados que personas de otros países, un enclave escondido en el mundo. Tienen su propia organización comunitaria y no hacen parte de la ONU, tampoco han sido colonizados en ningún momento de la historia. Yo diría que el mundo desconoce su existencia ya que han sido muy reservados a la hora de divulgar información acerca de lo que tienen y de lo que son. Solamente trabajan con programas muy específicos como el que estamos viviendo aquí.

-¿Qué tan cierto es que algunos son caníbales? -preguntó con curiosidad Raquel.

-Aunque se cree que han dejado esa costumbre no sobra prevenir a los visitantes. Seguramente no volverá a ocurrir un caso de canibalismo, pero es mejor prevenir que curar.

-¡No puedo creer! ¡Qué peligro! Tenemos que estar más alerta.

-Sí, pero es fascinante encontrar una comunidad tan diferente a la nuestra, en donde damos tanta importancia a los bienes materiales, y a un desarrollo que en realidad no es sano para nosotros ni para el planeta, pero bueno, no quiero ser extremista tampoco.

-Tienes razón en gran parte. He estudiado mucho sobre sostenibilidad y este tema de las comunidades que aún viven en armonía con la naturaleza me encanta; sería interesante hacer un trabajo más a profundidad con ellos -añadió Silvia.

-Sería interesante pero, no creo que te lo permitan. De todas formas no sobra que le comentes a Mané a ver qué te dice.

-Bueno, pero síguenos contando sobre la vida de estas personas -interrumpió Raquel.

-Buscan lo mejor para su comunidad, por encima de los bienes materiales; como requieren cosas que no pueden



producir, se abren al comercio vendiendo algunas de sus producciones y adquiriendo otros artículos que no tienen aquí. Lo más interesante es que su interés no está sólo en los productos, para ellos lo más importante es su armonía espiritual. Sus emisarios que van por el mundo, como lo ha hecho Mané en algunas ocasiones, buscan enseñanzas para ser mejores cada día.

-¿Has llevado a Mané a Colombia? -preguntó Silvia.

-Sí. Esta noche, haremos un ejercicio con uno de los líderes espirituales de la isla, que participó de un intercambio de saberes con líderes indígenas del Valle de Sibundoy.

-¿Del Sibundoy, en Putumayo? -preguntó sorprendida Silvia.

-Exactamente.

-Me están hablando en chino -protestó amablemente Raquel.

-Son unas comunidades reconocidas por la conservación de sus costumbres; las plantas ocupan el lugar más importante en su simbología, le dan respuestas a todo, desde el nacimiento hasta la muerte de las personas. La ingesta de algunos preparativos a base de plantas les permite ir a las estrellas, ver las enfermedades y curarlas, o encontrar la respuesta a un reto personal o situación que alguien les consulte. Siempre me han parecido fenomenales, un ejemplo de conservación de tradiciones -explicó Silvia.

-No sabía que conocías tanto de estas comunidades, cómo me alegra, Silvia, seguro disfrutarás mucho del ejercicio que sigue -dijo Manuel.

-Seguro que sí. Lo que me preocupa es que el líder espiritual no haya sido preparado por un chamán de Sibundoy. Para evitar riesgos, lo ideal es que el líder espiritual que haga este tipo de ceremonias haya seguido un proceso de preparación, ojalá con los indígenas colombianos -. Silvia hacía gala de sus conocimientos.



-Me da miedo ir -expresó Raquel agrandando los ojos y mirando a Manuel como niña mimada.

-No hay nada de qué preocuparse. El líder de aquí vivió seis años en Colombia, internado en la selva preparándose con los chamanes para acercarse al espíritu de las plantas; es un camino largo, en el que algunos pierden la cordura. Además, para esto se requiere tener un buen corazón.

-¿Este hombre vivió con ellos seis años? -preguntó Silvia.

- Así es, y uno de los grandes líderes de los ingas estuvo viviendo en Vila Kaliagrashia un par de años para completar el intercambio de saberes.

-No lo puedo creer Manuel, esto lo tendría que investigar alguien, ¡es impresionante!

-Pues ya lo ves -rió con satisfacción el organizador del viaje.

Mache iba a la cabeza del grupo, Manuel en el medio y Mané más atrás con Ana Cecilia y Fernando. Al llegar al lugar indicado comprobaron que había una estructura similar a la que tenían en la playa, con kioscos y camas iguales aunque en diferente disposición. Estaban en el lugar más alto de la isla. A poca distancia estaba el restaurante, donde encontrarían el mismo tipo de comida que habían disfrutado en los últimos dos días. Descansaron cerca de quince minutos, bebieron agua y rápidamente tomaron las toallas que les ofrecieron para darse una ducha, pues allí sí disponían de baños cómodos.

-¡Nunca antes había disfrutado tanto una ducha en mi vida! -expresó Sofía con visible alegría.

-¡Ni yo tampoco! -exclamó Sara.

Al terminar el baño encontraron ropa limpia marcada con las letras VK, en referencia a Vila Kaliagrashia. Todos parecían uniformados, con camiseta blanca y pantalón beige muy cómodo. Se dispusieron a almorzar después de varias horas de camino; el menú era bastante ligero, a base



de frutas y verduras, y al final tomaron una siesta.

Mientras tanto Manuel, Mache y Mané se reunieron para organizar la jornada que comenzaría al final de la tarde y se prolongaría hasta la madrugada. Allí estaba Wayaiera Woumain, el líder espiritual de la isla, quien ya se encontraba mezclando las plantas y preparando la bebida para más tarde.

-¡Mi querido maestro! -saludó Manuel con visible alegría y respeto.

-¡Grande amigo Manuel! -contestó el maestro con un acento extraño y cierta dificultad.

-Ha llegado el día, maestro, todos están descansando ahora, pero a las seis llegaremos para ver el atardecer e iniciar la ceremonia.

-Ya estoy listo, así es que no habrá ningún problema.

Mané y su hija Mache prepararon el espacio previamente acordado; lo adornaron con flores de distintos colores, y unas semillas demarcaban un círculo alrededor del cual tendrían que ubicarse los viajeros. Una vez todo listo regresaron en busca del grupo; encontraron a algunos conversando en el restaurante y Mache fue a llamar a los que aún descansaban en los kioscos, para citarlos cinco minutos después, al frente del restaurante.

-Me alegra verlos más relajados -dijo Manuel cuando estuvieron todos reunidos-. Durante este viaje, se han enfrentado a distintas experiencias buenas y desagradables, cómodas, o difíciles, pero lo más importante es que han podido llegar todos hasta este momento. Muchos de ustedes vieron desde el avión el lugar a donde iremos, pero ahora podrán disfrutarlo sintiendo el leve sonido del viento y del agua, así como el aire más puro.

-¡Vamos ya! -exclamó Silvia con alegría, sorprendiendo a todos con una actitud que hasta entonces no le conocían.



-¡A dónde nos va a llevar, Manuel! Le pido por favor que no improvise más. ¿Qué se va a inventar ahora? -preguntó Fernando.

-Yo estoy listo para lo que sea, que no se hable más, ¡vamos! -intervino Isaac.

Mache guió al grupo durante los diez minutos que faltaban para llegar hasta la caída de agua sagrada.

-¡Bienvenidos! -saludó con agrado el maestro.

Los integrantes del grupo correspondieron el saludo y luego permanecieron en silencio. No podían creer que estuvieran en un lugar tan mágico. La cascada tenía forma de corbata, iniciaba con una caída más bien gruesa y se iba adelgazando para terminar nuevamente en una sección más ancha. No se veía una nube en el cielo y el sol empezaba a esconderse dejando una mezcla de colores amarillo, naranja y rojo. Desde allí se podía divisar toda la isla y el mar. Estaban en medio de la naturaleza, rodeados de agua salada y de la indescriptible belleza de este lugar. Incluso Ana Cecilia y Fernando quedaron en silencio, sorprendidos por lo que estaban viendo.

-¡Es el lugar más lindo que he visto en mi vida! -expresó Silvia entre lágrimas.

Los demás también estaban maravillados ante la magnitud del escenario y tan emocionados que sus ojos también mostraban algunas lágrimas. El mismo Manuel trató en vano de contenerse pero un par de lágrimas se le escaparon. Tan sólo el maestro lo vio, y sonriendo, cerró los ojos, en agradecimiento a la madre naturaleza.

Ese momento sublime duró cerca de treinta minutos hasta que el sol se ocultó por completo, dando paso a la noche y a la luna llena, la más grande que habían visto. Y es que el ritual requería estas condiciones para protegerse y conectarse con mayor facilidad con la naturaleza, gracias a las fuerzas energéticas y a la marea.



-Quiero saludarlos en representación de la madre tierra y de nuestra cascada sagrada -manifestó Wayaiera Woumain-. Les pido que se ubiquen dentro del círculo delimitado por las semillas. ¡Ahora!, ¡vamos! -exclamó.

Uno a uno, fueron entrando en el círculo. Primero Isaac, seguido por Silvia, Armando, Sofía y Sara. Segundos después lo hicieron Mauricio, Felipe, Mariana y Raquel. Por último, y a regañadientes, Ana Cecilia y Fernando.

-Estamos completos, maestro -informó Manuel, mientras a cierta distancia Mache revolvía una olla humeante y Mané les ofrecía frutas a todos.

-Muy bien -comenzó el maestro-, estamos reunidos para conectarnos con la naturaleza desde el espíritu. Ustedes llevan días preparándose, sometidos a distintas pruebas que buscaban acercarlos a su alma. Una vez tomen de la bebida sagrada, establecerán un enlace con la madre tierra, con las plantas y con todos los seres que la habitan. Con esta medicina ancestral, especialmente preparada para ustedes, podrán elevarse y encontrar respuestas a muchas de las inquietudes que los trajeron hasta Vila Kaliagrashia.

-Perdón maestro, pero me preocupa algo de esta medicina -intervino Silvia-, en el camino, Manuel me decía que se trata de una enseñanza de los chamanes indígenas del Valle de Sibundoy, y entiendo que para tomarla debíamos prepararnos previamente, no sólo a nivel espiritual, sino también en nuestra dieta, ¿me equivoco?

-Querida, dime tu nombre por favor -preguntó el maestro.

-Silvia.

-Es cierto lo que acabas de decir, si la bebida fuera completamente pura, tal y como la preparan allí. Pero esta preparación es más suave y la desarrollé para este tipo de experiencias, junto a uno de los chamanes que vino desde Colombia. Está combinada con plantas de esta isla que



ayudan a regular los efectos, para que el sistema digestivo no les cause molestias. Pero sí permite que alcance a actuar la dimetiltriptamina, nombre científico de la sustancia, mejor conocida como la molécula del espíritu o DMT, que ronda por el universo y nos hace iguales a las plantas y a los seres humanos.

-¡Wow! -exclamó sorprendida Silvia, apasionada por este tema.

-¡Yo no voy a participar de estas estupideces! -gritó intempestivamente Fernando ante la mirada extrañada del maestro.

-Señor, ¿cómo es su nombre?

-Eso no le importa, al fin y al cabo en esta isla parece que solo hay ignorantes y retrasados, ¡yo me voy a dormir ya!, ¿cómo es el camino?, Manuel, ¡lléveme de regreso, por favor!, y no me refiero a la playita esa donde nos tiene durmiendo, me refiero al hotel que se ve a lo lejos, que es donde supongo nos quedaremos el tiempo que resta del viaje.

-Está en lo cierto Fernando, en ese hotel nos hospedaremos, pero aún no, a esta hora es peligroso por lo que tendrá que pasar la noche en los kioscos de aquí arriba, ¿por qué no desea participar?

-Mire, lo único bonito que he vivido en este viaje ha sido el atardecer de hoy y ni siquiera tenía mi cámara para recordar esas imágenes. Esto me parece una estupidez, no creo ni en usted ni mucho menos en este payaso. Buena noche para todos.

En ese momento, Mané hizo señas a Manuel de que él lo llevaría, y como era de esperarse, Ana Cecilia se paró inmediatamente y se fue con ellos.

-¡Un momento por favor!, ¡yo también voy con ustedes! -gritó llorando y asustada Raquel.

Manuel intentó detenerla pero parecía desesperada y el maestro le hizo señas para que la dejara ir.



-Mi querido Manuel, solamente quienes están listos para entrar en comunicación con la madre tierra se quedarán aquí, no hay por qué forzar a nadie; es la naturaleza misma la que se encarga de escoger esta noche a las personas con las que establecerá el vínculo.

-Sí maestro, lo que usted diga.

-Maestro, ¿puede continuar con su explicación acerca de la molécula del espíritu? Soy médico y quisiera cerciorarme de las posibles consecuencias que pueda tener este ejercicio -solicitó Armando de manera amable y respetuosa.

-¡Claro que sí! -respondió el maestro con su acento particular-. ¡Qué bueno tener un médico en el grupo!, con mayor razón entenderás lo que va a suceder esta noche.

- Eso quisiera, ¡muchas gracias!

-Según ha estudiado la ciencia, existe un aminoácido en la naturaleza, y los organismos vivos tenemos las enzimas necesarias para sintetizarlo en la dimetiltriptamina. ¿Ya se han aprendido el término? Lo preguntaré mañana antes del desayuno, y quien no lo sepa, no come -dijo con gracia el maestro-; todos los seres vivos, desde los mamíferos hasta los insectos y las plantas, y, por supuesto, los seres humanos realizan este proceso -aclaró con un tono más serio pero siempre amigable-. Es decir, que la molécula del espíritu está dentro de nuestro cuerpo y es la que nos conecta de manera especial con la naturaleza.

-Perdón maestro, yo no soy médica, recién salí del colegio y no entiendo absolutamente nada de lo que está diciendo -comentó Sofía en una protesta amable. Quería saber exactamente lo que decía Wayaiera Woumain.

-Paciencia mi querida señorita, ¿cómo es tu nombre?

-Sofía.

-Vamos por partes. Cada uno irá entendiendo, pero es importante la explicación científica primero para quienes la



pueden entender. Luego explicaré los detalles, de manera más sencilla a las demás personas.

-Lo siento, gracias.

-¡Tampoco entiendo nada! -susurró Isaac a Sofía, solidario, para relajarla un poco.

-Bien amigos, para que todos entiendan, es como si estas moléculas fueran un lenguaje común entre todos los seres de la naturaleza. ¿Alguna vez han oído que para que las plantas crezcan sanas es importante hablarles? Lo mismo sucede con los bebés cuando están en el vientre materno; se les puede transmitir amor o angustia, algo de lo que muchos no somos conscientes. La madre tierra nos ha ofrecido toda su sabiduría, pero la hemos olvidado. Nos ha dejado un sistema de comunicación y llevamos cientos de años sin utilizarlo, salvo algunas comunidades indígenas que preservan tradiciones muy antiguas.

-Estoy tratando de entender la parte científica de todo esto. Lo que entiendo es que nos podemos comunicar todos los seres vivos a través de esta molécula. No me equivoco, ¿verdad?

-¿Cómo es tu nombre, bella dama?

-Mariana.

-Así es. Estamos aquí para conversar con la naturaleza, uniendo las moléculas espirituales de las plantas con las nuestras. Esto lo logramos calentando agua, que es transmisora de energía, con el calor que representa el sol, y gracias a la atracción que genera la luna llena, subiendo las mareas. Al mezclar entonces el agua y las plantas, frutos de la madre tierra, junto con la acción del sol y la luna, grandes dioses de nuestro universo, se genera la reacción química que necesitamos para la preparación de la medicina.

-¿Y para eso es necesario el consumo de algún tipo de droga? -preguntó Mariana.



El maestro no pudo evitar una sonrisa, pero con mucho respeto volvió a su seriedad inicial.

-Eres una mujer seria y rígida Mariana, además de inteligente. La respuesta es no. Esto no es una droga. La gente ha aprendido a combinar plantas con químicos para generar experiencias que alteran el sistema nervioso, pero esas son sustancias tóxicas. Aquí lo único que vas a ingerir es una preparación a base de agua y plantas cuyo efecto activará las moléculas dentro de tu cuerpo para hacer un enlace. De hecho, muchas personas tienen la capacidad de lograr ese vínculo sin ninguna preparación; lo hacen a través de la meditación, la danza, el canto, o a través de otras técnicas desarrolladas por algunas comunidades en diferentes lugares del planeta.

-¿Y por qué no lo intentamos por esta vía?

-Porque requeriría de años de preparación. ¡Claro que lo podrías hacer!, te lo digo por experiencia, toda mi vida he ido por el mundo aprendiendo diferentes métodos de conexión con la naturaleza y este que les traigo es tal vez el más fácil; es para quienes como tú y el resto del grupo, no han iniciado ese camino.

-¡Es como Avatar, la película! ¿La viste, Mariana? -preguntó Sofía.

- Así es, claro que sí, la vi hace un par de años.

-¿Recuerdas cómo todos los organismos de la naturaleza se conectaban a través de un enlace? -siguió Sofía.

-¡Ah muy bien! -gritó emocionada- ya lo entiendo, qué lindo, yo quiero hacer la conexión.

-Sí, es algo por el estilo; en realidad, muy similar ¡Yo también vi la película! -agregó entre risas el maestro.

-Bueno, pero, ¿qué hacemos ahora? ¿Tomamos la preparación y ya? ¿Esperamos? -preguntó Felipe.



-Calma, queridos amigos, vamos paso a paso -dijo el maestro.

-Cada uno de nosotros vino a este viaje por un motivo en especial, ¿no es así? -preguntó Felipe a sus compañeros.

-Esta noche encontrarán la respuesta en la naturaleza, una vez establezcan el enlace correcto. ¿Todos listos?-. Como ninguno respondió, el maestro prosiguió: -Reciban la bebida que les voy a compartir, es un poco amarga. Manténganse en silencio y observen la luna y las estrellas que están esta noche en todo su esplendor. Cada uno concétese con su propio mundo y concéntrense en las respuestas que quieren encontrar. Yo estaré cuidando de ustedes con ayuda de Manuel y Mache; estaremos pendientes de lo que necesiten.

Wayaiera Woumain pasó frente a cada uno, alrededor del círculo, y les fue entregando la bebida. Se acercó luego a Manuel y a Mache para indicarles en voz baja que estuvieran prestos a ayudar a quien lo necesitara.

-Qué bueno estar aquí compartiendo este momento, maestro, es un honor -intervino Manuel.

-Para mí es un placer brindar ayuda a la gente, es mi misión; por eso me gusta contribuir con proyectos como este, ¡tienes un gran corazón, Manuel!

-Gracias maestro. Cuando Mané nos presentó, hace años, tenías otro nombre.

-En realidad, mi nombre en nuestra lengua no ha cambiado, pero durante el tiempo que viví en tu país, compartí, no solamente con comunidades de la Amazonia, sino también con los wayúu, en La Guajira. En su idioma, el wayuunaiki, Wayaiera Woumain significa, "cuidemos nuestra tierra", por lo que me gustó y decidí apropiármelo como apodo, sobre todo para visitantes externos a los que les cuesta aún más pronunciar mi verdadero nombre.



En ese momento vieron que los viajeros empezaban a salirse del círculo, caminando en dirección a la cascada *Salvatierra*.

-¡Ya está empezando el efecto! -advirtió el maestro a Manuel, quien a su vez le hizo señas a Mache y a Mané, que acababa de regresar de dejar a los que quisieron ausentarse.

Isaac, que empezó a moverse de forma extraña, fue acompañado por Manuel, quien ya lo conocía bien y sabía de su proceso interior a lo largo del viaje.

-¡Linda!, ¡Mi amor!, ¿estás ahí?, no te vayas, te acabo de ver, ¡por favor, perdóname!, te lo ruego, mi cielo, ¡háblame!

Isaac lloraba sin parar, tenía los ojos abiertos, pero parecía soñando, estaba en otra dimensión.

-Tranquilo Isaac, aquí estoy, ¿qué estás viendo?

-Es Linda, está ahí, en la cascada, pero no quiere venir, dice que no puede, que está ocupada, pero está tan cerca, ¡tampoco me deja ir! Llevo años sin verla, ¡me destroza el alma!, no puedo vivir sin ella, desde el día que la conocí me enamoré y se me fue, ¡la dejé ir para siempre!, por no estar junto a ella, por poner primero el dinero y el trabajo, pensando que el tiempo era infinito, dejé de disfrutarla.

-Ella te ama y ahora cuida de ti y de tus hijos -lo tranquilizó Manuel.

-¡Linda!, ¡acércate!, ven a mí. Doy lo que sea por sentir el latido de tu corazón, tus labios húmedos, ¡ven por favor!

-Trata de describir lo que ves Isaac, anda, dime.

-¡Está Linda sobre la cascada!

-Sí, pero qué más ves, descríbelo, los colores, todo.

-La cascada es blanca. Sobre la montaña, el sol se está ocultando y la vegetación es brillante, llena de colores, todo es hermoso, ¡quiero quedarme con ella aquí para siempre!



-¡No puedes, Isaac!

-¡Claro que puedo! -respondió convencido Isaac.

-¿Te está llamando Linda?

-No, me dice que ella está bien y que yo pertenezco aquí, pero no puedo, ¡no quiero!, ¡Linda!, ¡voy para allá!

Manuel se asustó y llamó al maestro. Él lo tranquilizó y ocupó su lugar. Isaac conmovía al maestro también, pues ver llorar a ese hombre de alma transparente y corazón generoso inspiraba gran ternura. Sus ojos también se llenaron de lágrimas.

-Querido Isaac, tu vida está aquí en la Tierra, no en el más allá: debes dejarla ir para siempre, ya llegará el momento en que te puedas unir con ella; así es que ¡déjala ya! -le dijo con fuerza.

Isaac regresó de su visión y su tristeza era aún más notoria. Haber estado tan cerca de su amada Linda lo había dejado agotado y destrozado, así es que Manuel lo llevó al kiosco y lo dejó durmiendo. Regresó desconsolado por el dolor de su nuevo amigo; así lo consideraba, un nuevo amigo que no dejaría de ver mientras pudiera. Lo había decidido, sabía del valor de encontrar personas como él.

Mache estaba atenta a Mariana y a Felipe, quienes salieron del círculo tomados de la mano, en conexión con la naturaleza, repasando momentos de la vida en que se sintieron amados y seguros. En esta dimensión del mundo no existía la preocupación por el dinero, que había guiado sus vidas; tampoco importaba aparentar o simular lo que no eran, tan solo importaba la pasión, el encanto y la admiración mutua.

-No quisiera molestarlos, pero cómo se encuentran, qué ven.

No obtuvo respuesta, aunque Felipe contaba por momentos lo que veía. Caminaba de la mano con Mariana por una



montaña tapizada de flores blancas en un día de primavera; de repente se encontraban en una vía pavimentada y cada uno tomaba direcciones distintas, sin despedirse. El relato de Felipe fue lo que quizás hizo que despertaran. Se encontraron tomados de la mano y se abrazaron. Mache los acompañó al kiosco, donde quedaron profundamente dormidos.

Mané se había ido con Silvia, quien no parecía muy tranquila. Recordaba sus diferentes parejas, que terminaron dejándola sola. Ella, siempre arreglada, bien vestida, elegante, sofisticada, inteligente, y ellos la besaban, caminaban un rato su lado y la dejaban. Estaba angustiada.

-¿Qué sientes preciosa?, ¿qué ves?

-No lo sé, todos me dejan, no sé qué hacer, siempre estamos felices, comiendo, y de un momento a otro se van, ¡todos!, ¡malditos!, ¿acaso no ven bien lo que tienen al frente?

-¿Qué estaban comiendo?

-Una especie de carne, como una punta de bife.

-¿Con quién estás?

-No lo sé, veo a varios de mis ex novios, van cambiando, uno tras otro en el mismo lugar, ¡todos se paran y me dejan comiendo sola!

-¿Ves algo a tu alrededor?, ¿puedes distinguir algo?

-Es como un restaurante, pero solo están ellos, ¡incluso Armando!, ¡y el mismo Manuel!, entran, sonrían, me seducen con sus palabras y luego se paran y se van.

-¿Hay algo que llame tu atención en ese lugar?

-Nada, solo un cuadro en una de las paredes, no hay nada más.

-¿Qué tiene el cuadro?

-Un poco de aves desplumadas, como si estuvieran mu-



riendo lentamente, ¡es terrible!, ¡odio ese restaurante!

-Bien, ten mucha calma, tranquila, despierta de todo esto, es solo un sueño, ¡vamos!, ven de regreso.

En ese momento despertó y siguió llorando, como si aún siguiera en su visión. No podía parar, ¡no quería parar!, ¡no era posible que ningún hombre le prestara atención!

-¡Me quiero ir ya!, logró decir entre sollozos.

-Ya vamos, ¡anda!

-¡Un momento Mané!, gritó de lejos el maestro mientras supervisaba a los demás, y se dirigió a Silvia. ¡Escúchame bien, mujer!, debes dejar de depender de un hombre para vivir, eres lo suficientemente adulta para eso; buscas un padre protector no un novio o una pareja.

-¡No entiendo! -respondió confundida en medio del llanto.

-Me refiero a que no has conseguido una pareja estable porque no has parado de buscar un hombre que te cuide y que te dé protección. Has trasladado a otros la responsabilidad que tienes sobre ti misma. Eres tú quien debe cuidar de ti, ¡nadie más! Cuando lo hayas logrado, seguramente llegará alguien que compartirá su vida contigo, pero no debes pretender que cuide de ti como un padre, sino que te ame como su pareja, Es distinto. El maestro la conducía hacia el kiosco y ella, confundida, siguió llorando hasta que se quedó dormida.

Manuel, luego de dejar su amigo en el kiosco, fue a acompañar a Sofía, Mauricio, Armando y Sara, quienes parecían muy tranquilos. Había sucedido algo sorprendente y difícil de explicar, pues Sara daba la impresión de haber alcanzado tal conexión con la molécula del espíritu y con la naturaleza, que se había convertido en portadora de información para sus compañeros.

-¿Me va a ir bien en el viaje?, ¿extrañaré mucho a mis papás y a lo que ha sido mi vida con ellos? -preguntaba Sofía.



-Te va a ir muy bien, será sin duda la mejor experiencia de tu vida, tendrás momentos buenos y malos, pero aprenderás a vivir por ti misma y conocerás gente maravillosa que recordarás toda tu vida.

-¿Voy a ser millonario? -preguntó Mauricio.

-No, el dinero no será tu fuerte, pero vivirás feliz si aprendes a buscar en la vida lo que realmente necesitas y la gente que vale la pena. Tendrás que aprender a rodearte bien, a cuidar de ti mismo, te irá bien en todos los aspectos, incluso con el dinero, que no te faltará, pero que no puedes convertir en el único objetivo de tu vida.

-¿Voy a ser buen padre y esposo? -preguntó Armando.

-Serás el mejor si lo trabajas día tras día, con paciencia y humildad. No habrá mejor padre que tú si le dedicas tiempo de valor a tu hijo durante toda su vida. En cuanto a tu esposa, es algo más complejo porque depende de los dos; si pones en la relación todo lo bueno que tienes, estarás tranquilo y habrás asegurado el cincuenta por ciento de éxito en la relación. Ahora bien, tanto con tu hijo como con tu esposa tendrás momentos buenos y malos, algo que debes aprender a manejar. No luches solo, busca ayuda para enfrentar los obstáculos, siempre será mejor tener quien te escuche y aconseje. Y lo más importante: cree en ti, ten confianza en ti mismo.

-Bueno Sara, esto es fabuloso, pero cuéntame, ¿qué estás viendo en este momento? -preguntó Manuel.

-Estoy en Vila Kaliagrashia, pero es como si el atardecer fuera eterno, oigo la cascada como si llevara toda la energía necesaria para dar vida al mundo entero, puedo aspirar el aroma de las flores más deliciosas, y mis ojos nunca han visto una combinación de verdes más linda e imponente que esta, ¡no quiero despertar de este sueño!, sé que lo tengo que hacer pronto, pero no quisiera, ¡ahora entiendo todo el sentido de este viaje, de este lugar y de mi vida!



Mi misión es seguir siendo feliz y sé que conseguiré todo lo que me propongo. Afortunadamente soy dueña de mi vida. ¡Gracias Manuel por todo esto! -terminó diciendo, con lágrimas de alegría.

-Tienes un gran don, tu corazón es inmenso, Sara -contestó Manuel.

-¡Atención todos! -dijo Sara-, tengo un último mensaje: ¡Cuiden y valoren a sus amigos! Un verdadero amigo es honesto, transparente, leal y busca lo mejor en uno. La amistad lleva al amor entre dos personas, pero diferente al pasional e íntimo. La amistad implica un amor sólido que puede durar toda la vida, aunque un amigo difícilmente superará la deslealtad o la mentira; hay que cuidar una buena amistad. Podemos confiarle a un amigo nuestros errores para buscar refugio y recibir sus consejos, pero el día en que se traiciona, lo perderemos para siempre. La amistad necesita de humildad, de sacrificios. Amen a sus amigos y serán felices.

-¡Qué bonita reflexión, Sara! Gracias por transmitirnos este mensaje de la madre naturaleza -expresó con sinceridad Manuel.

Con estas reflexiones, los cuatro compañeros se pusieron de pie y se despidieron de Wayaiera Woumain, agradeciéndole por tan valiosa experiencia. Habían podido establecer conexión con los demás seres vivientes, en el mismo idioma y sin barrera alguna. Minutos después ya estaban durmiendo, continuando la experiencia a través de los sueños.

El maestro se quedó en el lugar de la ceremonia y Mache, Mané y Manuel regresaron para conversar con él sobre las diferentes experiencias de los miembros del grupo.

-¿Cómo interpretan lo que sucedió en la ceremonia? Ustedes ya conocen la sabiduría ancestral y creo que la percepción suya es muy importante para continuar la evolución del grupo en este viaje.



-Es sencillo -respondió Mané-; en esta ceremonia cada persona se transporta a un lugar donde todo se conecta, y lo que ve allí puede ser positivo o negativo, según lo interprete. Por ejemplo, las flores, las montañas, y los colores claros se suelen tomar como éxito, triunfo o alegría. Por el contrario, si ven un animal desplumado o si ven a alguien comiendo carne, probablemente las cosas no estén tan bien. Lo mismo sucede cuando se transportan a lugares donde ha intervenido el hombre, como carreteras o construcciones de cemento. Probablemente esa ruptura con lo natural sea una señal de que algo no está bien o no resultará como se quiere.

-¡Qué interesante y qué bonito esto! -respondió Mache, segura de querer convertirse en la sucesora del maestro Wayaiera Woumain, para comunicarse permanentemente con la naturaleza-. ¡Definitivamente no hay nada más sagrado que esto! -comentó.

-Así es hija -respondió Mané-, si tienes un sueño, debes tratar de conseguirlo y trabajar todos los días por él, no importa lo que te digan, lucha por tu sueño. Yo te apoyaré, así como los demás miembros de la comunidad. Habrá momentos en que otros, incluso de tu familia, tratemos de bloquear tu camino creyendo que actuamos por tu bien, pero debes continuar por la ruta que te hayas trazado, porque nadie tiene más claridad sobre tu vida que tú misma.

-Lo mismo pienso yo querida Mache, tienes todo para lograr tus sueños -agregó Manuel.

-Gracias papá, y a ti también, amigo -respondió ella-, seguiré trabajando para ser la mejor líder espiritual de esta isla.

-Bueno, voy a descansar. Mañana será un día interesante también y con seguridad mi querido amigo Fernando despertará temprano -dijo Manuel con ironía-. ¡Muchas gracias por todo!, las cosas no pudieron salir mejor.

-Con el mayor gusto, ¡hasta mañana! -Se despidió el maestro.





Tras la jornada de regocijo del día anterior, los viajeros, salvo Ana Cecilia, Raquel y Fernando, se despertaron reflexivos, aún bajo los efectos de la medicina ancestral. Los tres ausentes de la ceremonia nocturna estaban callados, sin entender lo que les pasaba a sus compañeros y con algo de ansiedad por que el tiempo pasara rápidamente. Después del desayuno irían a buscar el camino hacia la cascada sagrada, para verla una vez más.

-Yo necesito volver a ver este lugar, todavía siento que fue un sueño -dijo Sara a sus amigos, en medio de su alegría.

-Yo también tendré que despedirme de la grandiosa *Salva-tierra* -manifestó Armando en respuesta a Sara.

-¡Vamos a despedirnos del lugar más hermoso sobre la faz de la Tierra! -dijo Mache con su acostumbrada gracia y en actitud de motivación para los demás y todos la siguieron.

El paisaje era hermoso y aun sin el atardecer o la luna llena, la magia no desaparecía del lugar. Esta vez la cascada era la protagonista; sentían la conexión con esa enorme corriente de agua que los recargaba de energía y les recordaba la comunicación con los demás seres de la naturaleza; la brisa y el rocío que les prodigaba hacían la experiencia más sobrecogedora.

-Tengo que confesar, y no lo tomen a mal, que lo que sentí anoche cuando llegué a este sitio fue muy similar a un orgasmo -comentó Silvia al grupo-. Es la plenitud de la

belleza combinada con una especie de fluido eléctrico que se cuela por las venas y arterias, llegando a cada rincón del cuerpo. ¡Es algo maravilloso!, ¡es la Pacha Mama! Esto es la vida. Yo vivo por estas sensaciones, me remueven todas las fibras.

-¡Qué poética Silvia! La verdad es que es muy acertado tu comentario, es una sensación inexplicable la que genera este lugar -replicó Manuel.

-¿Cómo les fue con eso que tomaron anoche? -preguntó Raquel- ¿Todavía les está haciendo efecto?

-Fue una conexión tan maravillosa como inexplicable -contestó Sara con la misma emoción que conservaba del día anterior.

-Tengo que aceptar que fue algo muy bonito y diferente a lo que había imaginado -completó Mariana.

-Pues qué bien. La verdad es que yo le tengo pavor a algo así. Al fin y al cabo mi vida es como es, y en medio de todo lo malo que pueda tener, es mi vida y no hay nada más que hacer. El mundo no va a cambiar y yo tampoco. Ya quiero regresar nuevamente a mis conflictos; al fin y al cabo, como que ya me acostumbré a vivir así.

Se quedaron contemplando el paisaje un buen tiempo Armando, Felipe, Mariana, Mauricio y Ana Cecilia, con ansiedad de regresar a su vida diaria, así como Raquel. Sofía, ansiosa por iniciar su aventura por Europa. Sara, Silvia e Isaac sabían que tenían que darle un vuelco a su vida, y ansiaban poner manos a la obra. El único que no sabía si quería regresar, desaparecer, morir o dejar de pensar, era Fernando, quien ardía por dentro solo de imaginar el infierno que tendría que encarar. Mache, Mané y Manuel les compartían frutas y agua mientras todos estaban dentro de su propio mundo. Ana Cecilia seguía atenta a Fernando, sin quitarle su mirada. Mariana, en un gesto de solidaridad, abrazó a Mauricio, que estaba solo y desconcertado.



-Lamento ponerle fin a este momento, debemos irnos; el almuerzo nos espera en el hotel y aquí no tenemos más frutas para ofrecerles. Dentro de poco estarán protestando por el hambre, así es que despedámonos definitivamente de este lugar.

-¿No hay alguna forma de tener una foto de este sitio? ¿Alguno de ustedes tiene una cámara? -preguntó Mariana.

-Nadie. Pero con seguridad este lugar se quedará en sus recuerdos para siempre. Es un privilegio estar aquí; no lo van a olvidar, esa es la idea -respondió Manuel.

-¡Qué triste!, la imagen de este lugar merece ocupar un lugar especial para observarlo todos los días -añadió Silvia, y nuevamente rompió en llanto al darse cuenta de que ya tendría que regresar, y que debería asimilar lo que le había dicho el maestro, que no era tarea fácil.

Manuel la abrazó con cariño y le susurró al oído:

-El cambio genera incomodidad, te saca del lugar al que ya estás acostumbrada, pero al final sentirás un alivio inmenso, y así como has logrado tanto a nivel profesional, podrás alcanzar tus metas en la vida personal. Eres una gran persona, pero te doy un consejo, no centres toda tu energía en tu belleza y apariencia exterior, entiendo que por el medio en el que estás hayas creído que es lo adecuado para ti, pero entre más des a conocer tu interior, mejores serán tus relaciones.

-¡Amigos!, es hora de partir -exclamó Mache.

Todos se pusieron en marcha, menos Mariana y Felipe que se abrazaban en silencio. Aunque sus labios estaban muy cerca, ninguno de los dos tuvo el valor de dar el paso para un beso, y tras una larga mirada sonrieron con complicidad y decidieron caminar rápidamente para alcanzar a sus compañeros.

Ana Cecilia no avanzó esperando a Fernando, que pare-



cía incómodo con la idea de regresar. Aunque se había quejado de todo, sentía que sus días de viaje estaban terminando más rápido de lo que él quisiera, ya que lo que tendría que enfrentar a su regreso sería la experiencia más difícil de su vida. Recordaba a su esposa, sus veinticinco años de matrimonio, su proceso de divorcio. Sabía que ella no lo amaba y que mantenía una relación con uno de los gerentes del grupo empresarial que él presidía. Sabía que su hija lo despreciaba por haberla obligado a irse del país para alejarla de Julián, su mejor amigo, de quien estaba enamorada. Lo que su hija no sabía es que su padre y ella deseaban al mismo hombre y que fue esta la causa de la escandalosa separación. ¿Cómo iba a manejar esto con los periodistas? Su mujer le pedía la mitad de sus bienes, pero él no quería ceder, y ella lo amenazaba con contar toda la verdad en los medios. Era una mujer que solo había buscado su dinero, al igual que la mayoría de personas a su alrededor, incluso su hija. El mismo Julián también lo extorsionaba y sólo tenía relaciones con él por dinero. ¿Qué pasaría con su hija cuando se enterara de todo?, ¿qué dirían sus colegas y amigos? ¡Perdería su trabajo y lo sacarían de todas las juntas directivas! Sería su ruina. Se convertiría en la burla de la sociedad. Era preferible quitarse la vida, pero sabía que era incapaz de hacerlo.

Por su parte, Isaac aún derramaba algunas lágrimas por su amada Linda. Era tan difícil avanzar, pero sabía que debía hacerlo. De un momento a otro y aún con el efecto de sus visiones de la noche anterior, en medio del llanto y la tristeza, vio a Linda despidiéndose, le pareció escuchar su voz diciéndole que siempre estaría velando por él y por sus hijos, que había sido una mujer feliz y que él también tendría que serlo, que debía dejar volar su imaginación y dedicarse a cumplir su sueño de hacer felices a muchos niños. Isaac la vio fundirse con la cascada *Salvatierra* y convertirse en parte del agua que caía al manantial más



bello y puro que jamás había visto. Aceptó que ya no la volvería a ver, que por fin la había dejado ir y que después de escuchar su voz, sin duda alguna éste era uno de los momentos más duros y a la vez más felices de su vida. Se limpió entonces las lágrimas y al ver que sus compañeros le habían tomado distancia, empezó a avanzar, como levitando, sumido en lo que acababa de vivir.

A lo lejos se oyó la voz de Mané llamando a los que habían quedado atrás. Fernando aceleró el paso, y Ana Cecilia, al ver que perdía la oportunidad de tenerlo por un momento a solas, se abalanzó sobre él besándolo en los labios al tiempo que le tomaba las manos y las ponía sobre sus senos. La respuesta de Fernando fue bien distinta de lo que ella había imaginado, pues reaccionó con fuerza y se la quitó de encima. Isaac, que venía detrás de ellos, un poco retirado, alcanzó a observar la escena con preocupación, pero decidió mantener la distancia.

-¿Qué le sucede señorita?, tengo suficientes problemas para ganarme uno más -reclamó Fernando.

-Es que usted me encanta, Fernando, ¡me fascina! -le declaraba ella, ante lo que Isaac seguía expectante, sin saber qué hacer, mientras veía la lamentable escena de Ana Cecilia.

-Mire, usted no me interesa en lo más mínimo. Es una mujer detestable, nadie quiere su compañía, y mucho menos yo.

-Y usted es igual a todo el mundo, ¡maldito sea! ¡Que se joda todo el hijo de puta mundo! -gritó desesperada Ana Cecilia, rompiendo en llanto y dejando solo a Fernando, quien lucía confundido y consternado. Ella se tomaba la cabeza fuertemente mientras se alejaba y daba patadas a los árboles que circundaban el camino, hasta que se lastimó un pie y tuvo que continuar con un dolor más.

-Como dijo alguna vez Nelson Mandela: *“El hoy es hoy, el pasado es pasado. Hay que mirar hacia el futuro ahora”*



-se atrevió a decir Isaac acercándose a Fernando, que estaba paralizado en su confusión.

-No tengo ningún futuro, más bien siga y déjeme tranquilo -volvió a gruñir Fernando, como siempre.

-Así como los griegos nos enseñaron alguna vez a discernir sin perder el respeto, lo invito a que se desahogue sin verme como su enemigo. Ambos sabemos que somos de distinta procedencia y seguramente mantendremos caminos muy distintos, pero le aseguro que le conviene desahogarse si quiere tener algo de paz para resolver su vida. No vino aquí de paseo; está ahogado y sin respuestas, por alguna razón. La visita a Vila Kaliagrashia ya se está terminando, ¿va a irse de aquí de la misma forma en que llegó?

-Mire Isaac, estoy vuelto mierda, esa es la verdad. Si lo que quiere es humillarme, ya estoy destruido, ¡no me joda, por favor!

-Solo le ofrezco mi ayuda con humildad. No le guardo rencor y he visto su desesperación. No ha participado de las actividades programadas para que se pudiera descargar, así es que debe tener todo acumulado. Si quiere desahogarse, soy todo oídos, pero si prefiere quedarse con todo por dentro, bien pueda, solo busco ayudar un poco.

-La verdad es que estoy atorado, caminando por un callejón sin salida y es muy delicado y personal lo que tengo por dentro -manifestó, volviendo a mostrar su elegancia, pero esta vez sin soberbia ni desaire.

-Si quiere, vamos caminando y mientras llegamos al hotel, lo escucho.

-Le voy a contar; parece ser mejor persona de lo que he pensado, todos lo respetan mucho Isaac, pero le aseguro que no haré nada por usted nunca, así es que por interés no lo haga.



-Ni necesito ni quiero nada de usted, afortunadamente. Puede que sea al contrario, pero bueno, no vamos a discutir ahora. ¿Qué pasa con su vida?

-¡Déjese de tonterías! Le voy a contar, pero espero no equivocarme con usted.

Fernando guardó un largo silencio, sin saber cómo contarle a Isaac lo que lo estaba carcomiendo, tal vez lo mejor era desahogarse con el viejo al que todos querían. Isaac no lo presionó y caminó en silencio lentamente, a su lado, esperando.

-Mi vida se convirtió en un desastre -comentó al fin.

-Todos tenemos problemas en la vida Fernando, tal vez los esté sobredimensionando, ¿no cree?

-No se crea tan astuto Isaac, una persona como yo tiene una vida muy distinta a la suya, no puedo simplemente ponerme a pintar flores en las paredes de aquí a que me muera, son cosas serias.

-Ah sí, seguro, no tengo la menor duda, sin usted, el mundo se acaba -contestó Isaac con ironía.

-Más bien no comente y déjeme hablar.

-Pues yo le diré lo que pienso.

Fernando e Isaac discutían, pero en el fondo no había vuelta a atrás en la confesión. El hombre, que era carne fresca para los periodistas, tenía que desahogarse, sacar lo que tenía adentro, aunque no hubiera la más mínima afinidad entre ellos. Isaac era la persona que se había ganado un lugar en el grupo para escuchar este tipo de problemas, y también Manuel, pensaba Fernando, pero a él no le podía hablar, le despertaba sentimientos que no podía explicar y no sería capaz de hablarle de esto. No tenía opción. No podía quedarse con lo que le atormentaba hasta regresar. ¿Qué podía hacer? Tenía que desahogarse de una u otra forma.



Unos metros más adelante estaba Ana Cecilia, devastada. Había llegado al límite, se sentía la mujer más despreciada. “¿Qué le pasa a la humanidad? ¡Y ese maldito Fernando! Tanta espera, toda la paciencia y aceptación que tuve, para nada. ¿Cómo me va a rechazar si ya no tiene a nadie? ¡Ni que fuera muy bonito! Pero tengo que buscarlo otra vez, ¡es la oportunidad de mi vida! ¡Un hombre rico! ¿Dónde voy a conocer a otro? ¿Pero cómo hago, me desnudo frente a él? No sé, no sé”. De pronto vio a Mache que se acercaba sigilosa.

-Estás atormentada, ¿verdad?

-Mira, niñita de mierda, ¡no me jodas más, que no estoy de humor! -le gritó Ana Cecilia en medio del llanto.

-Cálmate mujer, solo quiero decirte que tienes que hacer una profunda reflexión acerca de tu vida, no vas a llegar a ningún lado si sigues así, tú lo sabes, mira cómo estás, no pierdas tu tiempo ni tu dinero sin resolver al menos algo en tu vida antes de regresar, de lo contrario, te será muy difícil.

-Pero, ¿qué quieres que haga?, para ti será muy fácil, pero yo no veo la salida, ¡no tengo la menor idea de qué es lo que tengo que hacer!

-Mira, hasta los esclavos del Imperio Romano se inventaban maneras de reír en medio de lo difícil de su vida. Es cuestión de actitud. En esa época no tenían otra alternativa que recurrir al teatro o a la comedia para burlarse de sus tragedias. Uno de ellos, de nombre Plauto, hacía comedias cuando su vida era muy desgraciada; a mí me parece que es como el inventor de los *stand-up comedy*, tan famosos en tu país. Busca la forma de hacer lo mismo. Ríete de las cosas que te suceden, sonrío siempre, ya encontrarás la forma de ser más feliz. Eso sí, tendrás que esforzarte. La vida es tan compleja como te la quieras imaginar, pero a la vez es tan simple, que sólo falta que la quieras ver así.



Ana Cecilia no respondió y siguió caminando. Mache consideró que era prudente retirarse entonces. La periodista experta en política, con una facilidad envidiable para conseguir información y destapar escándalos de corrupción, era incapaz de solucionar los conflictos de su vida, y tras un bloqueo y otro, esto se le había convertido en un problema mayor que le había desatado el cáncer que ahora padecía. Sabía que tendría que empezar a aceptarlo y a comprender. Recordó lo que le había dicho Armando en Barcelona; se dio cuenta de que efectivamente era despreciada por todos los miembros del grupo, hasta por el más detestado, que era Fernando. Todo esto la llevaba a reflexionar por fin. Tal vez el problema no era solo de la humanidad, sino de ella. Se preguntaba por qué su madre la había abandonado por ir tras de un hombre; su padre, después de esto no había vuelto a recuperarse y ella quedó relegada, sin recibir el más mínimo afecto. Su trabajo le exigía conocer de cerca los escándalos y la corrupción del país, a pesar del riesgo que esto implicaba para su seguridad, y nadie le pagaba lo que merecía. Se sentía sola y odiada por todos, pero nadie comprendía su dolor y soledad. Tal vez era el momento de buscar ayuda.

Mache fue a buscar a Fernando e Isaac pero los encontró conversando, así que se escondió entre los matorrales para observarlos sin que la vieran y pedir ayuda a Mané si lo consideraba necesario.

-Mire, ¿quiere saber por qué me divorcié? -escuchó Mache a Fernando.

-No me da la más mínima curiosidad - le respondió Isaac- pero si a usted le sirve, lo escucharé.

-Con usted es muy difícil hablar, pero espero que cuando regrese al país, no le dé por contar todo esto a los medios. Ya me encargaré de hacerle firmar un acuerdo de confidencialidad antes de salir del aeropuerto.



Isaac estaba agotado y con muy poca energía después de su experiencia con la visión de Linda en la cascada. Lo que le hablaba Fernando en realidad le importaba poco, no le interesaba esa vida pero estaba nostálgico y sentía pesar por su compañero que ardía por dentro. No lo consideraba su enemigo, tan solo sentía tristeza y compasión por él; así es que si podía ayudar en algo, lo iba a hacer, así lo atacara permanentemente.

-Lo que usted quiera Fernando. Como le digo, no me importa, usted verá cómo hace sus cosas.

-Espero no se escandalice-. Bajó el tono de voz, y con la misma expresión de derrota con la que se había ido a dormir un par de días atrás cuando Manuel no aparecía aún, habló por fin:

-Mi mujer me encontró teniendo sexo con el mejor amigo de mi hija. Yo la había mandado a Francia a estudiar para que se alejara de ese jovencito, pero al ver que seguía yendo a la casa a preguntar por ella me fui acercando a él. Un día me dijo que necesitaba dinero. Yo le dije que si quería dinero, le iba a costar.

-¿A cambio de sexo?, ¡lo convirtió en un prostituto!

-Así es. Cada vez era más frecuente su presencia en casa y yo, día a día, me sentía más alejado de mi esposa, además porque sabía de la relación que ella mantenía con otro hombre.

-¿Y qué hay de ese joven ahora?

-Pues la verdad es que él no me importa; lo que me preocupa es que mi esposa pide la mitad de mis bienes en una conciliación, antes de entrar en el proceso formal de divorcio.

-Y si van a un proceso legal, claramente va a perder mucho más. Además, creo que por ese camino va a tener problemas más graves.



-¡Sería mi ruina total! Ella no tendría problema en ir a los medios a contar toda esta historia; están desesperados buscando las razones de nuestra separación para alimentar al consumidor amarillista. Sería mi destrucción total y ellos disfrutarían de un platillo difícil de igualar. Además, quién sabe hasta qué punto lleguen, pueden terminar poniéndome en los estrados judiciales, repartiendo dinero a diestra y siniestra. Eso sin mencionar que me sacarían de todas las juntas directivas, aparte de mi cargo actual, por la puerta de atrás.

- Ahora sí que no entiendo su afán de días pasados por regresar al país, sabiendo el lío en el que está metido. Si yo estuviera en su lugar, la salida fácil sería quedarme lo más lejos posible, ¿no le parece?

-No estábamos en un lugar seguro y acabábamos de perder nuestras pertenencias. Usted estará acostumbrado a las sobras pero yo pertenezco a otro nivel, las condiciones en las que estábamos eran vulgares, más dignas de animales que de seres humanos.

-Ahora comprendo por qué le está sucediendo esto, en algún momento la vida le iba a pasar factura, Fernando. Como yo lo veo, tiene sólo tres opciones: una es llegar a un acuerdo con su esposa, entregándole buena parte de su dinero; a cambio tendría la posibilidad de iniciar una nueva vida, más organizada y con más respeto por la gente. La otra, es escaparse para no regresar jamás, iniciar una nueva vida en un lugar como este, al otro lado del mundo, y no dar la cara, como un vil delincuente. La tercera opción es ir a enfrentar a su esposa y a los medios con todo el orgullo y el poder que tenga, pero como ya lo sabe, terminará arruinado y, a lo mejor hasta en la cárcel. Así es que la mejor es la primera alternativa, ¿qué piensa usted?

-Pues a veces quisiera escaparme, pero no le encuentro ninguna gracia a vivir en lugares como este, perdido de



los demás, y sobre todo, de mi propia vida. No pienso vivir como un animal los años que me quedan, así es que estoy buscando la manera de destruir a mi esposa antes de que ella me destruya a mí.

-Fernando, usted por momentos produce risa. Es de los que necesita caer cada vez más bajo para darse cuenta de cómo son las cosas. La vida le da oportunidades, pero usted no hace más que desperdiciarlas y convierte todo en una bomba cada vez más grande y destructiva. No demora en estallar tanto usted como su vida y se va a arrepentir de no haber buscado una mejor solución, menos traumática, aunque signifique agachar un poco la cabeza.

-Mire Isaac, usted estará muy acostumbrado a bajar la cabeza, pero yo soy una persona respetable; una persona como yo siempre sale triunfante de cualquier batalla, nunca por la puerta de atrás.

-Una persona como usted debería ser un mejor ser humano. Alejar a su hija de un hombre para después aprovecharse sexualmente de él, es de las cosas más enfermas que he oído. Usted puede tener las tendencias sexuales que quiera, sé lo que siente por Manuel, se le nota en la cara, a eso no le veo nada malo, pero sin hacerle daño a otras personas en su moral y su integridad. De hecho, no estoy de acuerdo con ningún tipo de prostitución, me parece una degradación del ser humano. Podemos hacer lo que queramos en la vida en la medida en que no perjudiquemos a nadie, ahí están los límites.

-Yo en mi vida siempre he decidido con quién hago lo que me dé la gana. Nadie me va a decir qué puedo o no hacer. Si el jovencito necesitaba dinero, pues se lo di, y todos felices. Así es la vida; unos tienen poder y los otros tienen que responder a favor de quien lo tiene.

-Y precisamente por sobrepasar esos límites está en la boca del lobo. No se diga mentiras Fernando, usted no supo lle-



var el poder, se le salió de las manos. Su esposa, la quisiera o no, ahora es su enemiga; a su hija la mandó lejos y en cualquier momento se enterará de lo que estaba haciendo con su amiguito; y ni qué decir de lo que va a salir en los medios. Pero mire, si usted llegó hasta esta isla es porque es inteligente y quería encontrar alguna salida. Analice cuidadosamente su vida y tome los correctivos necesarios; está frente a una oportunidad o frente a un abismo, depende de cómo lo quiera ver y cómo actúe al respecto. Lo que pasa en nuestras vidas siempre es decisión nuestra, no de los demás. Así es que usted sabrá qué hacer y también atenerse a las consecuencias.

-En algo tiene razón usted, tengo que aceptarlo. Pero bueno, dejemos el asunto de este tamaño y haga de cuenta que nunca le dije nada, ya sabe que al llegar al aeropuerto me debe firmar un par de documentos por si le da por salir a buscar a la prensa. Todo esto lo tendré que resolver con mis abogados.

-No le firmaré nada, de eso puede estar seguro, porque mi palabra es más valiosa y sólida que cualquier documento, así es que puede estar tranquilo, que al menos por mi lado no tendrá ningún problema.

Caminaron en silencio mientras Mache los seguía a cierta distancia para que no pudieran detectar su presencia. El camino era de arena y desde allí podían apreciar la vegetación exuberante de la montaña, con su particular aroma, a selva y a humedad. Al fondo del camino los árboles formaban una especie de túnel verde en su parte más alta.

Felipe, que iba adelante, aprovechó muy bien la belleza y lo romántico del paisaje, hablando en tono muy suave con Mariana, tratando de mantener esa cercanía que se había ido dando, sobre todo desde el momento en que se quedaron solos frente a la cascada *Salvatierra*.

Por otro lado, Sofía y Mauricio estrecharon su amistad, y



sabían que de allí no pasaría. Ana Cecilia seguía caminando sola y a buen ritmo, sin decir una palabra a nadie, y ya no lloraba. Sara, Manuel y Armando hablaban de lo bonita que había sido la experiencia del viaje y comentaban sus reflexiones para el futuro, muy ilusionados con la posibilidad de una vida próspera.

-Apenas llegue, a pesar de la urgencia de la empresa por mi regreso, iré unos tres días a la finca de mi amigo Jorge para estar con Caro y Simón. Me hacen mucha falta y aquí he revalidado la importancia que tienen en mi vida, son mi razón de ser, estar con ellos me hace completamente feliz.

-Qué bueno que cultives esa actitud las veces que puedas, sácale tiempo a tu familia, comparte con ella momentos sencillos. En la medida en que alimentes tu amor, permanecerás unido a ellos y fortalecerás el lazo de confianza que los une.

-Lo sé Manuel, muchas gracias por todo, aquí he vivido momentos inolvidables que sin duda me ayudarán a mejorar como persona. A veces es importante salir de la rutina para tomar distancia, y pensar ayuda a ubicarse mejor en la vida. De hecho, estoy seguro de que en la empresa se pondrán muy felices, llego con toda la energía y la mente libre para hacer crecer aún más nuestros proyectos. Ellos me han debido pagar este viaje -dijo entre risas Armando, lo que provocó una carcajada en los otros dos.

-Yo en cambio no tengo la menor idea de lo que llegaré a hacer, pero sin duda alguna, el cambio será para bien, estoy ansiosa de ver lo que viene para mí -comentó Sara con su sonrisa tímida, pero decidida y firme, fiel a su estilo luchador en la vida.

-Pues Sara, yo creo que viene algo muy grande para ti, ¿qué tan buena eres asumiendo retos?

-Soy consciente de mi timidez, pero si me dan la oportu-



nidad, no la dejo perder, con ese ánimo voy a salir a buscar trabajo. Lamentablemente no en el sector en el que me desempeñaba, pero al final, mejor, de una vez hago un cambio radical.

-¿Qué te parece el sector de la construcción sostenible?

-Pues no conozco, pero ¿por qué la pregunta?

Armando ya empezaba intuir hacia dónde iba la pregunta, “qué manera más particular de hacer una entrevista de trabajo”, pensó.

- Unos amigos y yo fundamos una empresa de construcción sostenible que está teniendo mucho éxito en Latinoamérica. Aún pertenezco a la junta directiva -le explicó Manuel- y estamos buscando una gerente de mercadeo para Colombia, que dicte las directrices para el resto de países donde hacemos presencia, ¿te gustaría ocupar ese cargo?

Sara quedó atónita por unos segundos, pero luego pensó que se trataba de un chiste y se disgustó con él por haberla ilusionado.

-Manuel, ¿acaso es otra prueba de esas que se te ocurren? No es gracioso, además ya me estaba sintiendo en armonía con mi vida, en serio, no creo que aguante otra prueba más-. Sara dejó ver un par de lágrimas y empezó a caminar más despacio, algo apenada, sus mejillas se habían puesto rojas por el disgusto y la vergüenza.

-Estoy hablando muy en serio, Sara -dijo Manuel, mientras la abrazaba y consolaba-. He observado tus valores y conozco tus antecedentes profesionales; no es el método más común, pero sé que eres la persona ideal para el cargo, debes trabajar y estudiar mucho para aprender de nuestro negocio, pero en pocos meses ya estarás desempeñándolo con éxito, lo sé.

-¿Qué?, ¿es en serio?-. Sara miraba a Armando, quien también estaba sorprendido y feliz por su amiga, pues sabía



que lo merecía. En las situaciones que habían vivido durante el viaje se había dado cuenta del valor de esta mujer. Sara no podía creer que a sus treinta y tres años hubiera conseguido un trabajo con tanta facilidad y daba vueltas con las manos en la cabeza, gritando de la alegría, lo que sonrojó a Manuel, quien tuvo que pedirle que no llamara la atención de sus compañeros, porque esto era algo que no solía hacer y no quería generar una imagen distorsionada de lo que acababa de decirle.

-¿Supongo que eso es un sí? -remató Manuel.

Sara no pudo contestar, sólo lloraba de la emoción, abrazando a Manuel. No podía creer lo que estaba pasando; tanta lucha, todo el sufrimiento y la desesperanza que había sufrido, llegaban a su fin, y en las condiciones más curiosas del mundo. La nueva trabajadora de Manuel, fiel creyente en Dios, no paraba de agradecer y de rezar, tan sólo planeaba ya en su mente la forma en que iba a dar gracias. “Una visita al Vaticano sería lo mínimo, pero primero tengo que cuadrar caja”.

-Es el sí más seguro de la historia, Manuel, te juro que no tengo palabras.

-No tienes que decir nada más. Armando, ¿qué opinas de mi nueva gerente de mercadeo?

-No encontrarás mejor persona y profesional que ella, estoy seguro.

-¿Lo ves? -dijo Manuel.

Sara solamente asintió y siguieron caminando en silencio, cada uno con una inmensa alegría en su interior tras el suceso. Silvia y Raquel aparecieron unos pasos más atrás junto con Mané, quien les aclaraba las dudas sobre su cultura.

-¿Y cómo hacen para identificar a quienes pueden llegar a ser líderes espirituales? -Silvia continuaba mostrando su interés por estos temas.



-Tenemos la tradición ancestral de identificar a quienes nacen de pie, esos son los elegidos. Como usted sabe, la mayoría de bebés nacen de cabeza y cuando vienen de pie, lo usual es practicarle una cesárea a la madre para evitar riesgos. Sin embargo aquí las parteras atienden cualquier parto sin importar la posición del bebé, y, al igual que en culturas preincaicas como la Aymara en Bolivia, se considera que quienes sobreviven es porque están preparados para un vínculo permanente con la Madre Tierra.

-¿O sea que su religión es naturalista? -siguió Silvia.

-Bueno, no nos consideramos dueños de un único conocimiento religioso, más bien creemos en una pluralidad de ideas y enriquecemos nuestras prácticas con enseñanzas de otras culturas. Nuestra base es naturalista, claro está, pero pensamos que casi todas las creencias ancestrales se basan en la naturaleza y en los astros. La sabiduría siempre ha estado en la naturaleza y no nos debemos desviar de allí.

-¡Es apasionante todo esto! -exclamaba con emoción Silvia, mientras Raquel miraba desconcertada, pues el tema le era extraño y de poco interés.

-Me alegra que le parezca interesante, señorita.

-Me gustaría establecerme aquí por un tiempo para investigar en profundidad, ¿tendrían algún inconveniente?

-No lo creo, el maestro Wayaiera Woumain es muy abierto a estos temas y si tardas algunos años, supongo que Mache será la líder, así que sólo tendrá que hablar con ella.

-¿O sea que Mache nació con los pies hacia adelante? -Silvia sintió un pequeño estremecimiento al darse cuenta de que había compartido sus experiencias con una elegida, futura guía espiritual de la isla.

-Así es, nació con los pies en la tierra para guiar a nuestras comunidades en el bien y la prosperidad. Tendrá que traba-



jar muy fuerte y pasar duras pruebas antes de encontrar esta revelación de la naturaleza. Solo cuando esté lista se hará el relevo. Pero todos confiamos en ella, es una joven fuera de lo común y viaja muy a menudo para trabajar con Manuel; tal vez le sea fácil conversar con ella en su propio país.

-Pues la buscaré cuando pueda, me encantaría, ¡es una fortuna todo esto! -Silvia estaba realmente agradecida con la vida por encontrar esta puerta hacia lo que siempre había sido su pasión y poco había explorado; estaba convencida de que esta era una señal para dar el giro a su vida hacia algo más auténtico, que nacía de su corazón.

Se habían ido acercando al extremo opuesto de la isla; un lugar que no conocían, alejado de la playa donde pasaron las primeras noches. Allí había un hotel de lujo, cuyo diseño armonizaba con la naturaleza, construido con materiales de la zona y en la misma línea arquitectónica que las construcciones indígenas locales. A medida que llegaban, los recibían con un coctel y los conducían al restaurante. Un delicioso almuerzo los esperaba en una mesa instalada en la playa, con sombra y brisa suficientes para su comodidad. La comida, como siempre, era excelente.

Después de comer, Manuel los llevó a un salón donde les tenía reservadas algunas sorpresas. A medida que iban entrando, la alegría fue inmensa y se fue contagiando de unos a otros, pues encontraron sus pertenencias extraviadas desde su llegada a la isla. Mientras se dedicaban a corroborar que todo estuviera completo, las luces del lugar se hicieron más tenues y una pantalla se iluminó en una de las paredes, con un video en el que se recreaba un cuento de Tolstoi llamado *“La camisa del hombre feliz”*. Todos guardaron silencio, revelador de su nuevo estado de comprensión y de receptividad ante este tipo de sorpresas de Manuel. El cuento se fue grabando en su memoria como la enseñanza que sellaba la experiencia de este viaje, y que mucho tiempo después aún recordarían casi al pie de la letra:



En las lejanas tierras del norte, hace mucho tiempo, vivió un zar que enfermó gravemente. Reunió a los mejores médicos de todo el imperio, quienes le aplicaron todos los remedios que conocían y otros nuevos que fueron inventando para él, pero lejos de mejorar, el estado del zar parecía cada vez peor. Le hicieron tomar baños calientes y fríos, ingirió jarabes de eucalipto, menta y plantas exóticas traídas en caravanas de lejanos países.

Le aplicaron ungüentos y bálsamos con los ingredientes más insólitos, pero la salud del zar no mejoraba. Tan desesperado estaba el hombre, que prometió la mitad de su riqueza a quien fuera capaz de curarle.

El anuncio se propagó rápidamente, pues el gobernante poseía cuantiosas tierras y otros bienes de mucho valor. Llegaron médicos, magos y curanderos de todas partes del globo para intentar devolver la salud al zar. Sin embargo, fue un trovador, aventurero y conocedor de hombres de muchos lugares, quien dio la fórmula:

- Yo conozco el remedio, la única medicina para vuestros males, Señor. Sólo hay que encontrar a un hombre feliz y vestir su camisa. Ésa es la cura a vuestra enfermedad.

Partieron emisarios del zar hacia todos los confines de la Tierra, pero encontrar a un hombre feliz no era tarea fácil: aquel que tenía salud, echaba en falta el dinero, quien lo poseía, se quejaba del amor y quien lo tenía, se quejaba de los hijos.

Mas una tarde, los soldados del zar pasaron junto a una pequeña choza en la que un hombre descansaba, sentado junto a la lumbre de la chimenea, reflexionando en voz alta con estas palabras: '¡Qué bella es la vida! Con el trabajo realizado, una salud de hierro y el afecto de amigos y familiares ¿qué más podría pedir?'

Al enterarse en palacio de que, por fin, habían encontrado un hombre feliz, se extendió la alegría y el hijo mayor del zar ordenó inmediatamente:



-Traed prestamente la camisa de ese hombre. ¡Ofrecedle a cambio, lo que pida!

En medio de gran algarabía se iniciaron los preparativos para celebrar la inminente recuperación del gobernante. Grande era la impaciencia de la gente por el regreso de los emisarios con la camisa que curaría a su gobernante, mas, cuando por fin llegaron, traían las manos vacías.

-¿Dónde está la camisa del hombre feliz? ¡Es necesario que la vista mi padre! -gritó el príncipe.

-Señor -contestaron apenados los mensajeros-, el hombre feliz no tiene camisa.

Tras la proyección del video, Manuel apareció frente a los viajeros y les habló pausadamente, en preparación para el final del viaje, que ya se acercaba.

-Perdonen amigos por las molestias; todo hacía parte del plan. Si los incomodamos fue con el fin de que se vieran en la necesidad de pensar en su vida, sin ningún tipo de accesorios. A veces la ambición por el dinero nubla nuestros verdaderos sueños y propósitos, y nos aleja de nuestra esencia, casi sin darnos cuenta. En ningún momento estuvieron en riesgo sus bienes, todos fueron traídos aquí al hotel y permanecieron seguros hasta el día de hoy, así es que pueden disfrutar nuevamente de sus cosas. Ojalá esto les sirva de reflexión, es mi sincero deseo.

-¡Cuál reflexión ni qué nada! -exclamó perturbado Fernando- no ha hecho más que engañarnos, hemos debido llegar aquí desde el primer día y no dar tanta vuelta, lo que necesitábamos era descansar.

Todos callaron, incluso Ana Cecilia, que aún estaba ofendida con el empresario, mientras Manuel continuaba sin hacer caso del mal tono de Fernando.

-El *spa* está disponible para cada uno de ustedes. Tendrán una sesión especial de masajes y una terapia de relajación.



Los botones les darán las instrucciones para hacer las reservaciones -complementó Manuel.

-¡Esa es la vida que me merezco! -gritó Raquel, contagiando de risa a sus compañeros-. ¡En verdad es lo que estaba esperando, ya era hora! -dijo entre risas.

En la puerta los esperaban los botones asignados a cada uno de los huéspedes para llevarlos a sus habitaciones. “Tres noches aún para iniciar el viaje de regreso”, pensó Isaac, “claro que en estas condiciones, es poco tiempo para alcanzar a disfrutar todas estas comodidades”, se decía, entre agradecido y nostálgico, deseoso de ver a sus hijos.

Felipe se quedó atrás, y cuando todos habían salido se dirigió hacia Manuel para solicitarle algo especial: quería compartir con Mariana el *spa* y luego invitarla a una cena romántica en privado.

-¡Por supuesto, Felipe! Yo coordino todo, espera noticias mías en tu habitación, ¡ya te llamaré!

-Viejo Manu, muchas gracias mi amigo, ¡eres un campeón!

-Estoy para servirte querido amigo.

Mientras se instalaban en sus habitaciones, Raquel se adelantó al *spa*; quería disfrutar por fin de algo en intimidad, prepararse para regresar a su monótona vida y estos momentos podrían ser un tesoro muy poco frecuente para ella. A Mariana y a Felipe les habían asignado el último turno, y allí mismo, en una pequeña terraza con vista al mar, tendrían su cena romántica. Como parte de la sorpresa, a Mariana le llegó a su habitación una invitación para la cena, una rosa roja y un traje de gala con los accesorios necesarios y zapatos de tacón para que luciera esplendorosa esa noche.

Mariana, muy nerviosa, se debatía entre la emoción y la preocupación, pues no sabía cómo lograr estar bonita para la ocasión, después de tantos días sin sus productos



y sus rutinas de belleza. Por fin se animó a llamar para pedir ayuda.

-Hola, ¿me puedes comunicar con el *spa* por favor?

Tan emocionada como estaba, no había previsto que la respuesta se la darían en inglés, lo que la dejó bloqueada sin entender; por fin logró que le pasaran la llamada al *spa*, pero no supo cómo pedir lo que necesitaba. Salió entonces, ansiosa, a buscar ayuda y, casualmente, se encontró a Silvia a punto de entrar a su turno de *spa*; ella le ayudó en la traducción y le indicó que debía llegar una hora antes de su turno para pasar a la depilación y a las mascarillas faciales. Sin embargo, Silvia experimentó cierta desolación al ver cómo para otras mujeres era tan fácil tener éxito con los hombres, mientras ella no lograba encontrar el camino.

A la hora indicada, Mariana, llegó al *spa* para peinarse, arreglarse las uñas, depilarse, en fin, quería estar resplandeciente. Cuando se probó el vestido de baño de dos piezas en su habitación, completamente negro, muy elegante, pensó que la hacía ver sexy y sofisticada, al igual que el traje de gala del mismo color, todo estaba perfecto y era tal y como imaginaba que le gustaría a Felipe. Cuando por fin lo vio acercándose, tan elegante en un Armani impecable, supremamente guapo, de pantalón blanco, camisa del mismo color, blazer gris claro ajustado, a tono con los zapatos y el cinturón; pensó que se veía poderoso, tal como le gustaba un hombre a ella.

Se besaron en la mejilla y esta vez Felipe, un poco más insinuante, rozó los labios de Mariana, provocando en ella un ligero sobresalto. Los hicieron seguir para prepararse y les entregaron una bata para la sesión prevista, que incluía un circuito terapéutico, masajes y chocolaterapia. El recinto estaba decorado con elementos de madera y plantas, en armonía con el entorno de naturaleza, y además se mezclaban allí aromas frutales en los que alcanzaron a



identificar durazno, naranja y frambuesa, y había también algo de jazmín y yerbabuena.

Les ofrecieron una copa de champagne y limpiaron sus pies con jabón cremoso y agua tibia.

-¡Esta es la vida que nos merecemos! -dijo Felipe al oído a Mariana.

-No parece verdad, ¡cómo anhelaba algo así!, adoro que me consientan.

-Lo sé, hay que disfrutarlo. ¡Salud! Por ti y por tu dulzura.

-¡Salud! Por habernos conocido.

Juntaron sus copas y bebieron. Luego, fueron trasladados a la zona húmeda donde los esperaba toda una variedad de terapias con agua: piscina climatizada, con chorros a diferentes alturas para masajear desde las piernas hasta la espalda; piscina fría, donde tendrían que estar por cerca de dos minutos; masajes de agua para sus pies en un pequeño camino de chorros, en fin, la terapia no podía ser mejor, se divirtieron, el personal de servicio los hacía reír con sus ocurrencias, se relajaron y descansaron. Les dieron masajes con aceites, vapores y esencias, con el sonido de la naturaleza como música de fondo, los cantos de los pájaros, el viento y el agua que caía en una cascada. Con los ojos cerrados, se transportaron de nuevo a *Salvatierra*; ahora sabían que no se iba a borrar de su memoria. Todo era paz para ellos, sin más preocupación por el equipaje y con la tranquilidad de estar en este lugar de lujo.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Mariana, a Felipe que se veía como hipnotizado por los tratamientos recibidos.

-Renovado. Parece que cada detalle viniera de otro mundo, no quiero que se acabe este día.

-Lo sé, es un día soñado, todo ha sido perfecto. Ahora sí, cuéntame, ¿cómo hiciste para venir conmigo? Hasta donde sé, el plan era individual.



-¡Trucos! ¡Magia que he aprendido, churra! -respondió Felipe, recurriendo de nuevo al tono y a la picardía con que siempre trataba de sobresalir en su círculo social.

-Pues voy a necesitar de tu magia más adelante, hoy tengo la mente en blanco, pero mañana tendré que empezar a mover mi cabeza para pensar qué viene para mí.

-¡Hey! ¡Por favor! Disfruta este momento, ya habrá tiempo para pensar en lo trascendental de la vida, ahora sólo hay que gozarla -respondió Felipe dando un giro rápido y terminando con un pequeño paso de baile. Todos se rieron con ellos y el ambiente era verdaderamente amable, de camaradería; era el toque que ponía Felipe con su estilo.

Posteriormente pasaron a una pequeña sala con dos camillas en donde permanecieron por casi media hora envueltos en un dulce y aromático chocolate, desvaneciéndose entre el sueño y el relax, hasta recargar energías para una noche que podría alargarse.

-¡Parecemos una *Milky Way!* -dijo Felipe con su gracia acostumbrada. Se sentía tan a gusto que no se inhibía en hacer gala de su lado bromista que ahora acompañaba con gestos, bailes o movimientos graciosos.

-Estás muy feliz, ¿no? -le expresó ella.

-Pues, a decir verdad, un poco triste porque todo olía a ese delicioso chocolate pero no lo pude probar. ¡Me quería comer a mí mismo! -respondió, provocando una nueva carcajada de Mariana.

-Muero del hambre, Pipe, ¿nos vemos en quince minutos para cenar?

- Lo que te tardes bañándote, linda, yo me ducho rápido y en diez ya puedo estar aquí.

- Bueno, entonces trataré de apurarme.

Veinte minutos después regresaba Mariana, muy elegante



con su sobrio vestido negro, el maquillaje, apenas perceptible, para sentirse reluciente y reflejando una serenidad que no hacía pensar en lo que había tenido que correr para no hacer esperar más a Felipe, quien efectivamente se tardó sólo diez minutos. Una vez juntos, tomaron otra copa de champagne y los condujeron a una pequeña mesa en un balcón con vista al mar, para ellos solos. No necesitaban nada más con ese hermoso paisaje, la luna inmensa y un cielo estrellado.

- ¡Qué noche más hermosa!... como tú -expresó Felipe.

-Gracias por el cumplido, eres todo un caballero. Tú estás guapísimo.

-¡Estamos hechos el uno para el otro! -declaró Felipe, recurriendo a toda su actitud de Casanova.

-¿Tú crees? -preguntó ella, con una mirada temerosa pero rogando en el fondo por un beso de su conquista.

-¡Claro que lo creo! -contestó él acercándose con voz seductora.

Estaban a punto de besarse cuando llegó un mesero con la cena: para la entrada, jaiba gratinada en horno de leña, ensalada de tomates cherry y rúgula, aderezada con sal marina y reducción de vinagre balsámico, y vino blanco de los mejores viñedos australianos. Hablaron de sus gustos, sus comidas preferidas, sus hobbies, nada trascendental, pues querían acercarse y conocerse poco a poco sin profundizar demasiado. El plato fuerte era pulpo a la parrilla, que acompañaron con vino tinto; tan exquisitamente preparado que no tenían dudas de que esta vez habían tenido la mejor comida. Brindaron una y otra vez por lo bueno que les estaba pasando y con toda la emoción por lo que seguramente vendría para sus vidas. Cuando terminaron, Felipe acompañó a Mariana a su habitación.

-Es esta... ¡Qué día más lindo, Felipe!, jamás voy a olvidar



lo que vivimos hoy; has sido la mejor compañía del mundo, gracias por la sorpresa, eres muy romántico.

-Una mujer como tú merece todo lo que un hombre pueda darle, ¡me encantas!

-¡Y tú a mí! -correspondió ella en voz muy baja mientras se acercaba con los ojos cerrados a darle un beso. Felipe concentró toda su energía en hacer que su boca quisiera más, y su cuerpo también.

Se acariciaron sin parar, hasta que Mariana, sin mirar y sin separarse de Felipe, sacó la tarjeta de su habitación y abrió la puerta sin detenerse a pensarlo. Ella se estremecía y Felipe sentía su respiración que se hacía más fuerte mientras la despojaba suavemente del vestido sin encontrar resistencia. La rodeó con sus brazos y disfrutó de su hermoso cuerpo, besaba su cuello y su espalda, descendiendo lentamente hasta sus nalgas y provocando en Mariana toda clase de estremecimientos y leves gemidos que lo excitaban enormemente.

-¡Eres tan hermosa! -le dijo al oído.

-Y soy toda tuya, me fascinan tus besos y tus manos explorando mi cuerpo.

Felipe la tomó para darle un giro completo hasta quedar debajo de ella; desde que la había visto en la playa en Barcelona deseaba poderla mirar y acariciar sin detenerse. Le soltó el brassier casi sin que ella se diera cuenta y acarició sus senos, sorprendido por una Mariana incontrolada y delirante de pasión. Él disfrutaba cada centímetro de su piel, casi sin poder creer que al fin la tenía sobre sí, después de tanto desearla. Ella dejó caer la prenda, y ya desnuda, la luz de la luna que se colaba por la ventana hacía ver más hermosa su piel color canela.

- Cambiemos de lado, que tú todavía tienes mucha ropa-susurró al oído de Felipe, que, obediente, inmediatamente



se puso sobre ella quitándose la camisa mientras ella le quitaba el cinturón.

- ¡Hermosa! Eres una delicia.

Ya completamente desnudos, se exploraban, se olían y saboreaban, conociéndose, transportados por la pasión. Mariana disfrutaba del cuerpo de este hombre bien ejercitado y fuerte, de músculos duros, algo marcados desde sus brazos hasta su abdomen; no solo era sofisticado y muy exitoso para su edad, sino que era se notaba que se sabía cuidar. Ella no se ejercitaba mucho, pero se cuidaba con todo tipo de cremas, y la naturaleza le había dado ese cuerpo prodigioso que Felipe disfrutaba ahora, desenfrenadamente.

No eran perfectos, pero estaban uniéndose de una manera maravillosa, sintiendo el fuego del sol en su corazón, bajo la hermosa luz de la luna, mientras las estrellas acompañaban con una melodía armoniosa el arcoíris de sensaciones que les auguraba mantenerse juntos por un buen trecho de la vida, quizás para siempre. Así permanecieron un largo rato, hasta que, cansados, durmieron con la certeza de haber vivido a plenitud este día, el más feliz y completo de sus vidas.





Eran las diez de la mañana y los viajeros empezaban a despertar tras días de estrés, altibajos emocionales y desgaste físico. Tenían el día libre, así es que podían comer, broncearse y disfrutar del mar y de la playa cuanto quisieran. Les habían dicho que quienes estuvieran certificados podrían bucear y los que no, podían practicar *snorkeling* para apreciar los peces exóticos de la zona. Otros prefirieron montar en bicicleta, hacer *kayak*, jugar bolos o dar una vuelta a la isla, en lancha.

El único que no volvió a participar de ninguna actividad fue Fernando, quien se quedó en el hotel llamando a sus abogados, analizando con ellos la mejor manera de salir de sus problemas, tan desesperado y confundido que no sólo se había perdido la gran oportunidad de cambiar su vida con una simple decisión, sino que, como le había dicho Isaac, confirmaba muy angustiado, que, efectivamente él mismo cavaba una fosa cada vez más profunda en la cual hundirse. La vida nos pone frente a nuestras propias miserias para probarnos; no todos y no siempre, tendremos el valor, la sensatez y la voluntad de mirarlas cara a cara y decidir entrar en acción para cambiar. Fernando y Ana Cecilia pertenecían a esa misma especie humana que persiste en repetir sus errores, aun sufriendo las consecuencias y pagando el caro precio de la soledad y el desprecio.

Al día siguiente estaban citados a las ocho de la mañana,

después del desayuno, a una última sesión con Manuel, quien, con sorpresa, los vio llegar muy dispuestos y preparados; claro, con la única excepción de Fernando.

-¡Bienvenidos! Espero hayan descansado, los veo renovados -los saludó Manuel-. Hoy haremos una actividad diferente. La idea es que cada uno reflexione y recuerde sus pensamientos e ideas de estos últimos días. Vamos a construir un mapa de acción para lo que queda del año. Así, tendrán una brújula que le dé indicaciones al cerebro para que sepa hacia dónde ir y puedan tomar decisiones sin estar supeditados a lo que la sociedad o las circunstancias impongan.

-Frente a sus sillas encuentran un mapa del mundo, que representa diferentes aspectos de sus vidas -añadió Mache-. La zona de los países andinos corresponde a la familia. Estados Unidos representa el dinero y los bienes materiales; Alemania, la disciplina; Francia, la educación; y así, en adelante, en cada zona se les indica a qué corresponde. En la mañana diseñarán una ruta para darle la vuelta al mundo, pasando por veinte países, adonde viajarán con la actividad que haremos en la tarde.

-¿Es decir que si viajo a los países andinos, estoy visitando a mi familia?, no entiendo -expresó confundida Raquel.

-Ese será el mapa de prioridades que quieren tener en su vida, con base en ellas deben definir cuáles países o regiones consideran más importantes para viajar -contestó Manuel-. Diseñar la ruta y posteriormente, emprender el viaje, será toda una aventura. Cada uno de ustedes irá definiendo cuánto desea quedarse en cada lugar, teniendo siempre presente que el tiempo y los recursos con que cuentan son limitados y, como dicen los economistas, ¡no hay almuerzo gratis!, es decir, el tiempo que se invierte en un lugar, no se puede reutilizar en otro.

-Es correcto lo que dices -añadió Mache en respuesta a Ra-



quel-, si tu prioridad es tu familia, debes viajar a la región que la representa, sabiendo que el viaje tiene costos y que si te quedas allí seis meses, por ejemplo, dejarás a un lado otros aspectos como el estudio, la formación en disciplina, la salud, los amigos, el trabajo...

-Cada uno tendrá un presupuesto para el viaje y lo podrá distribuir de tal forma que le pueda alcanzar para el año que dura éste. Incluso podrían hacer dinero con algunas actividades, o encontrar la forma de no gastar en algunos sitios apoyando labores sociales y comunitarias a cambio de una remuneración -añadió Manuel.

-¡La verdad, está un poco enredado!, ¿no les parece?-. Expresó Raquel a quien estos asuntos la confrontaban con su realidad de tal manera, que su bloqueo no le permitía entender.

-No hay prisa -la tranquilizó Manuel-, les ayudaremos a definir su rumbo, si lo requieren, y los acompañaremos a gestionar su viaje de la mejor manera, para que a final de la aventura puedan lograr el estado de felicidad más alto posible.

-¡Suena divertido! -comentó Isaac, a lo que gran parte del grupo se unió. Tendrían que pensar en la planeación de su vida, algo que muchas veces se pasa por alto.

-La idea es que lo disfruten y sobre todo, que lo apliquen -complementó Manuel.

Durante toda la mañana estuvieron jugando y haciendo anotaciones sobre los mapas para elegir sus veinte países y definir el tiempo que pasarían en cada lugar. Más tarde salieron a almorzar y tuvieron hora y media de descanso, con una sola regla: no podían hablar entre ellos. Podrían dormir, ir a la playa o practicar otra actividad que les permitiera reflexionar, con el fin de establecer un plan de acción que pudieran implementar al regresar a su cotidianidad.



Comieron en silencio y fueron a pensar en una estrategia para aprovechar el tiempo y los recursos en un viaje, que no era otro que el de la vida misma, que los hiciera mejores personas, más felices y más preparados para asumir el liderazgo de sí mismos, partiendo desde sus hogares y familias para pensar luego en el estudio o el trabajo. Con la mente atiborrada de ideas, llegaron nuevamente a las dos de la tarde para trabajar sobre su ruta y destacar en el mapa cada parada. Al final, ésta se convertiría en la guía para no desviarse ante los obstáculos y las adversidades.

-Antes de continuar, quiero reflexionar sobre dos aspectos que deben tener en cuenta. Primero, que el dinero es importante, pero no fundamental. Si su felicidad se basa sólo en el poder adquisitivo, en las posibilidades de comprar y tener cosas, el día que no lo tengan serán infelices. Y, segundo, que si fundamentan la felicidad en los vínculos y las relaciones, aunque su vida sea siempre la misma, deben tener en cuenta que algunas veces será difícil y otras, más fácil, pero que su corazón, la estructura, la base de todo, estará a salvo.

-De acuerdo contigo, Manuel -expresó Isaac.

-En la medida en que se sientan felices y a gusto con su vida, atraerán alegría y éxito porque lo verán todo con la luz del optimismo, por lo que prosperarán en el trabajo y en los distintos retos que deban asumir. Ahora, con esta reflexión y con lo que cada uno meditó durante el descanso, pueden terminar el ejercicio. Quien vaya terminando puede salir, en silencio, a su habitación, para diseñar la mejor estrategia que le permita cumplir con el camino trazado sin desviarse y sin agotar los recursos disponibles para el viaje. Luego deberán preparar sus cosas porque mañana partimos.

-¿No nos podemos quedar aquí? -preguntó Silvia con simpatía. Los demás se unieron a ella con comentarios que apoyaban su idea.



-Si así lo desean, serán bienvenidos -manifestó Mache con algo de nostalgia.

-Gracias por todo -expresó Armando con alegría y satisfacción, concluyendo que el viaje había superado sus expectativas.

-Gracias a todos ustedes, han sido un grupo magnífico, me alegro mucho de haberlos conocido -replicó Manuel. Todos aplaudieron, en un bonito gesto de gratitud que llenó de júbilo al guía y gestor del viaje.

Se abrazaron en silencio, compartiendo la energía del momento y se fueron dispersando sin mencionar palabra. Y no lo hicieron hasta la cena, cuando hablaron de los países que habían elegido y el tiempo que habían decidido permanecer en cada uno. Lo más interesante fue que se dieron cuenta de sus prioridades, objetivos y metas, eran tan diferentes entre sí, por su gusto, su edad o su forma de ver la vida. Compartieron sus puntos de vista durante la cena, en una camaradería respetuosa del camino del otro, descubriendo en dónde se cruzaban sus caminos para tratar de encontrarse y ayudarse a crecer juntos. Todos, sin excepción, habían diseñado su viaje pensando en no perjudicar a otras personas ni dañar la naturaleza.

-Queridos amigos, como la naturaleza es sabia y siempre nos ofrece lo mejor de su riqueza, hay todavía una sorpresa que quiero mostrarles para compartir las últimas reflexiones -les dijo Manuel.

-¡Yo quiero más sorpresas! -gritó emocionada Mariana.

-¿Sí?, ¿quieres más sorpresas?, ¿quieres quedarte otra vez sin equipaje? -bromeó Felipe, mientras la abrazaba y la besaba cariñosamente.

Todos rieron con el comentario, a excepción de Ana Cecilia, Raquel y Silvia, quienes terminaron afectadas después del taller de la tarde. La periodista estaba perdida,



no encontraba ningún camino para su vida, en su cabeza sólo había contradicciones y dudas, y no tenía idea de lo que haría al regresar; necesitaba cambios, eso lo sabía, pero algo en su interior se negaba a cambiar y no lograba conciliar estos dos impulsos, lo que la dejaba sin ninguna solución. Por su parte, Raquel estaba triste de volver a su vida de la misma manera en que partió, pero con varios millones de pesos menos en su cuenta. Por último, Silvia, consciente de los obstáculos que tendría que enfrentar a su regreso, principalmente los que ella misma se imponía, se sentía atemorizada. Las tres prefirieron retirarse en silencio a sus habitaciones.

-¿Para dónde vamos? -preguntó Sofía.

-No pregunten tanto, es una sorpresa, ya les dije -respondió Manuel.

-¡Danos una pista por favor! -insistió Sofía.

- Ya casi llegamos, y se darán cuenta.

Entraron los ocho a un ascensor que los llevó a lo más alto del hotel, a una plataforma dispuesta como helipuerto. Allí, Manuel apagó todas las luces y se acostó boca arriba, pidiendo a los demás que hicieran lo mismo, clavando sus miradas en el firmamento.

Isaac recordó nuevamente a Linda y el accidente, y aunque se sintió triste, esta vez tenía una paz interior que ya no lo abandonaría. Volvió a la imagen que jamás olvidaría de Linda en la cascada, escuchando su voz, después de tantos años de torturarse a sí mismo por haberle fallado y recordando su petición de ser feliz para poder luego hacer felices a los niños con sus juguetes de madera, y a sus hijos, tal como ella lo había sido. "Fui la mujer más feliz del mundo", recordaba, y volvió a verla convirtiéndose en cada gota de agua de la cascada, llena de energía, siempre tan preciosa, y cautivante. La amaba aún. Siempre lo haría. Vinieron a él las imágenes del primer viaje que hi-



cieron juntos, compartiendo cada momento como si fuera el último, queriendo ir unidos hasta el fin del mundo, sin importar las condiciones ni los obstáculos. Recordó que, en silencio, por ese extraño temor de pensar que el sentimiento no era correspondido, se habían dicho lo mucho que se amaban, que querían estar juntos por siempre y que la madre tierra los bendecía y protegía. Mirando al cielo, liviano, lleno de energía, como un adolescente queriéndose comer el mundo entero, esperanzado, Isaac se sintió nuevamente feliz y lleno de vida. Una carcajada se apoderó entonces de él, y no pudo parar de reír hasta que todo el grupo se contagió, riendo a carcajadas, sin control.

-¡Una estrella fugaz! -gritó emocionada Sara.

-¡Miren, miren!, ¡otra! ¡Qué es esta emoción!, ¡es perfecto!
-gritaba Mariana.

-¡Yo también la vi -se unió Sofía.

-¿Dónde? -preguntó Armando.

-Mira, ¡allí! -le respondió Sara señalando con el dedo.

Manuel sabía que esa noche habría lluvia de estrellas y estaba aprovechando este regalo de la naturaleza para dejar una ilusión en cada uno de sus viajeros.

-¡No jodas! No me digas que esto también lo tenías planeado -le dijo Felipe.

-Sí Pipe, así es la vida, ¿no? -respondió Manuel entre risas.

-Qué buena que es tu vida -contribuyó tímidamente Mauricio.

-Eres un fenómeno, amigo, y todo un genio -expresó estupefacto el banquero.

Por un buen rato permanecieron atentos, absortos por esa maravilla que no podían apreciar en las ciudades. Sin pagar entradas, se hallaban en la mejor ubicación para un espectáculo perfecto y mejor coordinado que el Circo del



Sol. “¡Definitivamente el universo es perfecto, somos nosotros los que tenemos que mejorar!” pensaba Sofía. El firmamento hablaba, sonreía, corría, parecía vivo y los hacía soñar. “¿Qué habrá más allá?, ¿qué pensarán de nosotros?, ¿nos verán con desesperanza?”. Siempre que Manuel podía ver estas maravillas de la naturaleza, pensaba que nuestra galaxia no era más que un órgano de un ser más grande, que a su vez era parte de otro universo infinito. “¡Quién sabe! Sólo nos queda disfrutar de la belleza y vivir la vida en la Tierra, en armonía, con equilibrio, humildad y amor. ¡Hay que viajar y leer! Leer y viajar mentalmente, viajar y leer el mundo”.



Indice

I	7
II	19
III	47
IV	75
V	101
VI	117
VII	153
VIII	185
IX	213